Noa Alférez

El hombre que amó a WENDY JONES



Corazones Salvajes 2

Selecta

El hombre que amó a Wendy Jones

SERIE
Corazones salvajes 2

Noa Alférez

Selecta

Prólogo

El humo de los cigarros flotaba bajo las lámparas de cristal como una niebla molesta, que parecía no afectar a ninguno de los que se encontraban en la sala privada del Infierno. En Heaven, a pesar de su nombre, nada era realmente inocente, y aquella mesa de póquer del club más codiciado de Texas menos que ninguna otra cosa.

La Emperatriz ocupaba su lugar con naturalidad, como si aquel asiento ostentoso pintado del color del oro le perteneciera desde siempre. Era su trono, parte fundamental de la representación que subyugaba a todos. Solo unos pocos hombres, escogidos con un criterio que nadie conocía muy bien del todo, tenían el privilegio y la condena de jugar contra ella. El precio para participar en una partida resultaba obsceno y el de perder, incalculable, a pesar de ser inevitable. Nadie ganaba a la Emperatriz, y puede que por eso, el morbo crecía como la espuma una noche tras otra.

Ella deslizó las cartas entre los dedos con una lentitud estudiada, acariciando el cartón como si fuese una piel suave, consciente de que todos los ojos seguían sus movimientos con una mezcla de deseo y expectación. Una sonrisa sutil, apenas insinuada, se dibujó en sus labios mientras jugaba con un mechón de cabello oscuro y lo dejaba caer de nuevo sobre su hombro. Una grieta mínima en su

férreo control habitual. Sabía que la observaban. Sabía que eso, un gesto en apariencia involuntario, bastaba para sembrar la duda.

Alzó la mirada un instante y buscó a una de las camareras. No hizo falta decir una palabra. La mujer se acercó enseguida y rellenó los vasos de los jugadores con generosidad. El whisky brilló bajo la luz anaranjada, y todos ellos, como llevados por una fuerza invisible, apuraron sus bebidas. El alcohol era un buen aliado para tejer aquella falsa ilusión, todos creían que podían ganar, que aquella era su noche de suerte. Todos y cada uno de ellos estaban convencidos de ser mejores que el resto.

Los dos hombres apostados cerca de la mesa permanecían atentos, inmóviles, como estatuas de piedra inmutable, a pesar de que sus armas estaban cargadas y sus sentidos siempre alerta. Nadie se acercaba a la Emperatriz sin su consentimiento, nadie dudaba, nadie reprochaba, si sabían lo que les convenía.

Las fichas y los billetes se acumulaban en el centro del tapete verde mientras cada jugador examinaba concienzudamente la jugada que tenían entre manos. El silencio se volvió más denso cuando ella paseó la mirada por sus contrincantes con una sonrisa seductora, dejando claro que controlaba la situación.

Una pareja de doses. Nada más. Con gesto firme, empujó una parte considerable de su dinero hacia el centro de la mesa.

—Subo.

Los jugadores se miraron entre sí, examinándose, calibrando quién sería el primero en abandonar. Uno de ellos se retiró, y otro aceptó el desafío y dobló la apuesta. Había una aparente seguridad en sus ojos y ella supo que tenía una buena mano. Sin duda, mejor que la suya.

La Emperatriz no dudó, podía oler la inseguridad en todos los que la rodeaban. Acarició una de las monedas que tenía junto a su

mano de manera distraída, como si fuese una mascota dócil. No sabía cómo había conseguido convencer a todos los que tenían la fortuna de pisar Heaven de que la suerte siempre estaba de su lado, pero a estas alturas apenas tenía que esforzarse para conseguir mantener la leyenda. Con lentitud empujó todo lo que tenía hacia el centro de la mesa, disfrutando de la manera en la que el aire había vibrado y los murmullos se habían extendido sobre los presentes.

El hombre frunció el ceño, luchando entre la ambición y el orgullo. Apretó la mandíbula, y sus manos sobrevolaron un par de veces sobre la torre de monedas que había junto a su mano. La Emperatriz disfrutó de la gama de emociones que cruzaron el rostro de aquel hombre sudoroso y durante un instante deseó que aceptara su apuesta, que la obligara a mostrar sus naipes demostrando así ante todos que ella también era vulnerable. No lo hizo. Con un gruñido lanzó sus cartas boca abajo sobre el tapete y abandonó la sala mascullando entre dientes.

Ella se levantó sin apresurarse, con la altanería y la majestuosidad que la caracterizaban. Hermosa, inalcanzable, envuelta en un atuendo tan impresionante como provocador y un halo de misterio que su leyenda alimentaba cada día. Con una señal le indicó a sus hombres que recogieran sus ganancias y salió sin decir una palabra, despidiéndose de los hombres a los que había derrotado con una leve inclinación de cabeza.

Se alejó del bullicio, perdiéndose por los pasillos, desapareciendo entre sombras y terciopelo, mientras Heaven seguía latiendo a su alrededor, rendida a su reinado.

Conforme se acercaba a su habitación, su postura empezó a cambiar. Los hombros, siempre firmes ante su público, cedieron al fin y su respiración se volvió más lenta, más cansada. Alzó las manos y se quitó las horquillas en forma de corona de brillantes que

sujetaban su cabello castaño. El pelo cayó libre por su espalda, pesado, como una cascada oscura y ondulante.

Al cruzar la puerta de su zona privada del club, situada en la parte trasera del edificio, cerró tras de sí y apoyó la frente un instante en la madera. Allí no había lujo ni artificio, solo cortinas de florecitas que amortiguaban la luz, unos cojines bordados por ella misma, y muebles sencillos y funcionales elegidos sin intención de impresionar a nadie. Todo era cómodo y acogedor.

Poco a poco salió de la piel del personaje y volvió a ser ella misma. Se acercó hasta la cama donde su prenda de dormir la esperaba como un bálsamo capaz de curar el cansancio del día. Acarició la tela de su camisón sencillo, como si necesitara recordar que aquello era suyo, que ese espacio le pertenecía más que el trono que ocupaba cada noche. Allí no era la Emperatriz, la dueña y señora del club Infierno, y la mano que movía los hilos en Heaven. Suspiró mientras se deshacía del vestido de satén rojo y del corsé que potenciaba sus exuberantes curvas. Por arte de magia, volvió a ser la joven discreta y algo triste de siempre, la que nadie veía cuando las partidas terminaban y el Infierno cerraba sus puertas.

1

Las puertas del *saloon* se abrieron con brusquedad y Reeve Brannigan fue arrojado a la oscuridad de la noche como si fuese basura. Apenas logró apoyar un pie antes de que lo empujaran escaleras abajo. La música, las risas y el tintinear de los vasos al chocar continuó dentro, indiferente al destino oscuro que le esperaba. La seguridad de un tipo cualquiera no era lo bastante importante para detener el rumbo de los demás. La vida no se detenía por nadie.

—Nunca he soportado a los hombres que sonríen mientras pierden —murmuró el tipo que había jugado a las cartas con Reeve —. Hacen que piense que no le dan ningún mérito a mi victoria.

Reeve habría respondido algo ingenioso, de no ser porque una mano le retorció el brazo a la espalda hasta arrancarle un gruñido. Lo obligaron a avanzar unos pasos más allá de la luz de los faroles, hacia el lateral del edificio, y la sensación de que estaba acercándose a un abismo del que no podría regresar lo abrumó un instante. El tipo que lo había arrastrado le asestó un puñetazo que él soportó con entereza, y se pasó la lengua por el labio para saborear el regusto metálico de la sangre.

La primera patada, directa al estómago, lo cogió por sorpresa. El

aire abandonó sus pulmones con una exhalación áspera y cayó de rodillas tosiendo, intentando recuperar algo de dignidad a pesar de las arcadas.

Una bota se clavó en su espalda empujándolo al suelo y al caer de bruces la arena se clavó en las palmas de sus manos como si fueran cristales rotos. El hombre con el que había jugado se agachó frente a él. Sus ojos fríos ennegrecidos por la oscuridad lo escrutaron unos segundos. Al final, al no conseguir la reacción de terror que esperaba, sacó una navaja y la abrió con parsimonia frente a su cara. El clic del mecanismo sonó exageradamente alto en el silencio de la noche en el que la respiración trabajosa de Reeve sonaba atronadora.

—Apostaste sin un centavo en el bolsillo —dijo mientras dejaba que la hoja recorriera, apenas rozando, la línea de su mandíbula—. Eso no es valentía, amigo. Es una soberana estupidez. Y aquí, las estupideces se pagan.

Reeve sostuvo su mirada. La sangre le corría desde la ceja hasta el pómulo, caliente y pegajosa, siempre le había molestado esa sensación. Se incorporó lo justo para dejar clara su insolencia, y se encogió de hombros.

—Tuve un pálpito. Tengo la mala costumbre de confiar en mi buena suerte.

Uno de los hombres soltó una carcajada soez y el otro maldijo de manera obscena entre dientes cansado de la actitud de Reeve. Esta vez la segunda patada fue más dura y Reeve apenas pudo contener un grito ahogado. Sintió que sus costillas protestaban con violencia y creyó que se desmayaría de dolor. Antes de que tuviese tiempo de recuperar el aliento uno de ellos lo sujetó del cabello y tiró de él haciendo que su cabeza se contorsionase hacia atrás.

El frío metálico de una pistola se introdujo en su boca chocando

contra sus dientes. El mundo se redujo a ese instante en el que su vida pendía de un leve movimiento de la mano de ese hombre, con el sabor del hierro en su lengua y el pulso acelerado retumbándole en los oídos. Hizo un esfuerzo para no apartar la mirada pero al final tuvo que cerrar los ojos para no echarse a llorar. Se sorprendió al darse cuenta de que apreciaba su vida más de lo que pensaba. Durante un segundo pensó que quizá aquello tenía cierta coherencia y no dejaba de ser un final algo poético. Había pasado años burlándose del destino, desafiándolo con apuestas imposibles, con sonrisas socarronas destinadas a provocar, disfrutando de esa arrogancia heredada de los Brannigan que nunca quiso quitarse de encima. Tal vez la providencia había decidido cobrarse la insolencia.

La pistola se retiró unos instantes y agradeció poder recuperar la dignidad cerrando la boca. Nunca había pensado que un gesto tan simple podía resultar tan satisfactorio.

—El dinero —insistió el hombre—. No me hagas perder la paciencia. Tus manos no son las de un granjero.

El tipo contra el que había jugado le golpeó la cabeza con fuerza y se sintió tan humillado que tuvo que morderse el labio para no rebelarse. Paladeó de nuevo el sabor de la sangre y tragó saliva con dificultad.

—Tiene pinta de niño rico, Ric —opinó el que le había asestado la primera patada, observándolo como si fuese un insecto pinchado con un alfiler.

Reeve escupió la sangre al suelo y se esforzó para componer su sonrisa más insolente.

—Si fuera rico —musitó con voz ronca— no jugaría en un lugar inmundo como este contra gusanos como vosotros.

El tipo llamado Ric gruñó algo ininteligible y golpeó con fuerza el rostro de Reeve. El mundo se volvió blanco durante un instante,

mientras entre el pitido de sus oídos se filtraba el eco de la conversación que mantenían sus atacantes. No auguraba nada bueno. Si no conseguían cobrar la deuda al menos lo usarían para darle una lección a todo el que pudiera verlo.

—Matadlo —ordenó Ric—. No malgastéis balas con él, no merece la pena.

Uno de ellos pateó el costado de Reeve, que cayó de bruces al suelo y el otro se crujió los nudillos, dispuesto a terminar el trabajo. Iba a morir, aquello no era una broma.

Estaba a punto de tragarse el orgullo del que su familia siempre había hecho gala para pedir clemencia, pero los golpes se sucedían uno tras otro sin permitirle recomponerse lo suficiente. Y entonces se detuvieron abruptamente dejándolo tirado como un guiñapo en el suelo. Reeve no supo si ya estaba muerto o si les había resultado demasiado patético para terminar el trabajo. Solo se dejó llevar por aquella oscuridad apacible donde el dolor no existía y el mundo no importaba.

Tres jinetes avanzaron con paso firme y sus siluetas se recortaron contra la luz de los faroles del *saloon.* Ric hizo una señal a sus compañeros para que se detuvieran al ver los cañones de tres rifles apuntando hacia su cabeza. Wyatt Richardson descendió de su caballo y con un gesto de la cabeza les indicó que se alejaran de Reeve, sin dejar de apuntarles con su arma. Ric amagó con levantar su pistola pero sabía cuándo el más mínimo gesto podía desencadenar el desastre.

—Reeve… —Wyatt lo llamó zarandeándolo ligeramente para comprobar que no había llegado demasiado tarde—. Vamos, amigo.

Reeve gruñó y se encogió de dolor y Wyatt suspiró aliviado.

—¿Qué coño pasa, Ric? ¿Estás loco? —recriminó apartando la

atención de su amigo un instante.

—Le he ganado limpiamente y se ha negado a pagar.

Wyatt bufó con incredulidad.

—No has jugado limpiamente en tu vida.

—Eso no importa. Me debe trescientos dólares y no tiene intención de pagármelos.

—Los muertos no pagan sus deudas.

Ric se envaró unos instantes. Esa verdad era incontestable, pero si no podía cobrar esa deuda al menos quería darse el gusto de cobrarse la venganza.

—Yo te pagaré —añadió Wyatt al fin, haciéndole un gesto a sus hombres con la cabeza para que descendieran de sus monturas y le ayudaran a recoger a su amigo—. Mañana al mediodía te entregaré una parte y el resto las próximas semanas.

—No puedo esperar, o me lo pagas todo ahora o…

—Mañana tendrás cien dólares. El resto más adelante. Puedes elegir entre eso o un cadáver y una orden para ahorcarte.

Ric sonrió. No era la primera vez que mataba a alguien, pero si según parecía, aquel inconsciente venía de una familia adinerada, era bastante probable que alguien se tomase muchas molestias en buscarle para pagar por ello.

—¿Y por qué iba a creerte?

—Porque si no cumplo, sabrás exactamente dónde encontrarme.

—Está bien. No te retrases o volveremos para terminar lo que hemos dejado a medias.

Wyatt sabía lo bastante de la vida para intuir que aquello no era cierto. Al igual que muchos otros, Ric ansiaba el dinero sobre todas las cosas y ahora que había comprobado que había una posibilidad de obtenerlo no se mancharía las manos. Pero también sabía que los tipos como él a veces eran impredecibles, sobre todo cuando

ahogaban su cerebro en alcohol.

—Tienes suerte —murmuró inclinándose junto a su amigo cuando Ric y los suyos se marcharon.

Reeve apenas tuvo fuerza para abrir los ojos hinchados por los golpes, pero consiguió que una sonrisa torcida se abriese paso entre la sangre y el dolor.

—Siempre la he tenido. ¿No lo ves?

Wyatt asintió, dándole la razón, aunque Reeve no pudo verlo. Se había desmayado de nuevo.

Los días pasaban para Reeve envueltos en una neblina espesa, como si alguien hubiera corrido un velo gris sobre el mundo. Todo era confuso. No sabía si aquella bruma nacía de los golpes recibidos o del brebaje amargo que le obligaban a tragar para mitigar el dolor. Solo sabía que cada vez que respiraba sentía que diminutos cristales se le clavaban en los pulmones y que las costillas protestaban como si estuviese a punto de quebrarse por dentro. A ratos despertaba, aunque no terminaba de estar lúcido del todo.

Entreabría los ojos cuando reconocía la voz firme de Wyatt, a veces dándole ánimos y otras provocándolo para hacerle reaccionar. Y después estaban las manos suaves y delicadas de la esposa de su amigo, refrescando su frente sudorosa, cambiando los vendajes, sosteniendo el vaso contra sus labios cuando no podía hacerlo por sí mismo.

Reeve trataba de aferrarse a la consciencia cada vez que ella se inclinaba sobre él. El perfume tenue de jabón y lavanda le llegaba como un recuerdo peligroso y evocaba a otras mujeres con las que había compartido placeres y noches. Su cuerpo traidor respondía, incluso estando destrozado a cada roce accidental y en sus delirios no siempre distinguía lo que era real de lo que era imaginado. A

veces creía que aquellas manos se demoraban más de lo necesario, que su voz se volvía un susurro junto a su oído, que la sombra de su figura se inclinaba demasiado cerca. En esos sueños confusos, el dolor se transformaba en otra cosa; era una tensión que no nacía de las heridas sino de un daño mucho más profundo, que surgía de los pecados que jamás se había permitido cometer y de otros en los que se había sumergido de cabeza.

Despertaba sobresaltado en más de una ocasión, con el pulso desbocado y la culpa atravesándole más hondo que cualquier puñetazo. Su mente había viajado hacia un punto lejano de su vida, echándole en cara todas aquellas veces que no habían sido valiente u honesto. No deseaba a Gina Richardson, al menos no más de lo que podía desear a cualquier otra, pero se sentía tan expuesto que no sabía cómo funcionaba su cabeza en ese momento. Rogaba no haber pronunciado su nombre y rogaba no haber dejado escapar ningún gemido que no fuera de dolor mientras ella le atendía.

Wyatt había sido como un hermano y podía asegurar que lo quería más que al suyo propio. Y había límites que un hombre podía cruzar y otros que lo condenaban para siempre.

Incluso dormido, Reeve apretaba los dientes, para que, cuando sanara, pudiera mirarlo a los ojos sin sentir que había traicionado algo sagrado.

2

—No tienes que darme las gracias por salvarte el pellejo. —La voz de Wyatt resonó en la habitación y cuando Reeve levantó la cabeza de su cuenco de sopa tuvo que entrecerrar los ojos para protegerse del sol que entraba a raudales por la ventana—. Tú lo habrías hecho por mí.

Se limpió la boca con la servilleta, y le devolvió el plato vacío para que lo dejara sobre la mesa. Reeve estaba famélico, pero ingerir alimento después de tantos días le estaba provocando arcadas. Vomitar en la cama de invitados de los Richardson después de todo lo que habían hecho por él no era algo que le apeteciera demasiado.

—No debiste pagar la deuda. Ese cabrón de Ric te ha pedido mucho más de lo que le debía.

Wyatt se encogió de hombros dejando claro que no le sorprendía.

—Si no la hubiera pagado, en estos momentos estarías bajo tierra.

Su amigo se reclinó en las almohadas y contempló la ventana unos instantes con la vista perdida.

—No sé cuándo podré devolvértelo. Yo…

La frase expiró en su boca, demasiado avergonzado para decirla en voz alta. Era uno de los herederos de la familia Brannigan, la saga más rica y poderosa de la región, y sin embargo llevaba meses trampeando al póquer para poder pagarse la habitación en la modesta pensión en la que se alojaba. Ir a Apricot Valley había sido un error, pero después de pasar un tiempo deambulando por pueblos desesperanzadores, había visto un oasis en aquel pequeño asentamiento de paso donde al menos contaba con un viejo amigo. No se engañaba a sí mismo. No era un héroe ni podía presumir de tener valores y honradez, ni siquiera un mínimo de decencia, y al menos una vez a la semana se planteaba volver sobre sus pasos y aceptar quién era. La vida siendo un Brannigan podía ser muy complicada si tenías escrúpulos, pero si conseguías dejar la conciencia de lado, nunca faltaría una buena suma en el bolsillo y todos los placeres que pudiese desear. El intento de ser alguien con un mínimo de dignidad se estaba yendo al traste.

—Buscaré un trabajo, Wyatt. —Reeve apartó las sábanas para levantarse de la cama, impulsado por la necesidad de sentirse útil por una vez pero se detuvo con una mueca de dolor provocado por el esfuerzo—. Herraré caballos, limpiaré cuadras… pero te prometo que te pagaré hasta el último centavo.

Wyatt lo observó unos instantes. Se conocían desde hacía años, cuando compartían correrías juntos. Siempre lo había admirado, había visto más allá de la fachada soberbia y altarera de los Brannigan, pero ahora parecía que esa pátina había desaparecido resquebrajada por el sol. No sabía qué había dentro de su cabeza, pero algo le atormentaba. No había dudado en prestarle ayuda, pero sus recursos eran limitados y no podía perdonarle una deuda tan cuantiosa. Wyatt tenía sueños. Entre ellos llevarse a su mujer a un lugar mejor y formar una familia. Para eso había aceptado todo tipo

de trabajos y había acabado decantándose por el mejor pagado de todos. El de caza recompensas. Su esposa Gemma era dulce y amable, pero también ambiciosa, y no consentiría que Reeve se marchase sin devolverle una suma tan cuantiosa que para colmo había perdido de manera tan deshonesta. Podría desafiar los peligros más extremos sin titubear, pero no se enfrentaría a su esposa furibunda.

—A decir verdad… —Wyatt se rascó la frente unos segundos—. Hay una forma de saldar esa deuda.

La cara de Reeve se transformó y lo miró con los ojos brillantes.

—Haré lo que sea, Wyatt.

—Verás… Yo tengo que ir al este. Me han pasado el soplo de un fugitivo. Un ladrón de bancos que ha dado varios golpes. Es un trabajo rápido que me llevará unos pocos días y podré volver. No me gusta dejar sola a Gemma demasiado tiempo ahora que está…

Su silencio fue tan elocuente que Reeve supo de inmediato a qué se refería.

—¿Vais a tener un hijo?

Su amigo asintió y Reeve golpeó su hombro con una carcajada.

—Enhorabuena. Supongo que quieres que vaya a por ese ladrón en tu lugar.

—En realidad, no. Reeve, este no es lugar para una mujer, menos aun para un bebé. Necesito conseguir todo el dinero que pueda y largarme. Lo entiendes, ¿verdad?

—No. Quiero decir… entiendo tu preocupación. Solo dime en qué puedo ayudarte. Estoy en deuda con vosotros.

Wyatt sacó un papel del bolsillo de su chaleco y lo desdobló con cuidado para mostrárselo. Se veía desgastado y amarilleado, como si lo hubiese sacado mil veces para leerlo y devuelto a su lugar. Los surcos habían deteriorado un poco los rasgos de la mujer que

aparecía sobre unas letras oscuras. «Se busca». Reeve parpadeó al ver la desorbitada cifra que resaltaba con una caligrafía oscura: «1000 dólares».

—Caramba. ¿Quién es? —preguntó acercándose el papel a los ojos para intentar ver mejor el rostro de la fugitiva—. Si hay que encontrarla basándose en este retrato va a ser condenadamente jodido.

—La Emperatriz. La señora de Heaven. Una mujer tan bella como peligrosa. Cuenta la leyenda que es capaz de sobrevivir al veneno de una serpiente, que habla con los lobos y que se alimenta de la sangre de los que no pueden pagar sus deudas. Lo único en lo que todos coinciden es que es un diablo con cara de ángel.

—¿Heaven? —Reeve rebuscó en su memoria aquel nombre. Había escuchado hablar de eso alguna vez, pero no le había prestado demasiada atención.

—Heaven es el paraíso del juego y el vicio, un pequeño asentamiento con salones, tabernas y burdeles donde la gente apuesta de una manera desorbitada. Nadie sabe exactamente dónde está, solo unas indicaciones bastante vagas de su ubicación, y solo se puede acceder con una invitación, o de parte de la Emperatriz o de alguno de los jugadores más antiguos. Allí no se hacen preguntas. Puedes jugarte todos tus bienes y hasta tu propia vida contra un clérigo o contra un asesino, tanto da.

—Suena encantador. ¿Por qué diablos yo no he conseguido nunca una invitación para ese lugar? —bromeó Reeve, aunque Wyatt no le correspondió. Parecía absorto en su relato.

—No quiero engañarte, Reeve. Es peligroso. La Emperatriz tiene todo un ejército muy bien pagado a su alrededor, aquello es un verdadero fortín. Esa es la razón por la que, a pesar de la elevada recompensa, nadie la haya traído aún ante la justicia.

Había dos cosas que a Reeve Brannigan le tentaban, las mujeres y los retos, y Wyatt lo sabía.

—Si lo consigo…

—Nos repartiremos la recompensa y la deuda quedará saldada. Pero tienes que ser consciente del peligro que esto conlleva.

Reeve sopesó unos instantes las opciones. No tenía demasiado que perder, y eso le daba, al menos, un propósito, algo en lo que involucrarse. Si salía bien, tendría quinientos dólares en el bolsillo con los que empezar una nueva vida, y si salía mal… Bueno, a quién diablos le importaba.

—¿Por qué la buscan?

—Asesinato. Mató al hijo de uno de los jueces más prestigiosos de Texas, y te garantizo que no parará hasta que la vea colgada en la horca.

Reeve se acarició el mentón, pensativo. Aunque no tenía una barba demasiado áspera, necesitaba un afeitado y un buen baño. Seguro que eso le hacía sentirse mejor. Se miró en el espejo empañado que colgaba de una de las paredes y apenas se reconoció. Estaba demacrado y su espeso pelo rubio, del que siempre había estado orgulloso, parecía sin vida. Necesitaba volver ser él mismo, recuperar esa insolencia innata que le instaba a comerse el mundo.

—Lo haré —dijo al fin, girándose para mirar a Wyatt que dio un respingo al ver su determinación—. Pero quiero asegurarme de que cobres lo que te debo.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—Como bien has dicho, puedo morir en el intento. Yo no soy inmune a las picaduras de serpiente ni a los besos de las mujeres —bromeó, aunque sus ojos parecían sombríos—. Voy a firmar un documento que te asegure que, si muero, mi familia te dará mi parte

de las tierras de los Brannigan. Serás mi heredero.

Wyatt se levantó de un salto de la silla que ocupaba. Aquello era demasiado.

—Alguno de esos golpes ha debido estropearte la sesera. No permitiré que hagas un testamento a mi favor. Es… es… tétrico.

—No es un testamento. Todos los hermanos recibimos una parte de las rentas una vez al año. Diré que te debo mucho más y así podrás conseguir tu propósito. Mis familiares son unos desgraciados, pero tienen la costumbre de pagar las deudas. Sobre todo si se trata del último deseo de un moribundo.

—Es demasiado, Reeve.

—No sabía que eras tan remilgado. Tranquilízate, intentaré no morir, te lo prometo. Solo queda un pequeño problema. ¿Cómo se supone que llegaré a la Emperatriz?

—Usando tu encanto, cómo si no. —Wyatt sonrió con ironía, sin poder contener la pizca de euforia que acababa de prenderse en su estómago—. Y con esto.

Metió la mano en el otro bolsillo de su chaleco y sacó una moneda de oro, que brillaba demasiado para ser verdadera. Extendió la mano para tendérsela a Reeve, que la observó detenidamente. Parecía una moneda normal y corriente, solo que en una de sus caras llevaba grabado el bello rostro de perfil de una mujer. Reeve jugó con ella unos momentos sin darse cuenta de que había esbozado una sonrisa. Aquel objeto pequeño y sin valor era un pase directo al cielo. O tal vez al infierno.

3

El terreno de juego era una franja de tierra aplanada a base de las pisadas continuas de botas y herraduras, delimitada por unas líneas blancas pintadas con cal. La bola guía estaba pintada de rojo y brillaba bajo el implacable sol de mediodía. Los hombres allí congregados medían su pericia lanzando las pesadas esferas de metal, que caían sobre el suelo de tierra con un golpe seco, para acercarse a su objetivo. Era un entretenimiento sencillo y en apariencia inocente, hasta que alguien se tomaba el asunto demasiado en serio y la paz saltaba por los aires. Y en un sitio como Heaven, eso podía significar la muerte.

Desde su ventana, la Emperatriz observaba con desgana el juego, oculta tras la cortina de lino. Un hombre se envalentonó y empujó a uno de los contrincantes, disconforme con el resultado de la jugada, pero la revuelta se disolvió con rapidez. Suspiró, hastiada de aquella demostración constante de hombría malinterpretada.

—Son como niños —murmuró para sí misma.

—Son como animales.

La voz desapasionada de una mujer tras ella la hizo sobresaltarse. Al girarse se encontró con Adelaide, algo así como su mano derecha, que en ese momento se encendía un puro con una

cerilla.

—No te oí entrar.

—Será porque no he llamado.

Adelaide se acercó hasta ella y miró por la ventana sin disimular su expresión de asco.

—Chacales —musitó. Dio una calada al puro y expulsó el humo en dirección al cristal. La Emperatriz tosió y agitó la mano frente a su cara para apartarlo.

—Odio que hagas eso.

—Baker dice lo mismo.

—¿Baker? ¿Ya no es ese gusano apestoso engendrado por un mandril y una víbora?

—Bueno… en realidad, sí. Es un poco mandril.

La emperatriz soltó una carcajada y le dio la espalda para dirigirse hacia el tocador. Con delicadeza, escogió un cepillo de plata y comenzó a peinarse los bucles oscuros, observándola de cuando en cuando a través del espejo.

—Reconócelo, en el fondo te gusta.

—No importa si me gusta o no. —Adelaide abrió la ventana y lanzó el puro por ella sin importarle si iba a parar a la cabeza de alguien. De hecho si veía arder algún sombrero se daría por satisfecha—. Debe irse. Ya lleva demasiado tiempo aquí. Nadie debería pasar en Heaven más tiempo del necesario.

La Emperatriz suspiró, sin saber si debía continuar insistiendo. Estaba claro, al menos para ella, que Adelaide sentía algo por ese hombre, aunque su amiga preferiría arrancarse la lengua antes de reconocerlo. Se habían prometido hacía años no enamorarse de nadie, y utilizar a los hombres antes de que las utilizaran a ellas, pero no siempre era fácil mantenerse ajena a los sentimientos. Addy era tan dura como una piedra y tan áspera como el desierto, y tenía

sobrados motivos para ello.

—Supongo que encontrarás alguna forma de deshacerte de él. ¿Dónde está? ¿Ha vuelto al motel de Clementine o sigue en tu habitación?

Adelaide jugó con los volantes de su manga esquivando su pregunta y la Emperatriz supo que su compañera había dado el primer paso para alejar a ese hombre de ella. Tal y como hacía siempre que alguien lograba acercarse un poco a su corazón.

—Supongo que estará… en el baño.

—¿En serio? Prometiste que no volverías a hacerlo, Addy. —La dueña se giró con brusquedad para enfrentar a su amiga—. Algún día alguien no se recuperará de una de esas pócimas tuyas, y la conciencia no te dejará vivir. ¿Qué sentido tiene que los condenes a vomitar y a pasar todo el día en la letrina?

Addy se encogió de hombros con cara de circunstancias. En su cabeza todo tenía lógica. Tarde o temprano, Baker se sentiría tan mal que tendría que marcharse de Heaven, y el recuerdo adictivo de su pasión por Addelaide quedaría empañado por uno mucho más terrenal, el de la debilidad causada por el malestar constante.

—Por Dios, Addelaide. Sería más humano darle un tiro en el pie.

—Esa es mi segunda opción. Aunque nunca la he necesitado. Cuando llevan suficiente tiempo tomando mi pócima, solo con verme sienten que se les retuercen las tripas.

Ambas se rieron y tras un instante guardaron silencio, sin querer reconocerse ni siquiera a sí mismas cuánto les aterrorizaba admitir que después de todo seguían teniendo corazón.

La habitación de la que todos creían la dueña del club estaba en el piso más alto del edificio principal, justo encima del gran salón donde la música, las conversaciones demasiado altas y el tintinear de las copas no cesaban hasta bien entrada la madrugada. En

realidad, la Emperatriz solo era una actriz que representaba a la perfección cada noche su papel, una fantasía que hacía suspirar y caer a sus pies a todos los hombres ansiosos de aventura. A esa hora, sin embargo, Heaven parecía un pueblo cualquiera, y ambas aprovechaban esa calma para sentir que sus vidas eran normales y que solo eran dos amigas compartiendo confidencias.

La alfombra turca que ocultaba las tablas desniveladas del suelo amortiguó los pasos de Adelaide que se acercó hasta la cómoda donde descansaban multitud de frascos de vidrio ambarino con esencias y perfumes exóticos. Abrió uno de los botes de cristal y disfrutó del aroma dulzón que la Emperatriz solía usar para embriagar los sentidos de los incautos que se atrevían a acercarse a ella.

La Emperatriz estaba sentada frente al espejo de su tocador, con la espalda un poco inclinada por el peso del personaje que pronto tendría que representar de nuevo. La luz que entraba por la ventana dibujaba sombras suaves sobre su piel, y la hacía parecer más mayor de los veintiocho años que tenía. Ya no era una niña, mas en Heaven el tiempo se medía de forma diferente y a veces tenía que recordarse que seguía siendo joven y no una anciana hastiada de la vida.

—Te estás estropeando el pelo —murmuró Adelaide observándola con el ceño fruncido.

La Emperatriz dejó caer el peine con gesto distraído sobre el tocador y suspiró.

—En Heaven no hay día que no se estropee algo —replicó—. Nada es perfecto aquí. Ni las noches ni los días, ni la vida.

Adelaide suspiró a su vez, se acercó por detrás, tomó el peine sin pedir permiso para empezar a desenredar sus bucles con movimientos firmes y expertos.

—Este lugar es una maldita ilusión. Como una borrachera que deja una resaca horrible. Los hombres que consiguen llegar a este lugar se consideran afortunados, a pesar de que perderán hasta el último centavo que llevan en el bolsillo, la dignidad y hasta puede que algún diente. Para ellos, venir aquí, sea cual sea el resultado, resulta perfecto.

—No lo creo. —La Emperatriz intentó quitarle el cepillo para seguir peinándose ella misma pero Addy lo evitó dándole una palmada en la mano—. Cuando se van de aquí, solo queda odio y rencor hacia este lugar y hacia nosotras. Nadie repite.

—Quietas las manos —ordenó con suavidad—. No repiten porque está prohibido, no seas cínica.

—No soy cínica —se quejó, observando su progreso en el espejo —. Es solo que…

—No es el momento de tener conciencia.

El peine avanzó desde la raíz hasta las puntas, separando mechones oscuros que caían como una cortina sobre los hombros desnudos.

—Es el momento de… no sé si podré aguantar mucho más. Eres la indicada para ser mi sustituta. De hecho serás mucho mejor que yo.

Abajo, una puerta se cerró de golpe. Una carcajada masculina resonó en el pasillo y luego el silencio volvió a asentarse. Ambas se relajaron de nuevo soltando el aire, y se dieron cuenta de que se habían tensado ante el más mínimo sonido. Estar alerta constantemente estaba acabando con su entereza.

—Eso debería decirlo Snake. Él viejo te eligió y él decidirá.

Se miraron a través del espejo unos segundos, pronunciar aquel nombre siempre merecía tomarse unos instantes, como si fuese algo sagrado, o en su defecto, algo maligno.

Snake era uno de los fundadores de Heaven. Había llegado al asentamiento original siendo un joven ambicioso sin nada que perder, dispuesto a levantar aquel infierno con nombre celestial. Había hecho crecer el pueblo a base de mesas de juego, mujeres y whisky traído en carretas desde Kansas. Se había adueñado de tierras que no tenían nombre, y había usado cualquier treta a su alcance para que aquel lugar fuese tan tentador como exclusivo. No necesitaba hacer nada para atraer a los clientes, la promesa del pecado que no estaba al alcance de cualquiera siempre era un buen señuelo. En cierto modo había hecho lo mismo con la Emperatriz. Había dotado a una mujer sin pasado ni futuro de un halo de misterio irresistible para cualquiera, incluyéndolo a él. Y desde el primer día la había mirado como si fuera el último premio que le quedara por conquistar.

—Está dispuesto a dejarlo todo en mis manos —admitió la Emperatriz, más para sí misma que para Addy—. Salones, burdeles, dinero… Solo tengo que convertirme en su esposa.

Adelaide hizo un gesto escéptico.

—Quiere asegurarse de que Heaven siga siendo suyo incluso cuando ya no pueda sostenerse en pie. Un último intento de dejar su semilla en esta tierra árida y podrida.

La Emperatriz torció el gesto al entender el doble sentido de la frase, como si la sola idea de que el anciano pensase en tocarla le revolviese el estómago. Estaba agradecida a Snake por haberla salvado de un destino incierto, pero lo veía como un tío lejano, alguien que a pesar de su dureza había resultado ser una mano tendida cuando más lo necesitaba.

—Está envejeciendo. Es normal que quiera asegurar un digno sucesor que continue su legado. Ha construido un imperio, y cuando él no esté yo tendré el mismo valor que uno de sus mozos de

cuadra. Solo represento un papel, aunque todos piensen que soy la dueña.

El peine se detuvo un segundo.

—Su hijo lo hará… Bueno, todos sabemos cómo es Viper —añadió Adelaide.

La Emperatriz apretó los labios.

Viper era apenas un par de años menor que ella. Más alto que su padre, más rápido, menos paciente y sin los cuestionables valores que caracterizaban a su progenitor. Ambicionaba, al igual que su padre, dinero y reconocimiento, pero donde Snake veía cierto romanticismo épico, Viper solo encontraba ambición y ansias de someter al prójimo, incluyéndola a ella.

—No quiero estar aquí cuando Viper sea el dueño de Heaven. Es un déspota. No se conformará con lo que le pertenece, quiere gobernar sobre todo, incluyendo a la gente.

Adelaide alzó una ceja, sin disimular su preocupación.

—Quiere tu cuerpo y quiere el legado. En ese orden preferiblemente. Si su padre no estuviera… todos sabemos que no lleva demasiado bien las negativas.

Un silencio pesado llenó la habitación. La Emperatriz había tenido que rechazar en más de una ocasión sus atenciones, y solo el hecho de que su padre le cortaría sus atributos si lo hacía, la había librado de llegar a una situación comprometida. Viper ansiaba someterla, demostrarle que podía conseguir todo lo que quería.

El viento golpeó los postigos y levantó una ráfaga de polvo contra el cristal haciendo que la Emperatriz se sobresaltase.

—¿Quieres la pócima? —preguntó Addy con voz más baja.

La Emperatriz dejó escapar una risa que esta vez no tenía alegría.

—Ni siquiera con eso alejaría a ese chacal de Heaven.

Adelaide siguió peinándola, más despacio ahora, como si cada pasada le ayudara a ordenar sus ideas.

—Entonces tienes dos caminos —sopesó finalmente—. En la cama del padre, con todo el poder en tus manos… o en la del hijo, sometida, aunque satisfecha. Hay que admitir que aunque sea un desgraciado, es atractivo y sabe lo que se hace.

La Emperatriz giró apenas el rostro para dedicarle una mirada furiosa.

—No estoy hecha para ser sometida.

—Pero sí para sobrevivir.

Se quedaron pensativas y sus miradas se cruzaron e nuevo en el espejo.

—Aunque Snake me entregase Heaven en una bandeja, Viper me lo arrebataría en cuando tuviese ocasión.

Ambas sabían que era cierto, que aquella rutina que cabalgaba entre el peligro y una falsa sensación de poder, más pronto que tarde terminaría. No podían vivir eternamente sobre el filo de una afilada navaja. Pero nunca parecía un buen momento para marcharse y ni siquiera sabían si se lo permitirían.

Adelaide dejó el peine sobre la cómoda y se inclinó hacia uno de los frascos de vidrio. Tras abrirlo, se lo acercó a la nariz para olerlo.

—Sin duda —añadió mientras hacía girar el líquido oscuro dentro del frasco, hipnotizada por las ondas de su superficie—, necesitarás una buena dosis de pócima para solventar esto.

Esta vez ambas soltaron una carcajada contagiosa. Imaginarse al altivo y desagradable Viper corriendo con los pantalones por los tobillos mientras sus tripas se retorcían no era una imagen tan desagradable después de todo.

4

Los dos días de viaje estaban haciendo mella en Reeve, que todavía no se había recuperado del todo de sus lesiones. Aunque durante su convalecencia había deseado casi con fiereza salir de una vez de aquella diminuta habitación en casa de Wyatt, tenía que reconocer que un poco más de descanso le habría venido genial. Pensó en su confortable y lujosa habitación en casa de los Brannigan, aquella que no había pisado en casi dos años. No sabía si podía definirlo como un hogar, pero sí como el lugar que lo había visto crecer y convertirse en un hombre. Un hombre lleno de defectos. Tras tomarse un café aguado y una torta de maíz, recogió la manta y sus escasas pertenencias y apagó la pequeña fogata empujando un puñado de arena con la puntera de su bota. Dormir en el suelo no era demasiado reparador, sin embargo, no se engañaba. La causa de esa sensación desagradable de la que no se podía desprender era ese sueño recurrente que últimamente había cobrado fuerza. No era un producto de su imaginación, sino una imagen ya vivida que lo perseguía desde hacía más de una década. De nuevo había contemplado el fuego tiñendo la noche de rojo, las pavesas arrastradas por el viento y, justo antes de despertar ahogado por la culpa, los ojos color miel que lo acusaban sin necesidad de palabras.

Los ojos de Wendy Jones. A menudo se había preguntado qué habría sido de ella, pero de inmediato intentaba erradicarla de su mente. Nunca estaría preparado para digerir lo que había ocurrido hasta desembocar en aquella fatídica noche.

Texas se extendía ante Reeve como una piel áspera e indomable. La llanura había quedado atrás y ahora el terreno ascendía en ondulaciones suaves que se convertían, poco a poco, en colinas más escarpadas. El camino no era más que una cicatriz polvorienta abierta entre los troncos retorcidos de los árboles y el olor resinoso de los cedros impregnaba el aire al ser caldeado por el sol. A cada paso, el caballo levantaba una nube de polvo fino que se pegaba a su ropa y a su alma. Estaba agotado. A lo lejos cantaba una chicharra; más cerca, el crujido de las ramas secas bajo las pezuñas rompía el silencio y, de vez en cuando, el zumbido grave de las moscas atraídas por el sudor del animal componían una melodía asfixiante que orbitaba alrededor de sus orejas. Si pasaba un día más en esas condiciones perdería el juicio, estaba seguro.

Cuando el terreno comenzó a volverse más abrupto y las primeras estribaciones montañosas se alzaron ante él, la sensación se hizo más y más clara. Su intuición le dijo que alguien lo observaba. No tenía ninguna prueba, pero la innegable presión en la nuca y la forma en la que se erizaba el vello de sus brazos le indicaba que así era.

Por un momento creyó que podían ser indios, aquellas montañas estaban llenas de tribus comanches, pero lo descartó. Si lo fueran, concluyó con hastío, ya habría sentido el silbido de una flecha atravesándole el pecho.

¿Qué podrían querer de un hombre solitario y sin nada de valor encima? Lo único verdaderamente valioso era su caballo, y tampoco era un animal notable. Acarició, sin ser muy consciente de ello, la

culata del revólver con una mano, mientras con la otra se apartaba un largo mechón de pelo rubio que el viento se empeñaba en agitar contra sus ojos El contacto con la madera pulida de la empuñadura le devolvió un mínimo de control.

Un crujido seco a su derecha llamó su atención y el caballo tensó el cuello. Reeve detuvo la marcha consciente de que no podía huir, contuvo la respiración y se sobresaltó cuando una sombra negra alzó el vuelo entre las ramas. Un pájaro. Tal vez un cuervo. Suspiró sin llegar a sentir del todo el alivio.

Siguió adelante, recordando las indicaciones de Wyatt. «La garganta estrecha. Dos cedros inclinados formando un arco. Después, el cauce seco del río serpenteando hasta llegar a una curva angosta rodeada de piedras blancas».

Se preguntó cómo demonios había conseguido la información y sobre todo la moneda que le abría las puertas de Heaven, pero no había querido investigar demasiado. Wyatt había pasado los últimos años mezclándose entre lo peorcito de la sociedad, proscritos, asesinos, ladrones y demás lindezas, y aún había seguido conservando su honestidad. Había conseguido llevar ante la justicia a una buena parte de ellos, pero también hacer lucrativas amistades hasta con el mismísimo diablo.

El camino se hacía cada vez más estrecho y dificultoso, las paredes rocosas se elevaban a ambos lados, rojizas y erosionadas, dejando apenas espacio para avanzar. El suelo se llenaba de piedras sueltas y el caballo resoplaba inquieto. Reeve dudó. Dar media vuelta habría sido sensato, ya que cada vez estaba más convencido de que se estaba metiendo en una ratonera sin posibilidad de huida rápida.

La moneda de oro, su salvoconducto, parecía arderle en el bolsillo interior del chaleco. La notaba como una quemadura

constante, igual que la considerable cantidad de dinero escondida en las alforjas, suficiente para entrar en las pujas y apuestas y así integrarse en aquel ambiente viciado. Pensándolo bien, dudaba que aquellos salones de juego distaran demasiado de los antros en los que había pasado innumerables noches durante toda su vida.

Apretó los dientes y maldijo cuando su caballo estuvo a punto de perder el equilibrio al desplazarse las piedras sobre las que pisaba. Si aquello era una trampa, quien la había urdido parecía bastante paciente. Estaba a punto de rendirse y volver sobre sus pasos cuando el desfiladero comenzó a ensancharse apenas perceptiblemente al principio. El aire pareció volverse más fresco, y se dio cuenta de que lo necesitaba. Estaba empapado y la ropa se había pegado a su cuerpo. Pero no era el momento para pensar en librarse de la chaqueta para estar más cómodo, necesitaba mantener todos los sentidos alerta. Entonces ante sus ojos, tras una arboleda dispersa, divisó lo que parecía ser un asentamiento. Memorizó cada recodo del camino, cada roca singular, la inclinación del sol sobre la pared occidental de la garganta. Se orientó por la luz, por la dirección del viento, por la forma del terreno. Porque tarde o temprano —si no lo mataban antes— tendría que salir de allí. Y no pensaba morir perdido entre árboles desconocidos, desangrándose como un necio que no supo encontrar el camino de regreso.

El sendero se ensanchó y el suelo se volvió más firme. Conforme se acercaba, la sensación de que estaba cayendo de cabeza en una trampa fue mucho más real. En cualquier caso, había llegado hasta allí. Y morir era una opción posible desde el principio.

Cuando llegó a la entrada del poblado descendió del caballo y se adentró en él con cautela. Aquello no solo distaba mucho del lugar idílico diseñado para disfrutar de las perversiones y los pecados terrenales, el asentamiento tenía el aspecto de no haber sido

habitado en años. Reeve no entendía nada, y comenzó a dudar si aquello era un error o una broma macabra. Una ráfaga de viento recorrió la amplia avenida levantando un remolino de polvo y una de las ventanas cercanas chocó contra la pared con un ruido sordo. Se llevó la mano a su arma con rapidez para desenfundar, pero no tuvo tiempo de hacerlo. Alguien le pasó una capucha de tela oscura por la cabeza y supo, a pesar de no poder ver nada, que lo estaban rodeando. Estaba en desventaja, pero aun así intentó forcejear, hasta que un golpe seco a la altura de la nuca lo aturdió. Recibir golpes se estaba convirtiendo en una costumbre bastante desagradable.

Reeve sentía ganas de vomitar y no había sido muy consciente de la forma en la que lo habían subido a su montura, pero lo que sí podía asegurar es que resultaba humillante ser tratado como un fardo cualquiera. El mundo se había reducido a dos diminutos puntos de luz que apenas se filtraban entre las fibras de la tela. El aire se volvía espeso dentro de la capucha, y con cada exhalación el tejido se humedecía adhiriéndose a su boca, obligándolo a respirar con más fuerza. No quería que notaran el pánico que sentía, sin embargo era difícil mantenerse firme.

Su caballo avanzaba con paso inseguro por un terreno irregular. Sentía los cambios bajo las pezuñas, la grava suelta que lo hacía trastabillar, un descenso abrupto, y luego el terreno se volvió más uniforme. Los hombres que lo flanqueaban apenas hablaban y cuando lo hacían, murmuraban en voz baja, con frases cortas que el viento disolvía antes de poder entenderlas. Agudizó el oído y escuchó el chapoteo inconfundible del agua como un murmullo ligero y constante. Un riachuelo. Lo memorizó por si necesitaba ese dato más adelante. Poco después, el aire cambió y se volvió más fresco. Más denso. El aroma de la tierra húmeda y las hojas le indicó

que estaban atravesando un pequeño bosque. Su cabeza se negaba a forjar cualquier teoría, solo sabía que, si hubiesen querido matarle, ya estaría muerto.

El caballo se detuvo bruscamente después de lo que le pareció una eternidad. Una mano firme lo sujetó del brazo y lo obligaron a desmontar con menos brusquedad de la esperada. Trastabilló, un poco mareado, hasta que las botas polvorientas tocaron suelo firme.

El sonido inconfundible de la música fue lo que confirmó que habían llegado a un lugar civilizado. Un piano marcaba un ritmo alegre y el murmullo de las conversaciones llegó hasta él. Cuando le arrancaron la capucha de golpe, la luz lo cegó unos instantes y tuvo que parpadear para recuperarse.

Ante él no había un campamento oculto entre árboles, ni un asentamiento miserable vapuleado por los elementos. Las fachadas se alzaban con una arrogancia impropia del desierto: balcones de madera tallada, ventanales amplios, puertas dobles con cristal esmerilado. Los letreros colgaban sobre las puertas, pintados en oro y carmín en su mayoría, y anunciaban nombres evocadores pensados a conciencia para seducir: The Velvet Room, Angel House, The Golden Smille… y algunos más que no alcanzó a leer.

Algunos parecían más propios de Nueva Orleans que de un lugar perdido en mitad de ninguna parte. Otros imitaban la elegancia de ciudades que la mayoría de los hombres allí reunidos jamás habría pisado.

No le extrañaba que Heaven fuese llamado un paraíso del vicio. Todo lo que alcanzaba la vista estaba pensado para despertar el deseo. Cortinas entreabiertas que dejaban ver siluetas femeninas, la música que inducía una falsa sensación de felicidad, el lujo que todos deseaban alcanzar aunque fuese una vez en su vida.

Apostados bajo los soportales, apoyados en los postes, sentados

en las sillas inclinadas hacia atrás contra las paredes, un puñado de hombres lo observaban sin disimulo. Sus miradas oscilaban entre la diversión y la curiosidad, como si él no fuese un visitante, sino una nueva pieza que acababa de incorporarse al espectáculo. Un par soltaron una carcajada al advertir su desconcierto y otro lo recorrió de arriba abajo como si fuera un insecto.

Reeve mantuvo el mentón alto. No era la primera vez que lo examinaban como a ganado.

Un hombre se adelantó sacándolo de su aturdimiento. Alto y algo rudo, iba vestido con un traje oscuro y un chaleco bordado de un dorado estridente, que indicaban que pretendía resultar elegante, sin mucho éxito. Tras repasarlo con una mirada inquisitiva extendió la mano hacia Reeve con impaciencia.

El tipo bufó, exasperado al ver que no reaccionaba.

—¿No tienes nada que darme?

Reeve había aprendido con los años que era mejor parecer arrogante que idiota y prefirió no preguntar a qué se refería, hasta que recordó el salvoconducto que lo ayudaría a entrar allí. La moneda. La sacó de su bolsillo despacio, sin apartar la vista del hombre y se la mostró. El metal capturó la luz del atardecer como si estuviese cargada de algo mágico.

Uno de los presentes soltó un silbido bajo y apreciativo.

—Vaya… una moneda de oro, nada menos.

Algunos cuellos se estiraron para observar mejor la escena, y Reeve no supo si debía sentirse satisfecho por tanta expectación, y no porque le molestase ser el ombligo del mundo. Wyatt le había advertido que no llamase demasiado la atención, pero parecía que su recibimiento no estaba siendo discreto.

El hombre que había extendido la mano tomó la moneda entre los dedos, la hizo girar, y acarició el relieve con el pulgar. Al fin, le

dio una palmada en el hombro, demasiado contundente para ser amistosa.

—Bienvenido a Heaven, angelito —murmuró con sorna, guardándose la moneda en el bolsillo de su chaleco—. Sígueme.

Y mientras avanzaban por aquella calle que parecía un decorado levantado para tentar a los hombres más desesperados del territorio, Reeve comprendió que allí el oro no compraba lujo. Compraba la posibilidad de pecar, un privilegio que no estaba al alcance de cualquiera. A un hombre con menos mundo que Reeve aquello le habría hecho sentir especial, pero él sabía que era un peón en aquel circo, y que solo querían vaciarle los bolsillos.

El contraste entre lo que había visto hasta llegar hasta allí y lo que ahora contemplaban sus ojos era brutal. Tras la aridez del desfiladero, aquel lugar brillaba como una llama en la oscuridad, como un oasis, como una mentira en los labios de una mujer bonita.

Su acompañante señaló el edificio más grande al final de la calle, una edificación de tres plantas con una fachada impoluta y columnas pintadas de blanco.

Mientras lo conducían hacia allí, Reeve observó con cierto rechazo todo lo que le rodeaba. Los edificios que parecían recién pintados, las cristaleras relucientes, los faroles barrocos que pronto se encenderían para darle a todo un aspecto mucho más misterioso, los tipos que esperaban pacíficamente sin saber muy bien qué. Todo parecía en calma, pero a él no lo engañaban. Las víboras también se mantenían inmóviles antes de atacar. Heaven estaba construido para parecer civilizado, inocuo, inofensivo, pero el peligro latía bajo su piel. Cuando cruzó el umbral de la lujosa pensión, comprendió algo con una claridad desconcertante. Salir de allí sería mucho más difícil que entrar.

Reeve estaba impresionado, a pesar de venir de una familia más que acomodada. Allí donde posaba la mirada encontraba una opulencia excesiva. Una mujer de mediana edad, cabello rojizo recogido con esmero y un vestido color marfil impecable, los recibió con una sonrisa impostada y un servilismo que a él no le gustó.

—Clementine —dijo el tipo que le había guiado hasta allí—. Aquí tenemos a un nuevo cliente. Trátalo como merece.

Ella lo observó sin variar su expresión, evaluándolo en un segundo.

—Por supuesto, Clive. Esa es nuestra especialidad. Bienvenido —saludó con voz cálida—. Sígame, por favor. Hay una habitación disponible.

La mujer lo condujo en silencio por unas escaleras hasta el piso superior, y Reeve arrugó la nariz ante el fuerte olor a jabón caro y algo dulce, que impregnaba el ambiente. La habitación que le asignaron era amplia, con muchos más muebles y cuadros de los que necesitaba. Todo resultaba un tanto recargado, pero innegablemente cómodo.

La puerta se cerró tras Clementine, y unos minutos después alguien llamó con suavidad. Una joven entró con los ojos bajos y las manos entrelazadas frente al delantal.

—¿Desea un baño, señor?

Reeve miró sus botas cubiertas de polvo, la huella que el viaje había dejado sobre sus pantalones y el sudor que había empapado el cuello de la camisa. Apenas tenía una muda en la bolsa de cuero y no estaba en mejores condiciones que lo que llevaba puesto en ese momento.

—Sí, por favor. ¿Hay alguna forma de conseguir ropa aquí? —preguntó, sin mirarla directamente. La timidez que reflejaba la chica, fingida o no, le hacía pensar que quizá estaba esperando alguna

proposición de otro tipo.

La joven asintió con rapidez.

—Hay un sastre en Heaven, señor. Puede ajustarle cualquier prenda en un día.

Reeve hizo una mueca apreciativa. Un sastre en mitad de la nada. Estaba seguro de que también habría un barbero. Parecía que aquel lugar estaba lleno de sorpresas.

Al día siguiente conseguiría un atuendo nuevo. No podía presentarse en una mesa de apuestas vestido como un jinete que acababa de cruzar medio Texas. Sabía de sobra que las apariencias lo eran todo, y en aquel lugar más aún.

Se dejó caer en la silla y comenzó a desatarse las botas. Cuando al fin las retiró y apoyó los pies en el suelo alfombrado, soltó un suspiro de alivio que llevaba días conteniendo.

Después de darse un largo baño, Reeve se acercó a la ventana. La noche había empezado a caer y los faroles ya lucían encendidos iluminando las fachadas como luciérnagas.

Justo frente a la pensión, al otro lado de la amplia calle, se alzaba un edificio pintado de rojo intenso. Sobre la puerta, un cartel enorme anunciaba con una sola palabra el nombre del local. INFIERNO.

Reeve apoyó la mano en el marco de la ventana con una sonrisa sardónica. Ese era su destino, y esperaba que aquello no fuese más que una metáfora.

Allí, tras las cortinas cerradas, tras aquellas paredes de madera, estaría ella. La Emperatriz. Observó a los hombres que cruzaban la calle con paso decidido para adentrarse en aquel *saloon*. Algunos ajustaban el cuello de sus camisas, se frotaban las manos o simplemente miraban sobre sus hombros vigilando sus espaldas. Todos tenían algo en común. Esperanza. Reeve sabía que saldrían

más ligeros de equipaje, más pobres. Tal vez humillados. El piano comenzó a sonar desde el interior del edificio rojo y llegó hasta él amortiguado por la distancia. Una melodía lenta, tentadora, que estuvo a punto de seducirle.

Reeve apartó la vista y se dirigió hacia la cama. Necesitaba descansar para que sus sentidos estuviesen alerta. Si tenía que entrar en el infierno quería que las cartas estuviesen a su favor.

Aquella mañana, Reeve había recorrido Heaven con una mezcla de incredulidad y cautela. Esperaba encontrar un par de tiendas mal abastecidas y algún almacén polvoriento. En su lugar, descubrió escaparates cuidados, telas importadas, e incluso una pequeña joyería. Adquirió algo de ropa en la sastrería y después fue al barbero. En lugar de un asentamiento clandestino parecía una ciudad en miniatura construida para que el vicio pareciera respetable.

Después de tomar una cena frugal se preparó para conocer el *saloon* del que todo el mundo hablaba preguntándose si le resultaría fácil camuflarse en él. Se preguntó también cómo sería ella. Si su belleza sería tan deslumbrante como murmuraban. Si su fama era fruto del deseo o del miedo.

Él no temía a nada pero reconoció que estaba nervioso. Y eso no era algo habitual en el Reese en el que se había convertido.

5

Cuando se detuvo frente a la puerta del edificio rojo, lo sintió con claridad. Las risas, el brillo, la música y los perfumes, solo pretendían maquillar el hedor de la pura realidad. Lo sabía por experiencia, no solía haber piedad en los lugares en los que se trataba con dinero.

Desde el interior llegaba el rumor de voces asemejándose a la respiración trabajosa de un animal. El farol sobre la entrada proyectaba una luz cálida que teñía la madera de un tono anaranjado. Reeve permaneció inmóvil un instante. Tuvo la sensación absurda de estar a punto de cruzar una línea que lo cambiaría todo, de la que ya no se podría regresar. Aquella puerta no solo conducía a un salón de juego, sino a algo más trascendental.

Él no era hombre dado a supersticiones. No creía en presagios ni en cuentos de taberna. Solo creía en su intuición. Pero tenía que admitirlo. El estómago se le había encogido y le sudaban las manos.

Se las frotó contra los pantalones con gesto rápido, como si pudiera borrar el temblor y la inseguridad. Hasta ahora llegar hasta allí había resultado fácil, demasiado, y sin embargo ningún hombre había tenido las agallas de llevar a la Emperatriz hasta la justicia. Dudaba que fuese por lealtad. Enderezó los hombros y se ajustó el

chaleco. Era un Brannigan, no se achantaba ante un poco de diversión, y eso era lo que se suponía que le esperaba allí dentro.

Un tipo enorme de color vigilaba la entrada. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la espalda apoyada contra el marco como si solo estuviese tomando el aire. Cuando Reeve se dispuso a entrar, el hombre se puso en guardia y apoyó una mano sobre su hombro.

—Las armas.

Reeve no mostró sorpresa ni nada que delatara que lo último que quería era quedarse desarmado en aquel lugar. En Texas, pedirle a un hombre que entregara su arma era casi pedirle que se desnudara; en Heaven era una sentencia de muerte. El guardia sostuvo su mirada sin pestañear. Reeve dudó apenas un segundo, luego sacó la pistola de su cinturón y se la entregó por la culata. No hacía falta un revólver para matar a alguien. Había visto hombres morir por una botella rota, con un abrecartas sin filo o incluso por la presión firme de unas manos fuertes.

—Cuídala, es un regalo de mi abuelita.

El guardia bufó, y Reeve se preguntó cuántas veces habría escuchado una broma mala como aquella. Sin esperar respuesta empujó la puerta que lo conducía al infierno del juego y entró sin titubear.

El abismo lo recibió con música. A pesar de haber pisado toda clase de antros, aquel lugar era distinto. El aire estaba cargado de perfume caro, humo de tabaco y algo dulce que no supo definir. Las paredes estaban tapizadas en terciopelo rojo intenso, un color profundo que absorbía la luz y resultaba sofocante. Decenas de candelabros dorados adornaban los rincones, y lámparas de cristal tallado colgaban del techo alto, multiplicando los reflejos hasta que el conjunto resultaba casi abrumador.

Era una mezcla explosiva, elegante y chabacana a la vez. Una

unión perfecta entre lo mundano y lo solemne. Las mesas de juego estaban dispuestas a lo largo del enorme salón, mucho más grande de lo que había esperado desde fuera. Una extraña sensación de euforia recorrió sus venas y por un momento olvidó que no estaba allí para divertirse, sino para cumplir una misión. Quería formar parte de aquello, confundirse con esos hombres bien vestidos que repasaban sus cartas y tiraban los dados. Y por supuesto, mezclarse con las exuberantes mujeres ataviadas con vestidos escotados que parecían moverse como humo entre los asistentes. El aire vibraba como si estuviese vivo.

Reeve avanzó despacio hacia la barra, observándolo todo, y al llegar allí se apoyó en el mostrador y le pidió un whisky al camarero. Mientras se lo bebía a pequeños sorbos, paseó la vista a su alrededor. En el fondo del local estaba situado el escenario donde dos músicos tocaban canciones alegres, que ayudaban a desinhibir el ánimo. Junto a él, había una especie de tarima adornada con unos tapices tan excesivos como todo lo demás, en el que había varios asientos. Destacaba uno colocado en el centro, que tenía el aspecto de un trono dorado. Le pareció ver puertas disimuladas con la decoración detrás de esa zona, pero cuando estaba a punto de dirigirse hacia allí para saciar su curiosidad un hombre chocó con él.

—Oh, disculpe. ¿Le he tirado la bebida? —Reeve se volvió hacia el tipo, un hombrecillo con un traje de color azul cielo que desentonaba en aquel ambiente—. Le invitaré a otra.

—No es necesario, gracias.

—¿Es nuevo aquí? Se le nota ¿sabe? —El hombre pidió una copa para cada uno y continuó con su cháchara nerviosa—. Me llamo Horace, llevo varios días por aquí, y tengo que reconocer que todavía miro a mi alrededor como lo hace usted. Es impresionante este sitio.

Reeve lo miró y asintió con la cabeza para agradecerle la invitación.

—Reeve. Acabo de llegar —respondió de manera escueta, sin demasiadas ganas de conversación. Aunque a decir verdad, le vendría bien conseguir toda la información posible.

—Hay mucha gente nueva por aquí estos días. Supongo que habrá venido atraído por la gran partida, ¿verdad? Todavía no han dicho qué se apostará este año. Yo no soy un jugador ambicioso, la verdad, no lo necesito. Pero un poco de emoción no viene mal de vez en cuando.

—Ajá.

—Soy propietario de varias tiendas y trabajo mucho. Cuentas, suministros, trabajadores… Mi madre siempre dice que tengo que distraerme, que trabajar de sol a sol me está volviendo un ser solitario. Por eso vine aquí, para encontrar un poco de emoción. —Horace asintió con una sonrisa ante su propio discurso esperando que Reeve le dijera que tenía razón, pero se tuvo que conformar con una sonrisa ladeada y un asentimiento de cabeza—. Usted también tiene pinta de trabajar duro.

Apoyado con insolencia en la barra, Reeve sabía que, o la intuición no era el fuerte de Horace, o era bastante diplomático. Vio su propio reflejo distorsionado en el espejo que ocupaba una de las paredes. Su traje negro ajustado como si estuviese hecho a medida, el pelo rubio que ahora le llegaba casi hasta los hombros y su mirada desvergonzada; no era el reflejo de alguien que luchaba de forma abnegada por el porvenir de su familia, ni siquiera el de alguien decente. Era un sinvergüenza con cara de niño bueno, y eso hacía que se le retorcieran las tripas. Su físico reflejaba perfectamente quién era, o al menos de dónde venía, y aunque con las mujeres actuase como un imán, con los hombres solo atraía

problemas. A nadie le gustaban los niños ricos y consentidos, a pesar de que en este momento solo tuviese en sus manos el dinero que le había prestado Wyatt. Horace se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente.

—¿Cree que tendremos suerte? —preguntó nervioso, como si necesitara la confirmación de que estar allí era lo correcto.

Sin saber por qué, a Reeve le inspiró un sentimiento del que no solía hacer gala: ternura.

—Por supuesto, Horace. La gente buena se merece que le vaya bien.

Le dio una palmada en el hombro en el momento en el que las cabezas comenzaron a girarse en una dirección concreta y un murmullo sobrevoló el salón.

Hubo una alteración sutil en el ambiente, una tensión casi imperceptible que le recorrió la nuca y descendió por su columna estremeciéndolo. Dos mujeres se dirigieron hacia la tarima, seguida de un par de hombres enormes que se posicionaron en un discreto segundo plano para garantizar su seguridad. Primero se fijó en la mujer rubia. Era hermosa, sin duda, pero su belleza tenía algo frío e impersonal. Entonces su vista se detuvo sobre la segunda mujer. Puede que sus rasgos no fuesen tan perfectos como la primera pero sin duda poseía un magnetismo que podía hacer enmudecer el salón, y atraer todas las miradas. Qué demonios, era capaz de mover el eje del mundo con un pestañeo. Su pelo oscuro caía en una cascada de bucles hasta la mitad de su espalda y la cadencia de sus pasos hacía que se moviera como si flotase a su alrededor, de una manera hipnotizante. El vestido de color carmesí, tan intenso como el papel de las paredes, se ceñía a su cuerpo enmarcando cada curva enloquecedora. Con la majestuosidad que se esperaba de una emperatriz, tomó posesión de su trono paseando la vista con

hastío sobre los presentes. El mundo enmudeció y se detuvo, como si una fuerza invisible hubiese tensado los hilos que lo sostenían. Y entonces su mirada intensa llegó hasta Reeve, deteniéndose sobre él como si acabase de ver un fantasma.

El estómago de él se contrajo. La sensación despertó un recuerdo lejano, un estremecimiento que había sentido antes, muchos años atrás, cuando aún no sabía poner nombre a lo que le inflamaba el pecho. La memoria lo sacudió sin pedir permiso: una tarde junto al río, el sol filtrándose entre los álamos, una muchacha demasiado joven aún para comprender el efecto que provocaba. Wendy Jones riendo mientras se remangaba las faldas para mojarse los pies, y él, oculto entre la maleza, observándola con la torpeza de un adolescente que solo ansiaba atesorar un atisbo de piel. Recordó de manera viva su grito agudo, el chapoteo repentino al hundirse en el agua, y su propio cuerpo lanzándose al río sin pensar. Podía revivir con nitidez el peso ligero de ella entre sus brazos, la sorpresa en sus ojos color miel, el momento exacto en que algo irrevocable tomó forma dentro de él. Y puede que de ella también. Le bastó un minuto para enamorarse, para prometerse a sí mismo que la amaría para siempre, pero para olvidarla no le bastaba una sola vida.

Sacudió la cabeza para deshacerse del recuerdo de Wendy. No la había visto desde hacía más de una década, y puede que la mujer que tenía delante, simplemente se pareciera a ella. Pero era innegable que el vértigo que sentía era idéntico que el de antaño; una mezcla contradictoria de calor y frío, de impulso y reticencia.

—Es impresionante ¿eh? —Horace le dio un codazo cómplice rompiendo el hechizo.

—Lo es.

Solo que a él no le había impresionado solo la belleza física, había algo más que lo subyugaba. Algo que ninguno de los que la

codiciaban conocía más que él. Estaba seguro de que ninguno conocía su sonrisa inocente y su mirada dulce, ya que era más que obvio que la Emperatriz, la mujer que tenía delante, carecía de candidez.

La Emperatriz alzó la mano con delicadeza y de inmediato alguien colocó en la mesa junto a ella una copa tallada llena de líquido ambarino y una bandeja con frutas y chocolates. Dio un sorbo a su bebida y alzó la copa en señal de brindis. El mundo volvió a latir, las conversaciones y hasta la música se reanudaron tras esa orden muda de su reina.

Reeve respiró hondo, obligándose a recuperar la compostura. Él tampoco era el muchacho que ella había conocido junto al río. Estaba en Heaven, en el corazón de un lugar que destruía hombres con la misma facilidad con la que les prometía fortuna, con un propósito. Entregar a la Emperatriz a la justicia. El juego acababa de empezar, y Reeve se había dado cuenta de que no tenía ninguna as bajo la manga.

6

Wendy avanzó por el pasillo tropezando con el bajo de su vestido, con la sensación de que a cada paso el corredor se hacía más y más largo. Abrió la puerta de su habitación con brusquedad y corrió hasta llegar a la ventana. Forcejeó con ella hasta que consiguió abrirla y aspiró con fuerza el aire de la noche que refrescó las lágrimas que corrían por su cara. Se apretó el pecho con la mano para contener el dolor sordo que se había instalado en él sin previo aviso. No podía creer, que después de huir de su pasado y de convertirse en otra persona, el destino le hubiese traído de vuelta al hombre que más daño le hizo. Su vida no había sido fácil, y podía enumerar toda una lista de tipejos que habían intentado ultrajarla y destrozarla de mil maneras diferentes, pero Reeve Brannigan era el que más escocía de todos. Puede que porque fue el primero en traicionarla, o quizá porque fue al único al que amó de verdad. Su primer amor. El hombre cuya familia masacró a la suya y los despojó de todo lo que tenían. Se preguntó si la habría reconocido. Era probable que no. Ya no era una niña de apenas dieciséis años que no sabía nada de la vida. Habían pasado casi trece años desde entonces. Después de todo, los hombres como él no miraban a las mujeres a los ojos. Aspiró con fuerza el aire nocturno impregnado de

otros aromas menos sutiles que se habían hecho cotidianos. El olor de la tierra, el de los caballos, el de la madera pintada una y otra vez para aparentar lujo.

Como siempre que necesitaba consuelo, se dirigió hacia la mesilla que había junto a su cama y buscó la foto de sus padres, lo único que le quedaba de ellos. Su posesión más preciada. A veces creía que olvidaba sus caras durante un instante y corría desesperada en busca de aquel papel un poco chamuscado en uno de los bordes. Después se esforzaba en rememorar su voz, la risa ronca de su padre, el tarareo de su madre en la cocina. El dolor punzante en su pecho se intensificaba, pero se aferraba a él con tal de no perder la esencia de la chica que una vez fue. Y ahora, él estaba allí, bajo el mismo techo que ella, buscando lo que todos pretendían encontrar en Heaven. Emoción y placeres rápidos. Se limpió las lagrimas con brusquedad y guardó la foto en el cajón. Recuperó la compostura decidida a desempeñar el papel que tanto le había costado perfeccionar. El de la dueña, el de la diosa que ocupaba los sueños y los anhelos de los mortales. Respiró hondo y salió al pasillo. Se detuvo con brusquedad cuando al girar chocó contra un cuerpo enorme y sólido. El olor de la colonia empalagosa y excesiva de Viper le hizo arrugar la nariz.

—¿A dónde vas con tanta prisa, preciosa? ¿Has visto un fantasma?

Wendy se mordió la lengua para no decir que acababa de chocar con uno y dio un paso hacia un lado para esquivarlo.

Él no retrocedió. Al contrario, desplazó el cuerpo para ocupar el espacio libre e impedirle el paso. Wendy intentó esquivarlo de nuevo y él se movió con una sonrisa lenta cerrándole el camino. Para él aquello era un juego del gato y el ratón que solo a él le resultaba divertido. Ella lo miró con cara de pocos amigos al ver que Viper se

acercaba más de lo necesario. Su colonia, dulzona y pesada, le provocó de inmediato malestar, sin embargo, Wendy contuvo el gesto de desagrado y mantuvo la barbilla alta.

—Apártate —exigió aparentando calma, no estaba de humor para ese tipo de juegos, especialmente con él.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

Viper inclinó la cabeza y apoyó una mano en la pared, dejándola encerrada entre su brazo y el papel rojo que decoraba el pasillo. La miró con descaro, recreándose en la incomodidad que le provocaba y que ella no se molestaba en disimular. Se aproximó aún más, hasta que su aliento rozó la mejilla de ella, y murmuró algo que pretendía ser seductor. No era la primera vez que intentaba besarla, Wendy ya estaba más que acostumbrada a esa ceremonia que él creía irresistible, y que no pasaba de un intento patético y barato de conquista.

Esta vez Wendy no intentó impedírselo ni se apartó con brusquedad ni levantó la voz. Se limitó a clavar sus ojos en él con todo el desprecio que pudo reunir. Bastó una mirada firme, tensa, cargada de una furia contenida que no admitía dudas para que sus pretensiones se esfumaran.

Viper se quedó inmóvil un instante, y ella pudo ver la rigidez de su mandíbula, la confusión en sus ojos. Se sentía humillado y ridículo. Justo lo que ella había pretendido. Dando la partida por perdida él se apartó con gesto brusco.

—Mi padre quiere hablar contigo —informó con sequedad—. Vendrá a verte mañana.

Wendy aprovechó su actitud arisca para recomponer la distancia entre ambos.

—¿Es sobre la gran partida? ¿Ya se sabe cuál será el premio?

Él soltó una carcajada, cargada de desprecio.

—No. Y tampoco debería importarte.

El desdén en su voz no era nuevo y no se debía a su rechazo. Era un odio enquistado entre ellos desde que tenían memoria. Le molestaba que Wendy preguntara, que quisiera conocer los detalles, que pretendiera formar parte de decisiones que él consideraba que no le correspondían. Desde hacía tiempo se veía a sí mismo al frente de Infierno y de Heaven, dirigiendo cada movimiento, cada apuesta, cada moneda que se jugaba en las mesas y ahora que su padre estaba más cansado veía el momento de sustituirlo cada vez más cercano. Así debía ser. La sola idea de que una mujer interviniera en asuntos estratégicos le resultaba insoportable, más aún cuando no era más que una fulana que había sido recogida por su padre como un gesto de caridad. Ella no era de su sangre y sobre su cadáver ejercería algún tipo de poder allí. Para Viper, la Emperatriz no era más que algo decorativo, un señuelo para que los hombres anestesiaran sus sentidos y vaciasen sus bolsillos. Parte del decorado, del atrezo cuidadosamente dispuesto para impresionar a los jugadores. El protagonismo y la autoridad le correspondían a él. Sería el digno sustituto de Snake, por más que su padre no confiara en él. La odiaba por no aceptar ese lugar. Y la odiaba aún más porque siempre había rechazado sus atenciones. La negativa no solo había herido su deseo, sino su orgullo. Se sentía humillado, y no había nada que Viper soportara peor que la humillación.

Wendy sostuvo su mirada un segundo más, sin dejarse intimidar.

—Yo soy parte del Infierno, así que, me importa —respondió con soberbia.

Luego se apartó lo suficiente para rodearlo y continuó hacia el salón sin mirar atrás, dejando a Viper en el pasillo, con los puños apretados y una nube de perfume empalagoso a su alrededor.

Reeve había reconocido a Wendy en el instante mismo en que apareció sobre la tarima. No había duda posible. La habría distinguido entre un millón de rostros y estaba convencido de que incluso con los ojos vendados habría sabido cuándo ella entraba en una habitación atestada de gente. El golpe en su pecho había sido tan violento que apenas logró disimularlo. Durante la partida, le costó mantener la vista fija en las cartas cuando ella comenzó a recorrer las mesas con esa mezcla de elegancia y autoridad que imponía respeto y hacía vibrar el aire. La vio observar las jugadas con expresión distraída, como si todo aquello no tuviera la mayor importancia para ella. Los hombres que se desvivían por atraer su mirada para ella solo eran zánganos que hacían ruido a su alrededor en un intento desesperado de conseguir su atención y su aprobación.

Esa mirada inconfundible del color de la miel, seguía siendo luminosa y clara, guardiana de una promesa que nunca terminaba de cumplirse. Aquella noche no habría partida con la Emperatriz, algo mayor se estaba preparando y los jugadores se limitaban a dilapidar pequeñas fortunas mientras aguardaban el verdadero espectáculo.

La había devorado con la vista sin importarle que su contrincante aprovechara esos segundos de distracción. Wendy lo miró de soslayo fingiendo no reconocerle, o al menos no darle más importancia que al resto, pero él supo de inmediato que no era así. El aire vibraba entre ellos, y aquello era muy real. Sabía que lo había reconocido, no podía ser de otra manera.

Cuando se retiró, seguida por su séquito, con la serenidad de quien se sabe inalcanzable, el aire pareció más ligero y Reeve se dio cuenta de que sujetaba su vaso con tanta fuerza que podría romperlo en cualquier momento. Ahora el escenario era muy

diferente. La Emperatriz no era solo una fugitiva a la que debía detener para conseguir una recompensa y saldar una deuda tanto económica como de lealtad. Ella era un enigma, una cicatriz del pasado que se había abierto de golpe.

Reeve no podía dormir. Sabía que faltaba poco para el amanecer, podía notarlo en la densidad del silencio y en esa quietud extraña que precede al primer canto de los pájaros. El calor se había quedado atrapado en la habitación pese a las ventanas abiertas aunque sabía que la culpa era del exceso de alcohol, que anestesiaba sus sentidos y su cordura. Se incorporó con un suspiro impaciente, se quitó la camisa y se acercó al balcón para tomar aire. Todavía estaba un poco mareado y eso presagiaba una buena resaca.

Desde allí se veía el edificio rojo del Infierno, ahora con las puertas cerradas y los faroles aún encendidos proyectando una luz anaranjada sobre la calle vacía. Le resultaba difícil aceptar que en el corazón palpitante de aquel lugar estuviera la mujer a la que había amado cuando no era más que un muchacho atolondrado que creía poder dominar el mundo.

Wendy, la hija de los Jones. Recordar lo que implicaba su nombre hacía que su estómago saltara en respuesta.

El aire nocturno movió la cortina de lino blanco y le ofreció un breve alivio. Cerró los ojos un instante, agradeciendo la bocanada que despejó sus sentidos aún alterados. Cuando volvió a mirar hacia la calle, un movimiento en la parte trasera del Infierno captó su atención.

Desde el callejón surgieron varios hombres. Avanzaban con rapidez y cargaban un bulto grande envuelto en una sábana. Incluso en la penumbra resultaba evidente la forma de un cuerpo. Lo

levantaron sin miramientos y lo arrojaron a la parte trasera de un carromato que aguardaba apostado en el lateral. El conductor miró a ambos lados antes de subir al pescante a pesar de que no había ni un alma allí.

Reeve dio un paso atrás con rapidez en un acto reflejo. Cuando volvió a asomarse, el carro ya se ponía en marcha. El traqueteo sobre la madera hizo que la sábana se desplazara lo suficiente para que un brazo cayera inerte hacia afuera. La luz de un farol se reflejó en la manga azul celeste del traje.

La imagen de Horace acudió a su memoria como un fogonazo. Se le veía torpe, sudoroso, algo aturdido por el alcohol y embriagado por la euforia de las apuestas. Un hombre sin experiencia que había querido jugar a un juego cuyas reglas le venían grandes. Incluso Reeve, distraído por la presencia de Wendy, había advertido la desesperación que se apoderó de él cuando comenzó a perder. Había intentado salvar las naves haciendo una trampa insignificante, casi infantil, al ver disminuir su montón de fichas. Uno de los guardias se le acercó con discreción y lo invitó a acompañarlo.

Ahora yacía en la parte trasera de un carromato que se alejaba en la oscuridad, de camino a alguna fosa sin nombre y sin honor en un lugar desconocido.

Sintió una punzada de pena por aquel desconocido y por la madre que, con toda probabilidad, jamás sabría qué había sido de su hijo. Sin pensar demasiado en lo que hacía, alzó la mano y se persignó en silencio. Acababa de confirmar algo que en el fondo ya sabía. En el Infierno, los errores se pagaban con la vida.

7

Wendy permanecía junto a la ventana desde hacía rato, con su perfil recortado entre la por la luz radiante que entraba de la calle en contraste con penumbra del despacho. Había descorrido la cortina el espacio justo para vigilar el hotel de Clementine, que a estas horas todavía se veía tranquilo. Sabía que el nuevo huésped se alojaba allí, no había tenido que preguntar. En Heaven, o puede que en el mundo en general, era más conveniente no mostrar interés por nada. Aunque en el Infierno, la información flotaba en el aire como el humo del tabaco, y ella había aprendido a respirar sin que nadie advirtiera cuánto sabía en realidad. La norma tácita para ocupar su lugar y su posición privilegiada dentro de ese enjambre era no tener pasado, no deberle nada a nadie, no arrastrar historias que pudieran poner en peligro el equilibrio entre la verdad y el miedo. Wendy cumplía aquella condición solo a medias, no podía mantenerse ajena a lo que pasaba a su alrededor.

Un hombre como Reeve no pasaba desapercibido para nadie y pronto los comentarios sobre su atractivo o sobre su apariencia comenzaron a expandirse como la mala hierba. Reeve tenía un porte insolente, pero también se palpaba con solo una mirada que su posición económica era desahogada. En el Infierno se debatían entre

quienes querían meterse en su cama o los que querían vaciarle los bolsillos. Ella todavía no sabía en qué grupo estaba, ya que en su cabeza solo palpitaba una palabra que iba tomando forma y pisoteaba a todas las demás: venganza.

Estaba tan absorta que no escuchó los pasos sobre la alfombra acercándose a ella. Adelaide se detuvo detrás de Wendy y la observó unos segundos conteniendo una sonrisa.

—¿Vigilando al nuevo huésped?

Wendy se sobresaltó y se giró con rapidez. Cerró el pequeño hueco de la cortina de un tirón y se apoyó en el alféizar como si el gesto pudiera borrar cualquier evidencia de su pequeña debilidad. Notó que el calor le subía al rostro y se sorprendió al reconocer aquella sensación olvidada en aquel mundo en el que el pudor ya no tenía sentido. Hacía años que no encontraba ninguna situación que la hiciera sonrojarse.

Adelaide alzó una ceja con una sonrisa indulgente y se cruzó los brazos, fingiendo que la situación merecía una reprimenda.

—No te culpo, amiga. Es guapo a rabiar, aunque a mí nunca me han atraído los hombres con en pinta de niño rico. Me gustan algo más rudos.

—No me he fijado en él —replicó Wendy con una serenidad que no sonó demasiado convincente.

El leve titubeo en su voz y la manera en la que comenzó a retorcerse uno de sus bucles oscuros bastaron para delatarla. Adelaide dejó escapar una risita y se acercó a la ventana con complicidad para ver lo que había al otro lado.

—Tal vez deberías organizarle una partida privada. Si ganas, puedes exigirle una noche contigo. Y si pierdes, siempre puedes ofrecérsela.

Wendy la miró fingiendo indignación.

—Yo nunca pierdo. Además yo nunca ofrecería…

En ese momento la puerta del despacho se abrió y ambas guardaron silencio. Snake entró apoyado en su bastón, avanzando con lentitud, aunque sin perder su esencia. Solo había que dedicarle una mirada para saber que era alguien poderoso. Wendy percibió al instante que estaba más pálido de lo habitual, y le dio la impresión de que había envejecido años desde que lo vio hacía apenas unas semanas. Parecía desaliñado a pesar de que lucía un traje impoluto, la misma dosis exagerada de perfume que su hijo y sus pistolas doradas relucientes en el cinto, como si acabaran de ser pulidas. A veces, ella misma dudaba de si aquellas armas funcionaban o si eran parte del espectáculo, pero jamás se le ocurriría formular esa pregunta.

Snake extendió los brazos con un gesto afectuoso y Wendy cruzó la estancia para abrazarlo, consciente de la fragilidad que trataba de ocultar tras su porte imponente.

—Mi dulce demonio —la saludó Snake con una sonrisa que aún conservaba algo de la antigua bravuconería y el encanto de los que hacía gala siempre.

Wendy siempre había pensado que en él había una ternura familiar, una lealtad que nunca le había fallado, y también un poso de atracción por ella que en otro tiempo se había esforzado en mitigar. En cualquier caso, Snake nunca había intentado ir más allá, menos ahora que ya no estaba en condiciones de seducir a nadie. El cansancio se mostraba en las ojeras y en la forma en que apoyaba el peso del cuerpo sobre el bastón. La elegancia seguía intacta, pero la fuerza, no.

Se sentaron en uno de los sillones bajos del despacho y Snake hizo un gesto hacia la chimenea.

—Que la enciendan.

Adelaide dudó un segundo. La primavera estaba muy avanzada y el aire era tibio incluso al caer la noche, pero no discutió la orden. Wendy comprendió que aquel frío no tenía que ver con la temperatura ni con el sol brillante que caldeaba el día, el frío se le había instalado en los huesos.

—Tráenos algo de comer, Addy —añadió Snake con suavidad—. Quiero hablar a solas con mi chica.

Cuando la puerta se cerró, el silencio se volvió más íntimo. Snake la observó con detenimiento y palmeó su mano con cariño.

—¿Cómo estás, Wendy?

—Bien —respondió ella—. Todo funciona como siempre, como un reloj bien engrasado.

Él sonrió al escuchar la frase que le había repetido mil veces refiriéndose al Infierno, un animal que siempre funcionaba como debía. Él le contó que Viper estaba nervioso, que parecía ansioso por tomar las riendas de todo, a pesar de que no tenía el carisma ni la templanza necesarias para hacerlo. .

—¿Pensaste en mi proposición? Aún sigue en pie. Es un seguro para ti.

Wendy negó despacio con la cabeza. La idea de contraer matrimonio hacía tiempo que se había esfumado de su mente, ya no creía en cuentos de hadas. Pero desde luego que la pretensión de hacerlo por negocios resultaba descorazonadora. No lo haría. No se casaría para ganar poder o dinero.

—Lo sé. Y te lo agradezco. Casarme contigo significaría tener que luchar con Viper. No quiero provocar una guerra abierta por Heaven.

—Sabes que no lo hago por eso. Es la única forma en la que él podría respetarte como a una igual, la lucha será inevitable en cualquier caso. Tú eres el alma del Infierno y mi hijo es el cerebro.

Juntos seríais invencibles, conseguiríais convertir Heaven en un referente, mucho más de lo que ya es. No habría persona en toda América, ni en el mundo entero, que no fuese capaz de matar por venir a perder su dinero aquí.

Wendy tironeó de su mano con suavidad con los ojos humedecidos y en ese momento Snake la soltó, al darse cuenta de que la estaba apretando demasiado fuerte.

—Esta no es mi guerra. De hecho… —Ella titubeó sin saber cómo decirle aquello. Snake le había tendido la mano cuando ella más lo necesitaba, cuando estaba hambrienta y perdida, sin ningún lugar al que volver. Lo único que había exigido era lealtad, y no se tomaría bien que quisiera bajarse del barco—. Quizá haya llegado el momento, Snake.

Ni siquiera ella misma podía creer que hubiese sido capaz de reconocerlo en voz alta, pero así era. Cuando Snake la encontró malviviendo en un asentamiento al sur de Texas, trabajando en una pensión a cambio de un puñado de paja donde dormir y las sobras de la comida como único alimento, Wendy era una mujer completamente destruida. Su amor propio no existía y no le había importado mendigar para conseguir un plato de comida decente. Cualquier otro hombre habría aprovechado su vulnerabilidad para conseguir sus favores, y a esas alturas, ella no se habría negado. Pero no lo hizo. Le ofreció un trabajo y alojamiento a cambio de no hacer preguntas. Para alguien que no tenía nada no era un mal trato. Snake nunca le reconocería que su primera intención era contratarla en alguno de los burdeles, ya que podía intuir que bajo sus harapos y su delgadez se escondía una belleza. Pero cuando ella empezó a recuperarse se dio cuenta de que tenía el poder de seducir a cualquiera sin darse cuenta y sin esforzarse lo más mínimo. No solo era bella, poseía magnetismo y sobre todo clase.

Para ella no había sido un camino de rosas convertirse en la Emperatriz, y al principio le había resultado demasiado duro colocarse el disfraz de mujer de mundo, irresistible y mundana. Sin embargo, poco a poco fue cogiéndole el gusto a ser idolatrada y temida. Nadie sabía que todo su mundo no era más que un juego de espejos trucados, en el que nada era tan brillante ni tan envidiable como parecía. El Infierno era una escenografía bien ensayada, una coreografía que se repetía una noche tras otra, y en la que ninguno de los actores podía permitirse fallar.

No añadió nada más. No dijo que presentía que aquel hogar inventado, construido sobre oropeles y bagatelas, ya no era su lugar.

—¿Qué ocurre con la Gran partida? Viper no me ha querido decir nada al respecto. Ni siquiera sé cuál será el gran premio esta vez.

Snake apoyó ambas manos en el bastón y respiró hondo.

—Están llegando a la ciudad nuevos jugadores, algunos con fortunas que conviene no ignorar. Viper y sus hombres han tenido mucho esmero con las invitaciones. Debemos empezar a crear expectación, mañana comenzarán las subastas de ángeles.

Wendy sintió una punzada de disgusto. Nunca le habían gustado aquellas subastas. Aunque todo estuviera controlado, aunque las chicas supieran a qué atenerse y participaran en todo aquello por propia voluntad, detestaba exponerlas como si fueran mercancía. Aunque siempre había creído que era muy cuestionable la voluntad cuando no tenían más opciones que seguir trabajando en Heaven para poder comer. El hambre y el miedo eran la forma más efectiva de mantener la esclavitud sin necesidad de cadenas. Snake desconocía la táctica que ella aplicaba en silencio para amortiguar en la medida de la posible el riesgo que corrían las chicas y solo podía rezar para que Viper no lo descubriera o pagaría las consecuencias.

Pensó en los nuevos jugadores, casi todos ya habían hecho acto

de presencia en los clubs y los burdeles, pavoneándose para que todos supieran que podían ser los dueños del mundo si se lo proponían. Pobres infelices. Su cabeza se recreó en la imagen de uno en particular. Reeve Brannigan. Tarde o temprano tendría que enfrentarse a él, y con ello a su propio pasado. O quizá el destino tuviese otros planes que ella desconocía. El deseo de venganza hacia los Brannigan seguía ahí, latente, como una brasa cubierta de ceniza. No ardía con una llama viva, pero no se había extinguido ni se extinguiría nunca.

—Piensa bien mi proposición. — Snake se levantó con esfuerzo y le acarició la mejilla con los dedos—. Confía en mí, dulce demonio.

—Siempre lo he hecho.

Cuando el anciano se marchó, Wendy regresó a la ventana, abrió de nuevo la cortina justo lo necesario para pasar desapercibida y esperó. Resopló sintiéndose un poco estúpida, dispuesta a abandonar su vigilancia, hasta que por fin la puerta principal se abrió y una figura masculina descendió los escalones con paso decidido. Sus andares eran inconfundibles incluso después de tantos años. Reeve se detuvo en las escaleras unos segundos para mirar a ambos lados de la calle, y al fin se dirigió a buscar su caballo, ajeno a los ojos que vigilaban cada uno de sus movimientos.

Reeve estaba inquieto y había perdido la cuenta de las horas que había pasado pensando en la mejor manera de ejecutar las órdenes de Wyatt. Desde el principio había tenido dudas pero ahora estaba empezando a creer que cualquier plan resultaba inviable. Si lo que le habían contado era cierto, Wendy Jones no era solo la dueña de un negocio próspero, la admirada figura que todos deseaban, sino una de las fugitivas más buscadas del país. Intentó convencerse de que aquella muchacha que se sonrojaba cuando él se acercaba, que

mordisqueaba briznas de hierba cuando estaba nerviosa, no podía seguir existiendo bajo la piel de la altiva Emperatriz. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, menos lograba separar una imagen de la otra.

Necesitaba aire, y aunque sabía que deambular por Heaven no era precisamente prudente, decidió arriesgarse. Ensilló su caballo y salió del poblado sin intención de alejarse demasiado. Observó, intentando no ser demasiado obvio, a varios hombres apostados con discreción en los soportales o en las ventanas de algunos edificios. Nadie pareció interesarse por él, y aunque fuera una estupidez, se sintió libre y tremendamente aliviado. Cruzó a galope la arboleda en dirección al sur y llegó hasta un pequeño riachuelo que serpenteaba entre los árboles. Tal vez fuera el mismo que había cruzado a su llegada.

Se quitó el pañuelo del cuello, lo mojó y lo pasó por la nuca intentando refrescarse. Sentía la sangre demasiado caliente, la piel le hormigueaba, y tuvo el convencimiento de que algo en su interior estaba a punto de entrar en erupción.

El relincho de un caballo a su espalda lo tensó de inmediato. Giró sobre sí mismo y echó mano al arma en un acto reflejo. Recordó, demasiado tarde, que se la habían requisado la noche anterior. Maldijo al darse cuenta de que había bajado la guardia, algo imperdonable en cualquier parte, y mortal en un sitio como Heaven.

Lo que encontró al girarse, sin embargo, fue más inquietante y peligroso que un disparo.

Wendy Jones lo observaba a pocos metros de distancia con una expresión indescifrable. Si mirada oscilaba entre la curiosidad y algo mucho más oscuro, una sombra que podría haber sido odio. Vestía una sencilla camisa blanca y una falda marrón carente de adornos. El cabello oscuro estaba recogido en una trenza que descansaba

sobre uno de sus hombros. A Reeve le asaltó el recuerdo nítido del tacto de aquella melena que siempre le había fascinado, enredada entre sus dedos. Siempre le había fascinado.

Durante un instante interminable no existió nada más que el sonido del agua burbujeando sobre las piedras y el aire ululando entre las copas de los árboles.

—Qué sorpresa tan encantadora, Emperatriz. Supongo que ahora alguno de tus hombres, oculto hábilmente tras un árbol, me volará la tapa de los sesos.

Ella no se movió pero pudo percibir que entrecerró ligeramente los ojos, como si el comentario hubiese escocido en su orgullo.

—Si te quisiera muerto, nadie me privaría del placer de hacerlo yo misma, Brannigan.

Reeve arqueó una ceja, sorprendido por su serenidad. Su voz sonaba diferente ahora, más madura, más controlada, aunque igual de dulce.

—No sé si debo tomarlo como un cumplido.

Miró alrededor con disimulo, buscando cualquier señal que le indicara que no estaban solos. Wendy lo advirtió y resopló molesta.

—He venido sola.

—¿Vas a decirme que la Emperatriz que recorre el salón protegida por cuatro matones puede pasear sin escolta por el campo?

Wendy se encogió de hombros quitándole importancia y se inclinó para arrancar una brizna de hierba. Tras juguetear un instante con ella, se la llevó a la boca para mordisquearla. Reeve intentó disimular una sonrisa. Por muy elaborado que fuese su atuendo, y que su porte fuese majestuoso, había cosas que no habían cambiado.

—No tengo que pedir permiso, esto no es una cárcel. Además,

sin la pintura ni las joyas nadie me reconoce. Fuera del Infierno solo soy una chica más.

Reeve dejó escapar una risa incrédula. Su mirada y su belleza eran inconfundibles, de hecho, con el atuendo sencillo que llevaba en ese momento estaba incluso más bella. Dudaba mucho que cualquiera con dos ojos en la cara pudiese creer que solo era una chica más.

—Eso es mucho decir. Habría que estar ciego para no verte.

Reeve se arrepintió de haber sido demasiado impetuoso, pero ella no pareció haber captado la admiración que su comentario llevaba implícito.

—La gente ve lo que quiere ver —replicó ella—. La mayoría no ve más allá del brillo, las joyas y el personaje que los ha seducido. ¿Crees que alguno de ellos se ha molestado en mirarme a los ojos? Cualquiera podría vestirse como yo y nadie se daría cuenta.

Ninguno de los dos dio un paso, pero la distancia entre ellos parecía cada vez más pequeña, o puede que el mundo se hubiese reducido a aquella pequeña porción de aire que los conectaba y los separaba a la vez.

—¿Qué haces en Heaven, Brannigan? —preguntó ella al fin, masticando el apellido para no olvidarlo, como si eso fuese posible —. Es un lugar peligroso para alguien como tú. Con tu familia tan lejos, ¿quién podrá protegerte?

Él endureció el gesto, y ella esbozó una sonrisa lenta y satisfecha al ver que lo había ofendido.

—No necesito protección. He venido a jugar, como todos esos tipos que babean a tu paso. Me han dicho que en Heaven es fácil alcanzar el Cielo.

Wendy sostuvo su mirada sin pestañear, necesitando mostrarse firme ante él.

—Parece que tú también has caído bajo el hechizo de este lugar. Pero te advierto que aquí es más fácil caer de bruces al Infierno.

Reeve dio un paso hacia ella antes de que pudiera anticiparlo y atrapó la trenza que descansaba sobre su hombro. El gesto fue firme, pero lo bastante íntimo para que el aire entre ambos cambiara de temperatura. Wendy se tensó de inmediato mientras él recorría con la mirada y una deliberada lentitud la línea de su rostro, la curva de su cuello, como si intentara encajar los rasgos de aquella mujer con el recuerdo que había atesorado tanto tiempo.

—Si ardo por ti —susurró inclinándose sobre ella—, habría valido la pena.

Ella se apartó de un tirón, liberándo su pelo con un movimiento rápido.

—Sigues siendo el mismo desgraciado de siempre. Tu soberbia aquí no sirve de nada.

Reeve soltó una carcajada que la enfureció aún más. Wendy quería pensar que era el mismo patán insolente de siempre, sin embargo, mientras lo decía, observó algo distinto en él. Sus ojos azules seguían siendo intensos, casi hipnóticos e irresistibles, pero había en ellos una sombra que antes no existía. Ambos habían cambiado y no sabría decir si el cambio se debía a la fortaleza que habían cosechado o si, simplemente, estaban rotos por dentro, rasgados como las velas de dos barcos que llevaban demasiado tiempo a la deriva.

Wendy retrocedió un paso más dando por zanjada la conversación y se dirigió hacia su caballo.

—Harías bien en marcharte —añadió sin volverse a mirarlo—. Si decides arder en las brasas, no moveré un dedo para evitarlo. Muy al contrario, quizá avive las llamas con aceite y me siente a contemplar el espectáculo.

—Si eso te hace feliz…

Reeve soltó otra carcajada mientras ella montaba con agilidad y tomaba las riendas. No intentó detenerla, ni siquiera sabía qué diría si ella se decidía a escucharlo.

Wendy no volvió la vista atrás mientras se alejaba luchando contra las oleadas de ira que la estaban consumiendo. Se aferró con más fuerza a las riendas sintiendo que temblaba por dentro. Una palabra comenzó a repetirse en su mente con obstinación anulando cualquier otro pensamiento racional.

Justicia.

Quería justicia. Lo necesitaba para sanar sus heridas, abiertas desde hacía trece años. Aunque la idea de la venganza resultaba, sin duda, mucho más tentadora.

8

Cuando Reeve llegó al Infierno aquella noche, la Emperatriz ya ocupaba su lugar habitual. Sus miradas se encontraron casi de inmediato entre el humo, las risas y la música alegre de siempre. El ambiente allí estaba impregnado de una interminable sensación de euforia que no se traslucía en los ojos de esa mujer. A él no podía engañarle. Durante un instante, no existió nadie más en aquel local, ni en todo Texas ni en el mundo, que no fuese Wendy Jones, con su mirada fingidamente ausente y su porte majestuoso. Y él parecía el único capaz de ver más allá del brillo de sus joyas falsas. Todo el ruido quedó amortiguado, reducido a un murmullo lejano, eclipsado por el bullir de la sangre en sus venas. Por inercia dio un paso hacia ella queriendo alcanzarla, hasta que alguien más entró en su campo de visión devolviéndolo a la realidad.

Un hombre moreno, alto y de porte imponente se aproximó a ella y se inclinó para decirle algo al oído. Reeve vio cómo Wendy fruncía el ceño antes de asentir con un gesto breve y seguirlo hasta desaparecer por una de las puertas laterales.

—¿Quién es ese? —preguntó con aparente desinterés a una de las camareras.

La muchacha, joven y algo patosa, era la misma que minutos

antes le había derramado el whisky sobre la manga. Miró la chaqueta de Reeve, apesadumbrada, y apretó el paño que llevaba entre las manos con intención de volver a pasarlo por la prenda para eliminar la mancha. Reeve negó con la cabeza quitándole importancia al percance y ella dejó caer los hombros, como si aquel desaguisado fuese el culmen de todas sus desgracias.

—Es Viper —contestó al fin—. Es hijo de Snake, el dueño de casi todo Heaven. Él fundó el Infierno.

Reeve sintió un vuelco incómodo en el estómago que no podía atribuir al excelente licor que acababa de apurar de un trago. Reconoció la sensación con una lucidez irritante. Celos. Irracionales e incomprensibles después de más de una década sin verse. Wendy no era suya, después de tanto tiempo lo que los había unido se había disipado como el humo, pero no podía evitar sentir que nadie la conocía como él. También saboreó la ira que agitaba su ánimo y burbujeaba en su piel. Apretó los puños y contuvo el deseo de golpear la barra y arrasarlo todo. La idea de que aquel hombre pudiera acercarse a Wendy con familiaridad le resultaba insoportable, pero tenía que admitir que no sabía nada de su vida ni de lo que había pasado durante todos esos años. Ni siquiera sabía cuál era su plato favorito o si le gustaba madrugar o por el contrario quedarse remoloneando entre las sábanas.

Wendy Jones no era asunto suyo. La Emperatriz, en cambio, sí. Tenía una misión, que no era otra que detenerla y llevarla frente a la justicia. Se obligó a adoptar un tono despreocupado, fingiendo que solo preguntaba por curiosidad.

—¿Están juntos? Parece que hay mucha familiaridad entre ellos.

—No. —La camarera soltó una pequeña risa para camuflar su incomodidad, aunque Reeve intuyó que estaba intentando coquetear con él. A pesar de su torpeza no quería resignarse a perder la

atención de alguien tan atractivo y agradable como ese hombre. Allí lo habitual era toparse con tipejos prepotentes y desagradables, en su mayoría borrachos, que pensaban que tenían vía libre para tomar lo que deseaban—. El señor Viper es más bien su rival. Basta que uno de los dos decida una cosa para que el otro decida la contraria. Además, la Emperatriz es muy selectiva, apenas se ha conocido a uno o dos afortunados que hayan conseguido conquistarla.

Reeve alzó el vaso vacío y lo agitó un poco para que ella lo volviese a llenar. Aquel dato le había revuelto las tripas y dudaba que pudiese digerirlo aunque se bebiera la botella entera. Se inclinó hacia la chica con su mejor sonrisa, dedicándole una mirada que podría derretir a la mujer más fría.

—Invita la casa —anunció la camarera, tomándose una licencia que normalmente no se permitía.

—Brindemos por eso. Sirve una para ti.

—No debería… —respondió, aunque estaba empezando a sentir el efecto hipnótico de Reeve Brannigan en sus propias carnes.

A Reeve siempre se le habían dado bien ese tipo de maniobras. Una sonrisa pícara, una mirada que parecía detenerse solo en ella, unas cuantas indirectas dichas en el tono adecuado, bastaban para crear una complicidad capaz de derretir las barreras más altas y soltar las lenguas, en todos los sentidos. La camarera terminó aceptando la invitación, se sirvió un dedo de licor y dio un trago rápido esperando que nadie la viera. Ambos rieron con familiaridad y se intercambiaron una mirada cargada de intención, aunque la finalidad de ambos era muy diferente.

—He oído a algunos clientes hablar de que se está organizando algo especial ¿de qué se trata? —preguntó él, bajando la voz.

—Así es, hay algunos clientes que se juegan verdaderas fortunas. Son partidas especiales contra la Emperatriz.

Reeve apoyó los codos en la barra y deslizó la yema del dedo por el filo del vaso de manera distraída. Sabía que había algo más que esas partidas, aunque de repente la idea de medirse con Wendy acaparó toda su atención.

—¿Qué hay que hacer para jugar contra ella?

La chica lo observó con cautela, como si intentara decidir hasta qué punto podía confiar en él.

—No te lo aconsejo. La Emperatriz nunca pierde.

—Eso dicen de todos hasta que alguien les gana.

Ella miró a ambos lados, estaba perdiendo demasiado tiempo con este cliente y temía que le llamasen la atención, pero no podía evitar sentirse atraída por él.

—En serio. Dicen que tiene un pacto con el diablo. Pero si quieres jugar, habla con Adelaide.

La chica señaló con la cabeza a la mujer rubia que había acompañado a la Emperatriz y que observaba el salón sin perder ningún detalle. En cuanto la camarera intuyó que el interés de Reeve no tenía nada que ver con su compañía, dejó de sonreír con la misma calidez. Volvió a atender a otros clientes, dejándolo solo mientras el ambiente en el salón se iba volviendo más bullicioso.

Reeve sostuvo el vaso entre los dedos, mirando hacia la puerta por la que Wendy había desaparecido. La noche apenas había comenzado y ya sabía que si quería acercarse a su objetivo tendría que arriesgarse a tocar el fuego con los dedos.

Wendy no podía evitar que todo su cuerpo se pusiera alerta cuando Viper estaba cerca, sobre todo cuando no había nadie más en la misma habitación. A pesar de que era un hombre joven y atractivo, su mirada lasciva, y algo más que no podía explicar con palabras, le causaba rechazo. Siempre había sido así. Viper tenía el

convencimiento, como muchos otros hombres, de que podía usar a las mujeres cuándo y cómo quisiera, y tener una posición de poder hacía que no aceptara las negativas de buen grado. Lo único que libraba a Wendy de sus pretensiones era que Snake había sido muy contundente con sus advertencias. La Emperatriz no estaba a su alcance, aunque eso no evitaba que de cuando en cuando probara suerte. Y últimamente su mirada turbia se había vuelto más persistente. A pesar de que ella se había situado en el otro extremo de la habitación, negándose a sentarse a su lado, su cercanía la enfermaba. Se cruzó de brazos lamentando que su vestido provocativo mostrase más piel de la que deseaba en ese momento, y se sintió desnuda bajo su escrutinio.

—Mañana comenzarán las subastas. —El anuncio de Viper no sorprendió a Wendy, pero no pudo evitar que se le revolviera el estómago—. Empezaremos con las tres chicas más jóvenes, algunos clientes son habituales y sería buena idea ofrecerles algo nuevo.

—Creo que te equivocas. No tienen experiencia y las subastas suponen demasiada presión —masculló conteniendo la rabia que le provocaba.

—¿Presión? —preguntó con una carcajada—. Esas muchachas han venido aquí buscando el Cielo. ¿Quiénes somos nosotros para negárselo? Además, les pagaré bien. Ya sabes que en Heaven los sacrificios tienen su recompensa.

Viper se puso de pie y se acercó hasta ella con la lentitud de un depredador que busca su presa y Wendy se arrepintió de no haberse situado más cerca de la puerta. Se sintió acorralada y trató de esquivarlo sin éxito. La mano de Viper aferró a su muñeca para atraerla hasta su cuerpo de un tirón y acercó su rostro al suyo.

—Tú también puedes tener tu recompensa, Emperatriz. Las cosas deben seguir su curso natural, y sabes tan bien como yo que

Heaven me pertenece por derecho. —Se inclinó un poco más hacia ella haciendo que tuviese que echar la cabeza hacia atrás para esquivar su boca—. Puedo ofrecerte sentarte a mi lado en el trono, compartir el poder conmigo, y también mi cama. Solo tienes que dejarlo todo en mis manos, será fácil no tener que tomar decisiones. No es un mal destino. Cualquier mujer desearía algo así.

—Yo no soy cualquier mujer, Viper.

Wendy se zafó con un tirón seco y él reaccionó sujetándola del pelo para evitar que se alejara. En un acto reflejo, ella le abofeteó con el dorso de la mano arañándole la mejilla con la joya que llevaba engarzada en el anillo, un cristal tan falso como su personaje. Cuando se pasó la palma por la mejilla y vio el leve rastro de sangre en ella, los ojos de Viper se transformaron en dos pozos negros llenos de maldad. Ella había visto esa mirada antes, en otro hombre, en ese mismo lugar, un instante antes de que esas pupilas se quedaran sin vida. Se quedó tan paralizada por ese recuerdo tan horrible que ni siquiera tuvo tiempo de predecir la bofetada que la lanzó al suelo. Su oído derecho comenzó a zumbar de dolor y el peso de ese hombre enorme sobre ella la dejó sin aliento.

—Podía haber sido de otra manera, Wendy. Pero a veces creo que te gusta que te traten así —gruñó junto a su oído con fiereza—. No quiero hacerte daño, pero tarde o temprano serás mía. Igual que Heaven. ¿O acaso olvidas que, si no fuera por mí, ahora estarías en un sucio calabozo o colgada de una cuerda? Tu cabeza vale una fortuna, y créeme, el dinero me gusta mucho más que tú.

Wendy cerró los ojos con fuerza para contener el asco que le provocaba sentir el aliento acre de Viper paseándose por su cara mientras él la besaba. No intentó luchar, sabía que no tenía opción ante su fuerza bruta y su falta de escrúpulos. Y aunque hubiera querido sus músculos parecían haberse vuelto de gelatina. No fue

muy consciente de que alguien golpeaba la puerta de forma insistente hasta que él se levantó maldiciendo y fue a abrirla. Se incorporó y se abrazó las rodillas con la cabeza hundida hasta que la voz de Adelaide, llamándola por su nombre, la sacó de su aturdimiento. Esta vez había esquivado el peligro pero no siempre sería así.

9

Aquella mañana Heaven parecía un poco más bulliciosa de lo normal. Se había anunciado que esa noche comenzarían los eventos especiales con una partida con la Emperatriz en la que la apuesta sería obscenamente alta y al día siguiente se inaugurarían las subastas. Cuando ocurría algo así, los jugadores optaban por dos opciones muy diferentes, o descansar durante el día para mantener la mente despejada o entregarse al alcohol para reunir el valor que les faltaba. El resultado era casi el mismo, una expectación que hacía vibrar el ambiente.

Wendy no había hecho ninguna de las dos cosas. Había pasado la noche en vela y la mañana apostada tras la ventana, observando el hotel de Clementine con una paciencia que rozaba la obsesión. Cuando por fin vio a Reeve salir a caballo, tuvo la tentación de seguirlo para averiguar si se dirigía hacia el río, como el día anterior. Pero esta vez su propósito era otro, aunque no sabía muy bien cómo justificarlo ante sí misma. Lo único que tenía claro era que desde que Reeve Brannigan había llegado a Heaven, algo reptaba bajo su piel manteniéndola alerta todas las horas del día y de la noche. No podía evitar recordar los besos apasionados y un poco torpes de su adolescencia, esa manera en la que apretaban sus cuerpos en

abrazos eternos sin entender demasiado bien qué buscaban. Había confiado en Reeve, había creído que era el príncipe azul que aparentaba ser, había soñado con vivir una vida junto a él, ignorando las advertencias. «Los Brannigan no tienen corazón». Las palabras de su madre resonaban todavía en sus pesadillas. Habría renunciado a todo por él, habría puesto la mano en el fuego por él; y al final, el destino había sido cruel, y la renuncia y el fuego habían sido más reales de lo que esperaba.

Tomó una respiración profunda y se convenció de que su decisión no era una locura. La información era poder, y no confiaba en nadie más para conseguirla. Se detuvo un instante junto al edificio para comprobar que nadie reparaba en su presencia, y cruzó la calle con rapidez cubriéndose el pelo con un chal.

Clementine no opuso demasiada resistencia ni hizo preguntas cuando Wendy pidió entrar en la habitación de su huésped. Le debía demasiados favores para poner algún impedimento, entre ellos seguir respirando. Se limitó a deslizar la llave sobre el mostrador y darse la vuelta fingiendo estar ocupada.

Wendy no estaba segura de qué esperaba encontrar allí. Se repitió mentalmente que lo hacía guiada por el instinto de supervivencia o solo por una curiosidad insana. Finalmente, mientras hacía girar la llave en la cerradura, decidió que era más honorable convencerse de que lo hacía por venganza, al menos esa explicación le resultó más cómoda a su conciencia.

Entró con sigilo conteniendo la respiración, a pesar de saber que no había nadie dentro de la habitación. La bañera de zinc ocupaba un rincón de la estancia y sobre el agua todavía flotaban algunos restos de espuma. El olor del jabón y de la colonia masculina impregnaba el aire, y no pudo evitar cerrar los ojos y aspirar con fuerza, sintiéndose un poco perversa. No era el aroma que

recordaba del muchacho imprudente de su adolescencia. Ahora era más profundo, más sobrio. Más peligroso.

Se inclinó sobre la tina y sumergió los dedos en el agua, todavía tibia, jugando con las últimas nubes de espuma que se disolvían en la superficie. Aquel agua había envuelto el cuerpo de Reeve, lo había acariciado. Esa certeza, a su pesar, la estremeció y se mordió el labio al notar que se excitaba. Se secó la mano en la falda con un gesto brusco, queriendo borrar la sensación, y se dispuso a llevar a cabo la labor que se había propuesto, que no era otra que cotillear.

Rebuscó entre las pertenencias de Brannigan con rapidez sin saber muy bien qué estaba buscando. Una navaja de afeitar, una loción, unas cuantas mudas en el armario… Revisó su bolsa de viaje y en un doble fondo encontró un buen fajo de dinero. Había preguntado a las chicas y le habían dicho que era un jugador con suerte y que en las noches en las que había acudido al Infierno había ganado varias manos. Lo conocía lo suficiente para saber que era cierto, Reeve Brannigan era condenadamente afortunado, pero también era un tramposo. Alguien que ocultaba su vileza bajo una capa de belleza y encanto.

Nada de lo que había allí indicaba que su presencia en Heaven se debiera a otra razón que no fuese entregarse al vicio. Quienes se alojaban allí lo hacían gracias a una invitación especial: una moneda de oro que solo concedían los dueños de los clubes y burdeles más influyentes. En raras ocasiones cambiaba de manos. Era un privilegio demasiado codiciado, aunque no era de extrañar que viniendo de una familia como la suya tuviera influencias suficientes para conseguirlo. ¿Quién lo había invitado? Apretó los dientes y soltó una maldición. No importaba. Era un Brannigan, y los Brannigan siempre obtenían lo que deseaban, por las buenas o por las malas.

El recuerdo la golpeó con violencia sin saber muy bien qué lo

había desencadenado. Los silbidos rompiendo la noche. Los gritos y los insultos destinados a intimidarlos, a aterrorizarlos. El estruendo de los cascos sobre la tierra y el relinchar de los caballos. Su madre empujándola hacia la ventana, cuando el humo comenzó a invadir las habitaciones y un instante después el fuego devorándolo todo. Un sollozo quebró su garganta, pero no hubo lágrimas esta vez, solo un sufrimiento enquistado que se sentía como una puñalada. Cuando bajó la vista descubrió que se había clavado las uñas en las palmas de las manos.

Estaba tan absorta que no oyó los cascos de un caballo en la calle ni los pasos en la escalera. Solo cuando la puerta se abrió de golpe regresó a la realidad.

Reeve estaba en el umbral, tan atractivo como el mismo diablo, contemplándola con una expresión a medias entre la furia y la satisfacción. Su cabello peinado hacia atrás todavía se veía húmedo, y no se había abotonado del todo la camisa. Con la mirada fija en ella esbozó una sonrisa lenta y pecaminosa. No parecía sorprendido, sino más bien expectante.

Wendy tragó saliva, pero no intentó inventar ninguna excusa, no había ninguna.

Mientras se retorcía la tela de su falda con los dedos, él cerró la puerta con calma y avanzó hasta quedar frente a ella.

—¿Has venido a ofrecerme una partida privada? ¿O a advertirme de que vele por mi seguridad? Porque de ser así, no podré evitar enternecerme por tu preocupación.

El matiz de la frase la hizo enrojecer contra su voluntad. Apretó los labios, negándose a responder mientras buscaba una salida digna. Intentó esquivarlo, pero Reeve la sujetó del brazo con firmeza.

—Solo quiero saber a qué atenerme —admitió ella al fin,

obligándose a sostenerle la mirada—. Supongo que entenderás que no quiero tener a ningún Brannigan cerca. Sois demasiado venenosos.

—No todos los Brannigan somos iguales.

—Eso es cierto, algunos sois más torpes que otros a la hora de prodigar vuestra maldad.

—Wendy…

—No, Reeve. No he venido a hablar contigo. Ni a que me hagas perder el tiempo. Odio perderlo.

Reeve se puso en tensión al ver que la coraza de la Emperatriz se endurecía, envolviendo la vulnerabilidad de la mujer que habitaba dentro de ella.

—Escúchame, Wen. Solo te pido eso. —La petición le sorprendió más a él que a ella.

No se había dado cuenta hasta ese momento de que necesitaba hablar de lo que pasó hacía ya trece años, de aquella nefasta noche que lo cambió todo. La noche en la que él se dio cuenta de lo despiadada que era la avaricia y ella aprendió lo frágil que era la vida.

—No hay una sola palabra que pueda cambiar lo que pasó. Solo serviría para acallar tu conciencia, si es que la tienes. ¿En qué me ayudaría eso a mí?

—No lo sabrás si no me escuchas. Si has venido hasta aquí es que estás buscando algo de mí.

Reeve se inclinó hacia ella hasta que su rostro estuvo tan cerca del suyo que podía respirar el aire que ella exhalaba.

—Puede que lo que busco sea tu sangre salpicando mis zapatos.

El agarre se aflojó unos segundos, pero no por la amenaza. Los ojos de Wendy brillaban de una manera extraña, con un sinfín de matices diferentes. En sus iris del color de la miel caliente se veía

dolor, fragilidad, y algo mucho más peligroso para lo que ninguno de los dos estaba preparado: deseo. A pesar de todo, seguía deseándolo con esa pureza ilógica que solo se puede sentir la primera vez. Tenían que frenar aquello, ambos lo sabían, a pesar de no conocer nada de las motivaciones del otro. Sin embargo, los dedos de él, casi sin ser muy consciente, ascendieron lentamente por su brazo, deslizándose bajo la manga de la camisa. El contacto le alteró la respiración.

—No te creo —murmuró él con la voz enronquecida.

Wendy alzó el mentón para perderse en sus ojos. Había esperado no reconocerlos, pero para su desgracia, eran igual de azules que antaño, igual de pícaros, igual de trasparentes. Estaban demasiado cerca, pero ni el calor de su cuerpo ni la cadencia de su respiración eran suficiente amenaza para impulsarla a alejarse. La distancia entre sus bocas suponía apenas un suspiro, un límite frágil que ninguno parecía dispuesto a remediar.

—No me conoces, Brannigan —susurró ella, y al hacerlo sus labios rozaron la boca de Reeve, un toque sutil que ardió como una brasa—. No sabes lo que la Emperatriz es capaz de hacer, no sabes cuánto odio soy capaz de albergar. Si eres tan listo como aparentas, juega un par de partidas, llénate los bolsillos y márchate antes de que te mate con mis propias manos.

Él no retrocedió. La atracción era casi insoportable, una fuerza demasiado enraizada en su alma, que no entendía de prudencia. Pensó, con una lucidez temeraria, que quizá robarle un beso no sería el peor de los motivos para morir. Ella intuyó su gesto y cuando la mano libre de Reeve se deslizó por su nuca para atraerla hacia él se separó dando un paso atrás con el corazón retumbando como una legión de tambores de guerra.

Reeve la contempló mientras salía casi a la carrera de su

habitación. Puede que Wendy tuviese razón. No se conocían, habían pasado demasiados años y ambos habían cambiado. Pero la esencia de lo que habían sido seguía allí, latente, viva, dispuesta a dinamitarlo todo en cualquier momento.

Wendy se remangó las faldas y cruzó la calle a la carrera, deseando esconderse en su habitación el tiempo suficiente para que el mundo fuera de sus paredes desapareciera. No tuvo demasiado tiempo para recuperarse ya que estuvo a punto de chocar con Adelaide que en ese momento bajaba las escaleras a toda prisa. Se disculpó intentando esquivarla para evitar sus preguntas, pero Addy la sujetó por los hombros para detenerla.

—¿Dónde estabas? Te he buscado por todas partes.

—Estaba dando un paseo. ¿Qué ocurre? —preguntó apresurada al notar la desesperación en su voz.

—Se trata de Snake. Esta mañana el servicio de su casa se ha extrañado al ver que no se levantaba y…

El aire se atascó en su garganta y Wendy se aferró a sus brazos con fuerza para obligarla a terminar la frase. No podía decir que Snake fuese como un padre para ella, pero sí que había sido la mano tendida cuando estaba a punto de caer al abismo. Además, y de manera egoísta, era la pieza que hacía que todo en Heaven rodara como una máquina bien engrasada, y sin él, todo el mecanismo colapsaría. Especialmente en lo que se refería a ella. Ambas salieron por la puerta de atrás cogidas de la mano en dirección a la casa del anciano, situada a poca distancia del Infierno.

Wendy ignoró a los guardias que custodiaban la puerta e irrumpió como un huracán en la discreta mansión, que albergaba mucho más lujo en el interior de lo que aparentaba su sobria fachada. Apenas se detuvo en el vestíbulo. Avanzó con paso

decidido, pero una figura apareció en la penumbra del corredor y le cerró el paso. Se trataba de Viper, que apoyado con indolencia contra el marco de la puerta, parecía haber estado esperándola. Sus ojos recorrieron a Wendy de arriba abajo con una lentitud deliberada, con una actitud que poco tenía que ver con la urgencia del momento. Lo miró con una mezcla de asco y aprensión, con la respiración alterada por la carrera.

—Apártate.

Viper sonrió, pero no se movió lo más mínimo. No fue una sonrisa amable, sino que en sus labios apareció una mueca perezosa, la de alguien que disfrutaba con la incomodidad ajena. Sus ojos siguieron clavados en ella, devorándola sin el menor disimulo.

—Mi padre ha sufrido un ataque —informó con calma—. El médico acaba de marcharse.

Las palabras cayeron con una ligereza que no encajaba con la gravedad del momento.

Wendy frunció el ceño y apretó los puños conteniendo las ganas de golpearle.

—Quiero verlo.

—No puedes. Necesita descansar. Apenas puede hablar y no tiene fuerzas para recibir visitas. —Sacó un cigarro de su pitillera y lo encendió sin prisas, haciéndola esperar deliberadamente por más información. Su tranquilidad era insultante—. Pero no debes preocuparte, preciosa, de ahora en adelante, yo estoy al mando.

Wendy sintió que le recorría la espalda un estremecimiento e instintivamente dio un paso atrás.

Sabía lo que aquello significaba. No era algo eventual, fuese cual fuese el estado de salud de Snake. Era algo mucho peor; Snake era duro, peligroso incluso, pero Viper era otra cosa. Era frío, ambicioso

e imprevisible, y lo que era aun peor, no tenía escrúpulos.

Lo miró fijamente, comprendiendo de golpe que el equilibrio que había imperado en Heaven estaba a punto de romperse y que cualquier cosa que pudiese ocurrir a partir de ese momento podría cambiar su existencia.

10

Reeve atraía miradas allí donde entraba, estaba más que acostumbrado a ello. Su físico imponente, la forma segura en que se movía, el aire de peligro contenido que lo rodeaba, todo en él reclamaba atención. El Infierno no era una excepción, y allí no solo captaba las miradas de deseo de las féminas, los clientes también caían arrastrados por su magnetismo. Aunque no se engañaba, podía ver el desprecio o la envidia que brillaban en los ojos que lo escrutaban, y que calibraban si sería peligroso o si su fachada de niño rico sería real.

Aquella noche, además, la diosa fortuna parecía haber decidido sentarse a su lado, o en su regazo más bien. Con cada mano, las cartas caían sobre el tapete, decantándose a su favor una y otra vez. Las monedas se amontonaban frente a él mientras el murmullo de la sala crecía. Las camareras pasaban a su lado con sonrisas cómplices, rozándole el hombro al servir las bebidas, tratando de hechizarle con sus caídas de pestañas. Incluso una de las chicas, embriagada por la euforia tras una jugada realmente emocionante, se inclinó sobre él y le robó un beso rápido en los labios antes de desaparecer entre risas, coreada por los gritos de admiración del resto de clientes.

Reeve apenas reaccionó a aquel beso. No quería distraerse de su

propósito, que esa noche era demostrarse a sí mismo que era mejor que todos aquellos que lo rodeaban y lo miraban como si fuesen mejores que él. Ganaba una partida tras otra, y en un momento dado, no mostró ni un ápice de contención o mesura por aquel dinero que tan fácil le estaba resultando conseguir. La suma que había reunido empezaba a ser considerable. Más que eso, con aquel dinero podría pagar sin problemas la deuda de Wyatt. Podría marcharse, alejarse de Wendy y olvidarla. Pero no lo haría. Había dado su palabra y no pensaba salir de allí sin la Emperatriz. Su semblante se ensombreció al pensarlo.

Sentía algo por ella. O quizá por la mujer que había sido una vez. El recuerdo persistía como una espina clavada demasiado hondo, y no se había dado cuenta hasta ese momento de lo profundo que era aquel sentimiento. O puede que sí. Muchas veces, a lo largo de estos años se había detenido a pensar si realmente había hecho algo bueno en la vida. Lo único puro había sido amarla de esa manera febril e insensata. Tanto que durante mucho tiempo, solo había sido el hombre que amó a Wendy Jones, como si el resto de su existencia no tuviese nada de memorable. Su corazón, nostálgico e insensato, le gritaba que deshiciera de esa súbita necesidad de justicia. Sin embargo, por primera vez en su vida, quería hacer lo correcto. Quería ser íntegro. Honrar la palabra que le había dado a su amigo.

Pensó en su padre.

En el desprecio silencioso que siempre había visto en los ojos de Silas Brannigan. Para él, Reeve nunca había sido más que un cobarde, un inútil sin ningún valor. Estaba seguro de que lo libró de la guerra pagando una suma obscena de dinero, solo para demostrarle que no era capaz de rebelarse contra eso, una manera eficaz de humillarlo y mantenerlo bajo su bota.

¿Qué haría Silas en su lugar? ¿Tendría piedad por ella o la llevaría ante el juez para embolsarse la recompensa? Reeve casi pudo oír su risa áspera. Silas siempre lo quería todo. Se metería entre las piernas de la Emperatriz, recogería el dinero de la mesa y desaparecería hacia algún rincón del mundo donde nadie pudiera reclamarle nada. Eso haría un Brannigan.

Pero él quería ser alguien diferente.

Sobre los tapetes, la tensión empezaba a sobrevolar el ambiente. Los jugadores lo miraban ya de forma distinta. Había dejado de ser el recién llegado con suerte, y sus victorias habían perdido el cariz festivo. Ahora era el enemigo a batir, un reto en el que muchos ansiaban medirse. Todos habían empezado a desconfiar de un tipo de rostro casi angelical, pero con una mirada que no admitía errores. Eso era Reeve. Suave como el terciopelo, y cortante como una daga.

Aceptó las cartas que le tendieron y las observó durante un instante sin ser capaz de ver las figuras y los números rojos y negros pintados en ellas. Estaba decidido a hacer las cosas bien. Aunque, en lo más profundo de sí mismo, estuviera deseando que ella lo mirara a los ojos y le dijera que no lo había hecho. Que no era una asesina.

La Emperatriz observaba el salón desde su lugar privilegiado con una calma que solo era apariencia. Desde allí dominaba cada mesa, cada jugada y cada gesto sospechoso. Sin embargo, sus ojos regresaban una y otra vez sobre Reeve.

Estaba ganando demasiado. El dinero se acumulaba frente a él con una facilidad que empezaba a incomodar a los hombres del *saloon*. En el Infierno, la suerte siempre despertaba sospechas, y cuando el dinero crecía tan deprisa, alguien terminaba haciéndose preguntas.

—Ese hombre está despertando suspicacias —murmuró—. Está

atrayendo demasiada atención.

Addy siguió la dirección de su mirada y sonrió con cierta malicia.

—¿La tuya también?

—No digas tonterías —se quejó sin aparar los ojos de la mesa, molesta con su tono condescendiente.

—Llevas mirándolo toda la noche, Wendy. Y diría que no es la primera vez.

—Estoy vigilándolo. A la suerte hay que mirarla a los ojos, es muy traicionera.

Addy dejó escapar una risa cantarina. Un poco más allá, uno de los hombres de Viper se inclinó sobre un guardia para decirle algo al oído. Ambos miraron hacia la mesa de Reeve en un gesto discreto, que para ella no pasó desapercibido. Lo había visto demasiadas veces.

—Viper ya ha mandado a sus hombres —indicó la Emperatriz con frialdad, intentando no mostrar la preocupación que sentía. Sabía cómo acababan aquellas situaciones. Cuando la buena fortuna se posicionaba del lado de un solo jugador, aquello dejaba de ser divertido, y las apuestas comenzaban a bajar. A nadie le gustaba perder—. Cree que está haciendo trampas.

Addy observó al jugador con curiosidad. Reeve recogía las fichas con una calma casi insolente, como si nada de aquello tuviera demasiada importancia, daba la impresión de que sabía que volvería a ganar la siguiente mano.

—No. Es condenadamente bueno. La diosa fortuna debe haberse enamorado de él. Quién podría culparla —admitió sin pensarlo, sonrojándose al darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—Entonces te gusta. ¡Lo sabía! Me he dado cuenta de que no eres indiferente a ese tipo, y la verdad, es que no me extraña.

La Emperatriz no respondió. Ni siquiera estaba segura de por

qué no podía dejar de mirarlo. No debería de preocuparse por él, de hecho, si apareciese muerto en el callejón, el problema estaría zanjado y no tendría que hacerlo ella misma. Pero sabía que, si Reeve continuaba ganando de aquel modo, los hombres de Viper terminarían interviniendo. Y eso casi nunca acababa bien. Heaven estaba diseñado para que todos pudiesen soñar con una vida de lujo, pecado y abundancia, pero si alguien acaparaba todos esos sueños de golpe, el resto acababa desinflándose.

—Según la tradición, debería ofrecerle una partida privada, o nos arruinará la noche —dijo al fin con un suspiro desganado, fingiendo que la idea no provocaba un hormigueo en su estómago.

Minutos después, un camarero se acercó a la mesa para transmitirle a Reeve la invitación. Reeve levantó la vista hacia la tarima donde los dueños solían colocarse. Sus ojos no encontraron a la Emperatriz y tenía que admitir que no le gustó la sensación.

—Acepto.

La sala privada estaba iluminada por lámparas bajas que proyectaban una luz cálida sobre la mesa de juego, cubierta por un tapete verde oscuro. Cuando Reeve entró, la Emperatriz ya estaba sentada en su trono y dos guardias custodiaban la estancia. Tenía que reconocer que resultaba intimidante. El lujo, los dos matones que le doblaban la altura a pesar de que él era mucho más alto que la mayoría, y sobre todo, la belleza de esa mujer enigmática. Lucía un vestido de satén negro, y el escote estaba ribeteado por un encaje del mismo color, que a pesar de no dejar traslucir su piel, enmarcaba de una manera diabólica sus sugerentes pechos, insinuándolos. Su pelo caía sobre uno de sus hombros, y a Reeve le recordó a un nido de víboras que se deslizaba por su piel de color claro, tan peligrosas como suaves. Puede que fuese porque su cuello

estaba rodeado de una fantástica gargantilla de brillantes con forma de serpiente, tan ostentosa que habría resultado vulgar en cualquier otra persona que no fuera ella. Reeve se dio cuenta de que se había excitado al contemplar su cuello delicado, imaginando sus manos rodeándolo mientras le hacía el amor.

—La buena ventura te ha hecho una visita esta noche. —El tono de Wendy fue suave y sugerente como el terciopelo y él tragó saliva de manera involuntaria. Estaba nervioso y odiaba reconocerlo. Aquel teatrillo creado para gañanes sin cerebro estaba funcionando con él.

—Eso parece.

—Podéis marcharos —ordenó ella a los guardias al cabo de unos segundos, sin mirarlos a la cara, con los ojos aún clavados en Reeve —. Volved al salón y vigilad las mesas.

Los hombres dudaron antes de obedecer, uno de ellos carraspeó incómodo ante la idea de contradecir a la mismísima Emperatriz, pero cuando ella les dirigió una mirada fulminante se marcharon sin rechistar. La puerta se cerró tras ellos y Reeve a su pesar, dio un respingo. Arqueó ligeramente una ceja, y esbozó esa sonrisa falsa e inocente que tantas conquistas le había granjeado.

—¿Esto es lo habitual?

—¿El qué?

—Quedarse a solas con un desconocido para jugarse una cantidad desmesurada de dinero. —Reeve miró a su alrededor observando el lugar con ojo crítico—. A no ser que nos estén observando, cosa que me parecería lógica.

La Emperatriz apoyó los codos en la mesa y lo miró con una leve sonrisa.

—¿Te sentirías más seguro si hubiese alguien vigilando para que no te muerda?

La sonrisa de Reeve se ensanchó y se inclinó hacia ella hasta

que su rostro estuvo muy cerca del suyo.

—Sueño cada noche con que me muerdas, cielo.

Esta vez fue el turno de Wendy para tragar saliva. Estaban endemoniadamente cerca, sus labios a punto de tocarse, y por un instante estuvo tentada de sujetarlo de la pechera de su impoluta camisa blanca y atraerlo hacia ella para besarlo. Por suerte, recordó que era un maldito Brannigan. Se reclinó en su sillón muy despacio y con un movimiento de su mano le indicó que tomara asiento. No se molestó en aclararle que en aquella sala en concreto que ella misma había elegido, no había ningún tipo de vigilancia, como si había en otras. Ni ventanas disimuladas detrás de los cuadros desde las que observar sin ser vistos, ni puertas ocultas en la pared. Solo había una puerta, y era por la que habían salido los guardias. Por algún motivo inexplicable había querido intimidad.

Lo curioso era que, de todos los hombres que pisaban el Infierno, aquel era probablemente el único del que sabía con certeza que no debía fiarse. Y, sin embargo, también era el único, por algún motivo difícil de explicar, que intuía que no le haría daño. O eso esperaba.

Wendy cogió una licorera de cristal tallado que había sobre la mesa y sirvió un dedo de licor para cada uno, mientras Reeve la observaba con intensidad. Fue un verdadero triunfo que sus dedos no temblaran a la hora de colocar de vuelta el grueso tapón de cristal en la botella.

Él siempre había conseguido ponerla nerviosa, sin ni siquiera proponérselo. Incluso desde niña, cuando todavía no sabía qué era el amor, ni la pasión, ni las decepciones. Recordaba ir a la tienda de Sabine Cross con su madre una vez a la semana, rezando durante todo el camino en carromato para que ese chico rubio de mirada azul estuviese en el pueblo. Le prometía a Dios toda clase de

ofrendas si se cruzaba con él, y subía la oferta si conseguía una sonrisa. Fregar los platos cada día sin quejarse, ayudar a su padre en los establos, rezar el doble cada noche durante una semana, incluso había prometido pronunciar sus oraciones en voz alta mientras saltaba a la pata coja. Cualquier cosa si conseguía una sonrisa suya. Había que reconocer que en esa época la sonrisa de Reeve era la más bonita y sincera de todo Texas. Y aunque no lo hubiera visto, sabía que del resto del mundo también. La imagen de su madre tirando con brusquedad de su brazo para conducirla al carruaje que esperaba en la puerta de la tienda de comestibles le llegó de manera tan dolorosa que casi le cortó la respiración. La había pillado sonriendo como una bobalicona a Reeve, mientras él le decía algo cerca del oído. «No te fíes de ningún Brannigan, sin excepción». Y esa advertencia seguía igual de vigente que entonces.

—Juguemos. —Su voz sonó severa, casi tétrica y su semblante se oscureció de repente.

Mientras ella barajaba las cartas la voz de su madre resonaba en su cabeza como un eco, recordándole que estar cerca de ese hombre era una insensatez.

11

Reeve Brannigan la observaba por encima del borde de su vaso de whisky. Tenía esa sonrisa de medio lado, la misma que una década atrás le había prometido el cielo antes de entregarla al infierno.

—Te tiembla el pulso, querida —apuntó Reeve, arrastrando las palabras con esa pereza dulce que lo hacía irresistible—. Espero que no sea síntoma de que mi copa está envenenada.

La Emperatriz no pestañeó, mientras observaba sus cartas. Parecía que estaba a punto de robarle la suerte a Reeve, de todos era sabido que ella nunca perdía. Sus dedos, adornados con anillos que aparentaban valer más que todo el ganado de los Brannigan, acariciaron la pila de monedas doradas que había junto a ella.

—Es el aburrimiento, Reeve. Esperaba que después de una década hubieras aprendido a jugar al póquer, o al menos a perder con un poco más de elegancia. Hacer trampas con un puñado de paletos es sencillo, pero yo lo veo todo.

Reeve frunció los labios y siseó alabando, o más bien burlándose de su bravuconería.

—Vigila tu lengua, Emperatriz. A tu público no le gustaría saber que los menosprecias de esa manera tan cruel.

—¿Acaso crees que mi público, como tú los llamas, habla bien de

mí? ¿Crees que me respetan? No eres tan tonto como para pensar eso. Solo admiran el personaje inalcanzable que puede pisotearlos con el tacón del zapato y sacarles los ojos con las uñas. A veces pienso que el verdadero motivo para venir aquí es fantasear con la posibilidad de ser castigados y humillados.

—Quizá solo ambicionan un poco de riesgo que los haga olvidar su vida monótona y aburrida. Un poco de emoción nunca viene mal.

La vela que había en el candelabro que alumbraba sus jugadas chisporroteó levemente, como si el fuego que vibraba entre ellos hubiese alterado su camino. La tensión era palpable y a pesar de que ambos habían estado en una situación similar docenas de veces, nunca habían sentido esa excitación dominándolos.

—¿Por eso estás aquí?

—No sé muy bien por qué vine aquí, Wendy. Pero sí sé lo que quiero conseguir.

Su respuesta ambigua la descolocó y durante unos segundos perdió el hilo de sus pensamientos. Solo podía mirar su boca de labios gruesos y apetecibles, sus dedos fuertes de piel bronceada, sus ojos inteligentes. La piel de su cuello contrastaba con la pulcritud de su camisa blanca, y el traje gris claro que le sentaba como un guante. Ojalá no fuese tan hermoso, ojalá no despertara en ella esas ansias de ser amada y protegida por él.

—Dos cartas —anunció al fin dirigiendo su mano a la baraja, haciendo un esfuerzo por concentrarse.

—Yo me quedo con lo que tengo —replicó Reeve, guiñándole un ojo—. Siempre me ha gustado lo que el destino me pone en la mano a la primera.

La Emperatriz sintió un pinchazo de irritación.

—El destino es una excusa para los hombres que no tienen un plan. —A pesar de los años Wendy no podía desprenderse de todo lo

que habían vivido, momentos, gestos y palabras que ahora se precipitaban sobre ella como si hubieran abierto una compuerta. El antiguo Reeve siempre presumía de tener un plan en la vida, y no se fiaba de la gente que caminaba sin rumbo. Por lo visto esos planes no le había servido demasiado a ninguno de los dos—. Apuesto cien.

—Cien… —Reeve fingió una mueca de dolor mientras ella empujaba sus fichas al centro—. Y subo a doscientos. Parece que la dueña del club más próspero del territorio se está volviendo conservadora con la edad.

—¿Con la edad? —Ella soltó una risa seca, carente de alegría—. Curioso que menciones el paso del tiempo, cuando tú sigues comportándote como el mismo muchacho descerebrado e impulsivo que no sabe cuándo retirarse.

—Oh, sé perfectamente cuándo retirarme, Emperatriz. —Sonrió y pronunció su apodo masticando cada sílaba, haciendo que sonara como una caricia y un insulto a la vez—. Pero hoy me siento con suerte.

La Emperatriz estudió sus cartas. Un trío de ases con un par de dieces. Un *full.* Era una mano difícil de superar pero no imposible. Miró a Reeve intentando leer su expresión. Su sonrisa eterna y despreocupada podía indicar que no tenía nada o que tenía un póquer. Sus ojos azules, del color del hielo en invierno, no revelaban absolutamente nada.

—Está bien. Si quieres riesgo, subo a mil dólares —anunció ella, con voz de terciopelo, que contrastaba con el brillo afilado de sus ojos—. Como acto de buena fe, te lo advierto, Reeve: la Emperatriz nunca pierde.

Reeve se echó hacia atrás, y la miró con insolencia. Sus ojos se fijaron en los de ella con una intensidad que le hacía difícil respirar y que era capaz de hacer subir la temperatura de la habitación. Esa

cifra era más que suficiente para saldar su deuda. Esa cifra era lo que valía la cabeza de la Emperatriz. Contó su dinero y vio que le faltaba para llegar a esa cantidad. No podía permitir que se le escapara el triunfo por una poco de calderilla. Lentamente, metió la mano en el bolsillo de su chaleco y extrajo una pequeña bolsa de tela, gastada por el uso.

—No traigo más efectivo conmigo —explicó él—. Pero creo que esto igualará y superará con creces la apuesta. Y me dará el derecho de ver si eres tan buena como cuentan o si tu fama no es más que una farol.

Vació el contenido de la bolsa de tela sobre el tapete y una esmeralda tallada en forma de lágrima, rodó hasta el centro de la mesa. La luz de las velas pareció quedar atrapada en su interior, ardiendo con un fuego verde.

El corazón de la Emperatriz dio un vuelco violento que la dejó sin aire. Conocía esa piedra que su mente rota había relegado al olvido. Los pendientes de su madre llevaban engarzadas dos esmeraldas muy parecidas a esa. Ella misma vio como Silas Brannigan, el padre de Reeve, registraba el joyero de su madre como si no fuera más que un vulgar ratero mientras sus hombres asolaban su propiedad. El dolor, agudo y punzante, resurgió en su pecho como una herida mal cerrada. Miró a Reeve, que no parecía afectado por aquello. Dudaba que, por muy despiadado que fuera, se atreviese a soltar una bomba semejante ante sus narices sin inmutarse. En sus ojos había picardía y desafío, pero no maldad. Era probable que no supiera su origen. O puede que ella estuviese equivocada y fuese una piedra normal y corriente.

—Muestra tus cartas —su voz fue apenas un susurro, pero recuperó el control antes de que él pudiera entender lo que estaba pasando. Quería terminar con ello cuando antes, huir de aquel

hombre que abría sus heridas.

Con un movimiento rápido, ella desplegó sus cartas sobre la mesa. Tres ases y dos dieces. Reeve soltó un suspiro largo y, con una elegancia exasperante, la imitó y mostró su mano. Cinco corazones consecutivos fueron desplegándose uno tras otro sobre el tapete, desde el nueve hasta el rey. La sonrisa forzada de Wendy se esfumó mientras su full de ases quedaba reducido a cenizas.

La Emperatriz se puso en pie ansiosa por salir de allí. Sus piernas temblaban como si fueran de gelatina y lo que era peor, un seísmo la recorría por dentro. Debería matar a ese hombre y a toda la estirpe de los Brannigan.

—Enhorabuena, Brannigan. No olvides que la suerte, como muchas cosas en la vida, no puede mantenerse siempre a nuestro lado. Especialmente cuando se construye sobre mentiras.

Él alargó la mano hacia el montón de dinero, pero antes de tocarlo la miró con cierta sorpresa. Estaba seguro de que perder no era lo bastante importante para ella como para reaccionar así.

—Espera, Wendy. Juguemos la revancha. Apostemos de nuevo.

—Es mejor así. No aceptaría jamás el dinero de los Brannigan; está manchado de sangre. Guárdalo para las subastas, o para pagar a algún cura que te absuelva de tus pecados.

Se dio la vuelta y salió de la sala con la cabeza alta, pero en cuanto la puerta se cerró tras ella, su fachada se desmoronó. En lugar de volver hacia el salón tomó el pasillo lateral que giraba a la derecha y que comunicaba con la parte trasera, donde estaban sus habitaciones. Estaba oscuro, iluminado solo por una solitaria lámpara de aceite que pendía de una de las paredes. Sus manos temblaban tanto que tuvo que apoyarse contra la pared para no tropezar. Se dobló sobre sí misma y cerró los ojos, intentando alejar la imagen de la esmeralda. Y más aún, la imagen de Reeve Brannigan.

—Wendy…

El nombre pronunciado en la oscuridad sonó como un disparo que rompió el silencio, sobresaltándola. Antes de que pudiera reaccionar, Reeve estaba allí, intentando sostenerla. Era paradójico que la persona causante de su caída, fuese también quien se apresurara a recomponerla, como si le importara lo que le ocurriese. Antes de que ella pudiera protestar, él sujetó su rostro con las manos para obligarla a mirarlo. Bajo la luz tenue de la lámpara su rostro se veía distorsionado por las sombras pero sus ojos no le podían engañar.

—Suéltame, Reeve —siseó ella, negando con la cabeza, sin fuerzas para apartarse. Sentía que el mundo que había sostenido con alfileres durante todo ese tiempo se había deshilachado en un instante. No era tan fuerte como se había obligado a creer y el dolor no estaba superado del todo. Puede que nunca lo estuviese del todo.

—Está bien —replicó él con voz ronca, apartando las manos. Estaba tan cerca que ella podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo, ese olor que le traía de vuelta el peligro y la nostalgia que siempre la habían acompañado.

—Tus ojos dicen que quieres matarme —continuó él, bajando la mirada a su boca—, pero mi instinto dice algo muy distinto.

—Quiero matarte.

—También quieres besarme.

Reeve levantó la mano de nuevo y, con una lentitud tortuosa, rozó su labio inferior con la yema del pulgar. Fue un toque ligero, electrizante, y Wendy sintió un nudo de deseo y odio en el estómago. Sentía que su piel, su sangre y su cerebro ardían y se disolvían por culpa de un hechizo que no podía romper. En un acto de pura rebeldía destinado a provocarle, ella separó los labios y pasó la punta de la lengua por su dedo, una caricia húmeda y fugaz que

hizo que los ojos de Reeve se oscurecieran hasta volverse casi negros.

—Quizá pueda hacer ambas cosas.

—Maldita seas —masculló él.

La distancia desapareció y se fundieron en un beso tan intenso que hizo que sus mundos colisionaran. Sus bocas se entregaron sin tregua y se fundieron el uno contra el otro con la urgencia de más de diez años de silencio. El beso sabía a whisky, a desesperación y a ese erotismo crudo que solo podía nacer entre dos personas que sabían que no podían tenerse.

Reeve gruñó cuando ella apresó su labio entre los dientes, provocándole una mezcla de dolor y placer enloquecedora. No le importaba si lo golpeaba o le arrancaba la piel a tiras con tal de poder tocarla y hacerla suya aunque solo fuera una vez. La presionó más contra la pared apretando su cuerpo contra ella, con las manos enredadas en sus bucles oscuros, deshaciendo el elaborado peinado de la Emperatriz hasta que las horquillas cayeron al suelo con un tintineo metálico. Ella le devolvió el beso con la misma furia, bajando las manos por su espalda, aferrándose a la tela de su chaleco como si fuera lo único sólido en un mundo que se caía a pedazos.

Se separaron apenas unos centímetros, jadeando, buscando en el rostro del otro el rastro de los adolescentes que fueron bajo los sauces del río que serpenteaba junto a Sabine Cross, esos que se prometieron lealtad, que soñaron con un futuro que se esfumó demasiado pronto. Aquella inocencia ya no existía. Solo quedaba la huella de las traiciones y las perdidas, de las cicatrices, y de una atracción que el odio no había hecho más que alimentar.

—Sigues oliendo igual —susurró él contra su cuello, aspirando su piel con una devoción desesperada y mordiéndola con suavidad después—. Tus besos siguen siendo igual de desordenados.

—Y tú sigues siendo un sinvergüenza —respondió ella, inclinando la cabeza para darle mejor acceso, mientras sus dedos desabrochaban el lazo de su cuello y desabrochaban el primer botón de su camisa.

Jadeó con una sonrisa triunfal, aprovechando la oscuridad, cuando la boca de Reeve se paseó por la generosa porción de su escote que quedaba expuesto. Su lengua atrevida recorrió la piel clara y suave. Con la yema de los dedos apartó el encaje con una lentitud deliberada, recorriendo cada centímetro. Cuando ella estaba a punto de gritar de desesperación, tiró hacia abajo de la tela para exponer sus senos, y sonrió de manera perversa al percibir que ella suspiraba de alivio. Se deleitó unos minutos interminables con sus pezones y con su forma redondeada y perfecta. Wendy hundió los dedos en la melena rubia de Reeve y tiró de él sin importarle hacerle daño, pensando solo en su propio placer.

Reeve leyó el deseo y la necesidad en su cuerpo tenso y, con un movimiento decidido, agarró el vuelo de la falda de satén de Wendy, para subirla hasta la cintura.

—Antes eras la promesa de una pasión inocente, Wendy —gruñó él contra su cuello—. Pero ahora eres una llama que puede quemar el mundo.

Ella sollozó y sus labios pronunciaron algo que él no entendió. Estaba demasiado absorto acariciando aquel cuerpo que tanto deseaba. Sus dedos buscaron con urgencia los lazos de la ropa interior femenina, deshaciéndolos con una destreza que delataba demasiada experiencia. Cuando finalmente alcanzó su intimidad, el mundo pareció detenerse. La humedad cálida que encontró en ella fue la respuesta que buscaba más allá de las palabras. Era una confesión que no entendía de rencores.

Los dedos de Reeve se hundieron en ella, primero con un roce

sutil y luego con una caricia profunda y rítmica que hizo que Wendy arqueara la espalda, enterrando las uñas en los hombros de él. El placer era una ola que la arrastraba lejos de la amargura del pasado. Él era un maestro en eso, sabía exactamente dónde presionar, cómo alternar la firmeza con la delicadeza, hasta que los jadeos de ella susurraron su nombre entre dientes. Había ansiado durante años poder llegar a ese momento que la inocencia no le dejó alcanzar cuando se conocieron, y ahora por fin podía brindarle todo el placer del mundo.

Cuando el clímax la alcanzó haciéndola vibrar, Reeve sintió la emoción en su propio pecho. Él no se apartó. La sostuvo, depositando besos lentos y tiernos en su frente, en sus mejillas encendidas y en la curva de su cuello, dejando que el aroma de su perfume fresco y su excitación lo embriagaran mientras ella recuperaba el aliento.

Lentamente, Reeve tomó la mano de Wendy, se la llevó a los labios para besar sus nudillos, deslizando después la lengua por la punta de sus dedos y mordisqueándolos con suavidad. Luego la guio hacia su propio pecho, justo encima de su corazón, que latía con una violencia casi salvaje.

—Siente eso —susurró él, con la voz rota—. Solo tú logras que se desboque de esta manera.

Wendy dejó que su mano descansara allí un momento, permitiendo que la calidez de su piel traspasara la tela. Luego, con una lentitud tortuosa, empezó a descender. Sus dedos recorrieron el abdomen tenso de Reeve, rozando la hebilla del cinturón hasta posarse sobre el frontal de sus pantalones, donde la evidencia de su deseo era innegable.

Reeve contuvo el aliento mientras ella presionaba levemente su erección. Cerró los ojos, esperando la caricia que prometía aliviar la

tensión insoportable que le recorría la columna y saciara sus ganas. El silencio en el pasillo era absoluto, solo interrumpido por sus respiraciones agitadas. Estaba a punto de suplicar que continuara pero la ansiada caricia no llegó.

En su lugar, Wendy apoyó las palmas en su pecho y lo empujó con fuerza. Una carcajada mordaz rompió el hechizo y Reeve entendió que esta vez ella había ganado la partida.

—Lo siento, vaquero —dijo ella, ajustándose la falda con una elegancia fría que resultaba insultante después de lo que acababa de ocurrir—. Puede que hayas ganado una partida de cartas a la Emperatriz, y puede que incluso te hayas cobrado un pequeño anticipo de lo que podía haber sido, pero yo nunca seré un premio al que puedas acceder.

Reeve se enderezó, con la respiración aún entrecortada y el cuerpo vibrando en una queja muda por lo que se le había negado. La miró, entre la incredulidad y la frustración, mientras ella se alejaba por el pasillo con el paso firme de una reina que acaba de ganar una guerra.

—Buenas noches, Brannigan —añadió Wendy sin mirar atrás—. No olvides recoger tus ganancias y tu orgullo antes de marcharte.

Él se quedó allí, solo en la penumbra, sintiendo el frío del pasillo arañar su piel caliente. La tensión de la excitación no resuelta era más que molesta, casi dolorosa, sobre todo en su orgullo, pero mientras veía la silueta de Wendy desaparecer tras la esquina, una chispa de diversión brilló en sus ojos azules.

Reeve soltó una carcajada ronca y se pasó una mano por el pelo revuelto, negando con la cabeza.

—Maldita sea, Wendy Jones —murmuró para sí mismo—. Tienes una forma endiabladamente buena de vengarte.

12

Wendy y Adelaide observaban el salón tras la celosía de madera tallada camuflada en una de las paredes, una posición que les permitía ser testigos de la bajeza humana sin ser salpicadas por ella.

Abajo, los clientes se agolpaban junto a la barra y las mesas con los ojos clavados en el escenario, alborotados por la expectación. Las subastas no era solo un evento más; era la manera más contundente de mostrar que podían llevar a cabo cosas que no podrían hacer en cualquier otro lugar.

—Snake no ha salido de la cama en todo el día —susurró Wendy, con la mirada perdida en la multitud—. La fiebre ha hecho acto de presencia y apenas ha estado consciente unos minutos. El médico dice que es cuestión de tiempo que…

Adelaide suspiró, atusándose el pelo con desgana.

—Si el viejo exhala su último aliento, este lugar se convertirá en un polvorín, Wendy. Sabes que tu título de Emperatriz solo es valioso bajo la protección de Snake. Sin él, tu futuro aquí es incierto. Deberías tomar una decisión.

—Incierto es una palabra amable, Addy —replicó Wendy, cerrando los puños con fuerza hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos. A veces sentía que el dolor físico era lo único que

podía controlar—. Irme de aquí no es algo tan sencillo. Este club es mi jaula de oro, y las puertas se están cerrando con la enfermedad de Snake. Viper no dejará que me marche tan fácilmente. Para él la lealtad es una cuestión de vida o muerte, aunque todos sabemos que no es ese el motivo por el que me quiere cerca. Quiere someterme y usarme a su antojo.

—A veces, hay que elegir entre un mal menor. Quizá someterte a él no sea tan incómodo, después de todo. —La voz de Addy sonó extraña, afilada, y Wendy la miró intrigada. Al sentir sus ojos sobre ella, Adelaide la miró con una sonrisa que pretendía infundirle esperanza, y apretó su mano en un gesto cómplice—. Todo saldrá bien.

Wendy le devolvió la sonrisa sin mucho convencimiento, y fijó la vista de nuevo en los hombres, que hablaban más fuerte de lo normal, excitados por el espectáculo que pronto comenzaría. Salieron de su puesto de vigilancia y con actitud distante se dirigieron a sus asientos como de costumbre. Para Wendy aquel trono parecía tallado por el demonio, y sentía que se sentaba sobre espinas y brasas ardientes. Dedicó una mirada a los clientes y apenas ocultó el desprecio que le producían.

—Son como chacales.

—No insultes a esos pobres animales.

Adelaide le dio un codazo repentino, con una chispa de picardía iluminando sus ojos.

—Mira quién ha entrado. Tu tentación acaba de unirse a la fiesta.

Wendy siguió la dirección de su gesto y su corazón traicionero dio un vuelco. Reeve estaba allí, apoyado contra la madera oscura con una indolencia que le hacía destacar entre el resto de los mortales. Llevaba un traje de color negro que resaltaba la anchura de sus hombros y el pelo largo peinado hacia atrás, enmarcando su

rostro de proporciones perfectas, e incluso desde la distancia, Wendy pudo sentir su magnetismo. Tenía que reconocer que, a pesar de ser odioso y traicionero, era más atractivo que el mismísimo diablo. No hizo ningún gesto para saludarla, pero era evidente que su mirada intensa iba dedicada solo a ella.

—¿Crees que participará en la subasta? —preguntó Addy en un susurro.

Wendy no contestó. El recuerdo de sus dedos tocándola, de la humedad de su lengua recorriendo sus pechos y de sus propios jadeos, la golpearon con fuerza. Sintió que su intimidad reaccionaba a aquellas imágenes tórridas que invadían su cabeza y apretó los muslos para contener la bochornosa sensación.

—¿Está lista la pócima? —preguntó Wendy, cambiando de tema bruscamente.

Adelaide asintió, tocando un pequeño frasco escondido en su escote.

—Lista. Pero sé discreta, por el amor de Dios. Viper es mucho más observador de lo que parece, y ahora que su padre se está muriendo, tiene los ojos puestos en cada uno de tus movimientos. No te quita la vista de encima.

Viper se unió a ellas un instante después. Tenía la misma mirada inquisitiva de su padre, pero con una crueldad más despiadada y ambiciosa. Se colocó a la derecha de Wendy, rozando su brazo con una familiaridad que a ella le revolvió el estómago.

Una joven, apenas una muchacha con la inseguridad escrita en el rostro, subió al escenario. Los vítores estallaron, las pujas llenaron el aire, mezcladas con las palabras soeces, cargadas de una lascivia barata y sucia, que salían a borbotones de las bocas de aquellos hombres que olían a sudor y ginebra.

Wendy cerró los ojos un momento, intentando bloquear el ruido

y abstraerse de aquella marabunta. La imagen de la noche en la que ella misma ocupó ese lugar, años atrás, la noche que cambió todo, emergió de las sombras de su memoria. El frío de la madera bajo sus pies, la humillación quemándole la garganta y la mirada de los hombres tratándola como ganado.

Abrió los ojos y sintió la mirada de Reeve desde la barra. Él no gritaba, ni pujaba, ni siquiera miraba hacia el escenario. Simplemente la observaba a ella, con una expresión indescifrable.

La imagen de la noche en la que ella ocupó aquel mismo escenario volvió a golpearla con la fuerza de un latigazo, cuando alguien dejó caer al suelo una botella que estalló en pedazos. El estruendo del Infierno se desvaneció, sustituido por el eco de un disparo que aún resonaba en sus pesadillas. Wendy sintió el frío del acero en la palma de su mano, el peso de la pequeña Derringer que había ocultado en su liga y el olor a pólvora mezclado con el sudor rancio de aquel hombre que creyó que su dinero le daba derecho a poseer no solo su cuerpo, sino su alma.

Lo había matado. Había visto la luz apagarse en sus ojos mientras la sangre manchaba el vestido que Snake le había aconsejado lucir. Aquella noche, la niña que amaba a Reeve Brannigan murió, y nació la Emperatriz, una mujer que no permitía que nadie la tocara sin su permiso, a menos que fuera para clavarle un puñal entre las costillas.

En el Infierno, y se atrevía a decir que en todo Heaven, ninguna mujer hacía nada en contra de su voluntad, todas las chicas trabajaban por voluntad propia, muchas empujadas por el hambre, otras por las ansias de conseguir una buena suma de manera más o menos rápida. Pero todas sabían que a algunos clientes, especialmente después de haber pagado una suma considerable en una puja, a veces se les iba la mano. Por eso, Addy y ella habían

decidido por su cuenta y riesgo intervenir para que nadie sufriera ningún daño. Las famosas pócimas de Addy podían tener muchos efectos, desde un incómodo dolor estomacal hasta somnolencia. Todos los hombres que ganaban las pujas acababan teniendo un sueño reparador que les hacía olvidar lo ocurrido y descansar como benditos. Su orgullo les impedía quejarse al respecto, creyendo que no habían tolerado la bebida, y levantándose tan cansados y resacosos que preferían pensar que había sido una noche memorable. El único inconveniente de aquello era que si Snake o su hijo llegaban a enterarse nadie sabía cuáles serían las consecuencias.

—¿Te encuentras bien, querida? —la voz sibilina de Viper la trajo de vuelta a la realidad. Él se inclinó hacia ella, y su aliento a tabaco le rozó la mejilla—. Parece que has visto a un fantasma. O quizás es que la mercancía de hoy no te convence. ¿Quieres que despidamos a alguna?

—La mercancía es aceptable. Aunque dudo que estos espectáculos te aporten tanto dinero como para seguir celebrándolos. —Wendy se mordió la lengua para no continuar pero ya había dicho más que suficiente—. Es humillante.

Viper soltó una risita seca, sus ojos fijos en la muchacha que ahora se soltaba el pelo con movimientos sugerentes en el centro del escenario

—Es maravilloso que tengas una opinión, lástima que no le importe a nadie. Soy yo quien cuenta las monedas. Y espero que tú no olvides a quién le debes este trono.

Wendy sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el miedo. Echó un vistazo a Adelaide, que fingía desinterés mientras jugueteaba con una copa de champán que apenas había tocado. Se preguntó cuántos frascos harían falta para acabar con un ser tan

repugnante como Viper. Pero ya sabía lo que se sentía al arrebatarle la vida a alguien por despreciable que fuera, y no lo repetiría.

Desde la barra, Reeve no había dejado de observarla. Él conocía esa mirada. Él sabía qué sombras cruzaban el rostro de Wendy cuando algo dolía demasiado y sabía que no estaba cómoda allí. El papel de la Emperatriz le encajaba como anillo al dedo, pero no era más que una coraza, un disfraz que no casaba con ella. Con una lentitud deliberada, Reeve dejó su vaso de whisky y se separó de la barra. No miró a la chica que estaba siendo subastada; sus ojos seguían clavados en Wendy, desafiantes, como si pudiera leer cada uno de sus oscuros pensamientos.

—¡Cien dólares por la pelirroja! —gritó un tipo desde el fondo, provocando una oleada de gritos de ánimo.

Viper hizo una mueca de desprecio.

—Esa chica vale al menos el doble. Emperatriz, dales algo que anime sus carteras. Recuérdales por qué vienen aquí, y de paso refresca tu memoria también.

Wendy se puso de pie y dio un paso adelante, sintiendo el peso de su apodo, y el corsé apretándole las costillas como una armadura. Su voz, clara y gélida, cortó el bullicio imponiéndose a la algarabía.

—La belleza es cara, señores. Pero lo que ofrece el Infierno es un lujo que pocos de ustedes pueden permitirse. ¿Quién da mil por el derecho a soñar esta noche con un verdadero ángel?

El silencio cayó sobre la sala, solo roto por el tintineo de los vasos y un murmullo apagado que pronto fue subiendo de intensidad. Reeve, que se había detenido al escucharla le dedicó una última mirada de censura. Ella vio cómo él le daba la espalda y salía del Infierno llevándose consigo el último rastro de aire limpio que quedaba en la sala.

—Vaya —susurró Viper al oído de Wendy, notando la dirección de su mirada—, parece que tu caballero andante no tiene estómago para la diversión. Mejor así. Los tipos con conciencia solo son un estorbo.

Wendy no respondió. Sus dedos se cerraron con tal fuerza sobre la barandilla de madera que las joyas de sus anillos se clavaron en su propia piel. Miró a su amiga, que sin necesidad de palabras entendió su petición. Adelaide asintió imperceptiblemente y abandonó su asiento para prepararlo todo. Aquellos hombres pagarían una suma desorbitada por alcanzar un sueño, aunque ninguno sospechaba que lo harían en el sentido más literal de la palabra. Viper mientras tanto, se reclinó en su asiento mirando satisfecho su obra, haciendo cálculos mentales de cuánto dinero llenaría sus arcas esa noche. Aunque el premio que anhelaba era otro bien distinto, y no pararía hasta conseguirlo.

13

Reeve espantó con desagrado un insecto que zumbó junto a su cara y lanzó una piedra al riachuelo de aguas cristalinas que serpenteaba entre los álamos. El sol de mediodía en Texas no tenía piedad a pesar de estar todavía en primavera. Caía sobre el paisaje, calentando los matorrales de salvia y haciendo que el aire vibrara sobre la tierra roja. Parecía la viva imagen del sosiego, pero sus sentidos estaban alerta, tan afinados como un violín. Cuando el crujido de una pisada sobre la hojarasca seca rompió el silencio, no se inmutó. No necesitó girarse para saber quién era; el aire se había vuelto de repente más dulce, cargado con ese rastro de flores que desafiaba la propia naturaleza.

Wendy se sentó en el suelo a su lado, en silencio, manteniendo una distancia prudencial. Ni siquiera sabía por qué sus pasos la habían llevado a buscar su rastro, recorriendo el camino hacia el riachuelo con la esperanza de encontrarlo. No lo miró, sus ojos color miel se perdieron en la corriente del río, siguiendo el baile de una rama que flotaba a la deriva.

—Eres un imprudente, Reeve —dijo ella al fin, incapaz de aguantar un segundo más su indiferencia—. Ni siquiera has tenido la precaución de girarte para saber quién se te acercaba. Cualquiera

podría haberte rebanado el pescuezo para robarte después de tu racha de suerte en el juego.

Reeve esbozó una sonrisa perezosa, y lanzó otra piedrecita al agua.

—Reconocería tu perfume con los ojos vendados en mitad de una estampida, Wendy. Sabía que eras tú antes de que hubieras avanzado un par de pasos.

Ella resopló, aunque una breve sonrisa apareció en su cara.

—Más motivo para ser precavido. Nadie en Heaven, y puede que en todo Texas, tiene tantas ganas de verte muerto como yo.

Reeve se giró hacia ella, calibrando sus palabras. La luz del sol bañaba el rostro de Wendy iluminando sus ojos. En ellos había recelo, pero no ese odio visceral que ella proclamaba. Aun así, una duda oscura le asaltó el pecho. ¿De verdad quería verle muerto? Ya había matado a un hombre años atrás. Si lo había hecho una vez, si había cruzado esa línea, ¿qué le impediría repetirlo con él? Se dio cuenta, con un peso en el estómago, de que ya no la conocía. La mujer que ayer presidía la subasta de una joven como si fuera ganado, incentivando a los hombres a pujar más alto, no era la niña que él recordaba.

Wendy cogió una brizna de hierba y empezó a mordisquearla con nerviosismo, un gesto cotidiano que lo transportó a una época en la que vivir era más sencillo.

—Es curioso —comentó Reeve, su voz ahora sonaba más seria que de costumbre— cómo algunas cosas simples no cambian a pesar de los años, y otras se vuelven irreconocibles.

—La vida nos cambia. No todos podemos permitirnos seguir siendo los mismos.

—Puede que sea cierto —concedió él, incorporándose para mirarla a los ojos—. Pero me pregunto qué clase de vida has llevado

para terminar formando parte de un espectáculo tan bochornoso como el de anoche. Ver a esas chicas expuestas como ganado no es propio de ti. No es propio de nadie que conserve un solo gramo de decencia en todo su ser.

Wendy soltó una carcajada sarcástica, cargada de hiel, dispuesta a sacar las garras como la leona en la que se había convertido.

—Vaya, un Brannigan con conciencia. Eres una *rara avis*, Reeve. Quizás estés en peligro de extinción y haya que protegerte en una vitrina.

Reeve se tensó. En eso ella había tenido razón, tenía conciencia después de todo, aunque eso no fuera lo que se esperaba de él.

Las palabras de su padre resonaron en su cabeza con un eco amargo.

«No tienes principios, no vales nada, eres un cobarde. Eres una sanguijuela sin honor».

Aquellas sentencias lo habían marcado a fuego, y habían fraguado su carácter desde muy joven. Se había rebelado contra su familia, especialmente contra su hermano Thatch, el esbirro de su padre, y contra su progenitor. Si eso era lo que se esperaba de él, lo convertiría en un arte. Sabía que su padre era de ideas fijas y no cambiaba de opinión fácilmente, no tenía sentido esforzarse para demostrarle que estaba equivocado. Si creía que era una sanguijuela, procuraría sacar el máximo partido a su posición. Si pensaba que era un holgazán y un sinvergüenza, sería el peor de todos los vividores del estado. Sin embargo, dentro de él había valores, aunque ningún Brannigan se hubiese molestado en enseñárselos. Había líneas que nunca cruzaría.

—Puedo ser un sinvergüenza, un jugador y un renegado —dijo él, con una voz gélida que anunciaba que hablaba en serio—, pero no participo en la vejación a una mujer. No hay nada bajo el sol, que

pueda obligarme a hacer algo así. Ni por vicio ni por dinero.

Wendy se puso de pie de un salto, estallando como una tormenta de verano. No podía soportar la idea de que Reeve pensase que ella era una depravada sin moral; a pesar de todo, aunque quisiese convencerse de que lo odiaba, le importaba lo que pensase de ella. La idea de decepcionarle pesaba demasiado y se maldijo por ello.

—¡No hables de lo que no alcanzas a entender! —gritó, apretando las manos en puños—. Esas mujeres aceptan la puja porque se llevan un porcentaje que no ganarían en un año entero de trabajo. No están obligadas. Es un negocio, y es seguro porque yo me encargo de protegerlas. ¡Bajo mi mando nadie les pone una mano encima si ellas no quieren!

Reeve se levantó también, acortando el espacio entre ellos hasta que sus sombras se fundieron sobre la tierra.

—¿Protección? No eres tan diferente de los Brannigan, Wendy. Usas el poder para maquillar la miseria. Esas mujeres no son libres de decidir, apostaría toda mi fortuna.

—No me compares con ellos. Los Brannigan coaccionan, asedian y asesinan para robar un puñado de tierras que otros han conseguido con sudor y esfuerzo. No son mejores que yo. Tú no eres mejor que yo.

—Yo no he robado ni asesinado a nadie, Wendy.

La frase cayó entre ellos como una losa y Reeve percibió que ella se quedaba sin respiración unos segundos. Vio la duda en sus ojos, pero era demasiado orgullosa para claudicar y dar una conversación por perdida. Después de todo él no tenía por qué saber lo que había ocurrido tras los muros de Heaven.

—Heaven es un mundo distinto a todo lo que conoces ahí fuera. Aquí las reglas son diferentes.

—Y supongo que ese tal Viper es el encargado de imponerlas. Ese tipo es lo más despreciable que he visto en mi vida. Me pregunto si hacéis tan buen tándem bajo las sábanas como en los negocios.

La insinuación alteró a Wendy de tal forma que lo sintió como si la hubiese golpeado de verdad. Su rostro palideció antes de encenderse con una furia que nunca antes le había visto.

—¡Eres un miserable! —gritó, encarándolo.

Alzó la mano para abofetearlo con todas sus fuerzas, pero Reeve fue más rápido. Le atrapó la muñeca en el aire, con una determinación que no admitía réplica, y tiró de ella hacia su pecho. El impacto la dejó sin aliento, al sentir su cuerpo en contacto con los músculos tensos y vibrantes de él.

—Suéltame... —sollozó, pero las palabras murieron en sus labios cuando Reeve la sujetó por la nuca y la besó.

No fue un beso de amor; fue un beso salvaje, intenso, una colisión provocada por años de resentimiento y deseo acumulado. Al principio, Wendy luchó, golpeando su pecho con los puños, pero el fuego que recorría su sangre era más fuerte que su orgullo. Sus dedos se abrieron y se aferraron a la camisa de Reeve, tirando de él con la misma desesperación con la que él la sujetaba. En aquel beso hambriento había mucha más verdad de la que jamás se atreverían a contar con palabras y se dijeron todo lo que no se atrevían a admitir. Se odiaban y se deseaban con la misma fuerza, y a pesar de todo el tiempo que habían estado separados y la sangre que se interponía entre ellos como una barrera, seguían siendo el único hogar seguro que conocían.

Wendy se sentía al borde de un precipicio, con la razón nublada por el calor de la piel de Reeve y el sabor de sus labios. Cada fibra de su ser le gritaba una sola palabra que ella prefería ignorar.

Peligro. Quería entregarse, quería que ese beso borrara los últimos trece años de su vida, aunque supiera que su corazón estaba a punto de resquebrajarse.

Se aferró al cuerpo de Reeve, notando cómo él gemía contra su boca, un sonido gutural que mezclaba el hambre con una desesperación que ella compartía. Al igual que ella, Reeve no quería rendirse; su orgullo era el último muro que le quedaba, pero los cimientos estaban cediendo. Apenas se reconocía a sí mismo. ¿Dónde estaba el hombre que se había vuelto mezquino, voluble y superficial para sobrevivir al peso de su propio apellido? Solo quedaba el eco del joven que amó a Wendy Jones con una intensidad tal que habría destrozado el mundo con sus manos por protegerla. Puede que esa fuese la única versión de él que fue real. Y sin embargo, el peso de su cobardía, el recuerdo de haberse quedado de brazos cruzados mientras ella lo perdía todo, era una espina clavada en su alma.

Guiada por una necesidad que quemaba, Wendy deslizó las manos por el cuello de él, acariciando el pecho firme y descendiendo con una determinación que hizo que a Reeve se le cortara la respiración. Cuando ella presionó su miembro a través de la tela del pantalón, arrancándole un nuevo gemido, la promesa de saciar el hambre insatisfecha de aquella noche en el pasillo del Infierno pareció finalmente al alcance de la mano.

Reeve la besó con ansias, devorando su boca hasta dejarla sin aliento. La idea de hacerle el amor allí mismo, sobre la hierba fresca y bajo el cielo infinito de Texas, le pareció tan inevitable como respirar, y creyó que sería la única oportunidad de rozar la gloria con las manos. Era lo único que quería; fundirse en ella y olvidar quiénes eran.

Pero entonces, como un jarro de agua helada, la desconfianza

volvió a filtrarse en sus pensamientos. Recordó dónde estaban. Recordó el juego y el vicio truculento que los rodeaba. Recordó a la Emperatriz impasible en la subasta, jaleando a los hombres para que vaciaran sus bolsillos. La duda lo golpeó con más fuerza esta vez, imposible de ignorar. ¿Era esta la mujer que amaba o una asesina avariciosa y despiadada que solo buscaba distraerlo para asestar el golpe final?

Con un movimiento brusco y casi violento, Reeve apartó la mano de Wendy. Se alejó de ella trastabillando un par de pasos, con el pecho subiendo y bajando desacompasado por su respiración. Sin mirarla, se agachó para recoger su sombrero, que yacía olvidado en el suelo.

Wendy se quedó allí, con los labios sensibilizados por el beso y el cabello revuelto, temblando por la súbita interrupción. La confusión en sus ojos color miel era desgarradora. Se sentía expuesta, vulnerable y, lo más doloroso, terriblemente pequeña e insignificante.

—¿Reeve? —su voz fue un hilo frágil.

Él se caló el sombrero, ocultando sus ojos tras el ala, y se sacudió el polvo de los pantalones con las manos aún temblando. La frialdad había transformado su rostro en una máscara de indiferencia que usaba como escudo contra el dolor que ella le provocaba.

—Esto ha sido un error, Wendy —sentenció con una voz que pretendía ser gélida pero que sonaba terriblemente cansada—. No sé quién eres ahora, y lo que es peor, no sé si quiero saberlo.

Ella lo miró sin comprender, con las manos aún entorpecidas por los nervios, buscando una explicación que él no estaba dispuesto a darle.

—Lo siento, Emperatriz —añadió Reeve, y el uso del título fue como una puñalada en el corazón para ella—. Yo tampoco estoy en

venta. Y hasta que no me muestres quién eres en realidad, lo mejor será que esto no se repita.

Se dio la vuelta sin esperar una respuesta, dejando que el sonido de sus pasos marcara la distancia entre ellos.

Wendy se quedó inmóvil, con la piel aún encendida y el corazón golpeando sus costillas con una violencia que ahora le resultaba mortificante. Se sentía como una estúpida. La reina de la estupidez, una emperatriz moldeada en barro que se había desmoronado ante el primer roce de un hombre que, por mucho que le pesara, seguía siendo un Brannigan.

Maldijo su corazón por traicionarla de forma tan vil, tan ridícula e infantil. Se había jurado a sí misma, años atrás, mientras limpiaba desesperada la sangre de sus manos tras aquel primer disparo, que alimentaría su orgullo hasta convertirlo en una armadura impenetrable. Se prometió que nunca más sería la joven cobarde y sumisa que aceptaba humillarse a cambio de unas migajas de cariño. Se había convertido en una mujer de hielo para que nadie pudiera volver a quemarla.

Y, sin embargo, le habían bastado un par de besos y una sonrisa pícara para olvidar la verdad más elemental. La sangre que corría por las venas de Reeve era la misma que corría por las venas del hombre que mató a sus padres. Era la misma estirpe de lobos que la había dejado huérfana y sola en un mundo de fieras.

—Eres patética, Wendy Jones —susurró para sí misma, con la voz rota por el desprecio—. Una perra en celo buscando calor en el mismo fuego que te carbonizó hasta los huesos.

Sintió una náusea repentina que la hizo abrazarse su estómago. Se imaginó a sus padres, retorciéndose en sus tumbas al verla sucumbir a algo tan mundano y carnal como el placer con el hijo de su verdugo. Se sentía sucia, no por el deseo en sí, sino por la

facilidad con la que su cuerpo había decidido perdonar lo que su mente y su corazón nunca olvidarían.

En un acto reflejo, se frotó las manos en la tela de su vestido como si así pudiera arrancar el rastro de la piel de Reeve. La vulnerabilidad que había mostrado entre sus brazos se transformó, en un parpadeo, en una rabia descarnada. Si Reeve quería saber quién era ella en realidad, lo descubriría muy pronto. Pero no sería en un plácido lugar como aquel, sino en el incendio que ella estaba dispuesta a provocar para salir de aquel infierno.

Caminó de regreso al pueblo con la cabeza alta, ignorando el sudor que empapaba su espalda bajo el vestido y el temblor de sus piernas. El tiempo de las caricias se había terminado. Ahora, solo quedaba la venganza.

14

El viento seco y caprichoso, levantó un remolino de polvo frente a Reeve, una columna danzante que parecía advertirle que el terreno que pisaba estaba a punto de desmoronarse. Lo consideró un presagio, aunque no sabía si de buena fortuna o de destrucción. Siempre había creído en la intuición y en las señales, pero estaba tan perdido que no se atrevía a tratar de descifrar lo que el universo intentaba mostrarle.

Por un instante, la idea de montar, espolear a su caballo y no mirar atrás le pareció la única salida cuerda. Podía fingir que no había encontrado a Wendy, que la Emperatriz era solo un espejismo envuelto en seda y joyas de dudosa autenticidad. Como ella. Pero Heaven no dejaba marchar a nadie tan fácilmente. Se bajó del caballo y al mirar en sus alforjas encontró un papel que ya había olvidado allí. Se trataba del documento que había redactado para Wyatt, que lo acreditaba como su heredero y que cedía su parte de las tierras a quien lo poseyera. Lo dobló y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta, amonestándose por ser tan descuidado como para dejar ese documento al alcance de cualquiera.

Cuando llegó a la pensión, el silencio del pasillo le pareció antinatural. La puerta de su habitación estaba entreabierta, y un

escalofrío le recorrió la espalda. Quizá había llegado el momento de despedirse de este mundo y lo había hecho sin saborear el cuerpo de Wendy Jones. Un fallo imperdonable. Reeve dirigió la mano en un acto instintivo hacia su cinturón, buscando su arma y maldijo la estúpida norma de no llevar armas en Heaven. Empujó la puerta con la puntera de su bota y el chirrido sonó como un escandaloso lamento en el pasillo desierto. Avanzó unos pasos y entró con cautela en la estancia.

Adelaide estaba allí, sentada con insolencia en la única silla de la habitación, recortada contra la luz cálida de la ventana. La mujer le dedicó una sonrisa felina que no llegó a sus ojos y Reeve la recorrió con la mirada. Era indiscutiblemente atractiva, un animal nocturno a plena luz del día envuelto en seda azul, pero en su interior no se movió ni una fibra que le hiciera desearla. Después de Wendy, conquistar a cualquier otra mujer le parecía un esfuerzo innecesario, aunque sabía que aquella concretamente no estaba allí para seducirle.

Adelaide se puso en pie con la elegancia de una gata y se acercó a él hasta que su perfume empalagoso estuvo a punto de hacerle arrugar la nariz. Lo observó como si estuviera a punto de devorarlo hasta los huesos y solo le faltó relamerse como un gatito frente un tazón de leche. Aquel ritual, lejos de excitarlo le resultó chabacano y excesivo, como todo en el maldito Infierno. Ella extendió un dedo y acarició con una lentitud sugerente su mejilla sin afeitar. Luego chasqueó la lengua y soltó una carcajada provocativa.

—No me extraña que la Emperatriz pierda la cabeza por ti, vaquero —ronroneó ella, deslizando el índice por la hilera de botones de su camisa—. Tienes ese aire de hombre peligroso y astuto que atesora corazones rotos y leyes quebrantadas.

Se inclinó para besarlo, pero Reeve movió la cabeza sutilmente,

lo justo para que el beso muriera antes de nacer. No pudo evitar reírse por dentro ante aquella ironía; era el colmo de la desgracia tener que rechazar a las dos mujeres más deseadas del territorio en menos de una hora. Pero solo haberse privado de entregarse a Wendy le escocía en el alma.

—¿Qué haces en mi habitación, Adelaide? —preguntó él, con voz grave, intentando no resultar ofensivo ante lo imprevisible que resultaba la situación.

—Sé quién eres, Reeve Brannigan.

Adelaide se alejó un par de pasos y abrió la mano con lentitud para mostrarle lo que ocultaba. En el centro de su palma brillaba la moneda de oro con la que él había pagado su entrada a aquel círculo privado de vicio y falso lujo.

—Supongo que eres un enviado de ese caza recompensas con el que hablé. Bien, es hora de hacer tu trabajo.

Reeve se tensó, y una oleada de hiel subió hasta su garganta.

—¿Y por qué querrías traicionar a la Emperatriz? Eres su sombra. Su amiga. Os he observado, parecéis muy unidas.

—Solo intento restaurar el orden natural de las cosas. —Se encogió de hombros con un gesto que le resultaría encantador a cualquiera excepto a él—. Yo estaba destinada a ser la Emperatriz —estalló Adelaide, intentando controlar su voz que ahora temblaba de rabia—. Hasta que ella llegó con su mirada tímida y su soledad. Metió la pata, asesinó a aquel hombre. Snake, que siempre fue un viejo débil y sentimental, se sintió culpable por dejarla en manos de ese malnacido. La premió dándole mi lugar para redimir su conciencia.

—Dudo que Wendy se aferre a ese trono de mentira por avaricia. Seguro que entiende tus pretensiones.

—No es tan sencillo. Basta con que alguien quiera ocupar tu

lugar para que te aferres a él con uñas y dientes. Estoy segura de que si viera su posición en peligro, esa pequeña y dulce arpía cambiaría de opinión respecto a Viper. No me arriesgaré a… —Adelaide guardó silencio al darse cuenta de que estaba revelando demasiado. Sonrió y jugueteó con sus bucles rubios fingiendo inocencia—. Solo aspiro a ser una buena ciudadana y ayudar a que pague por su crimen. No quiero hacerle daño, pero la justicia debe encargarse de ella.

Reeve sintió un asco profundo e irracional y deseó romper su estilizado cuello con sus propias manos, pero no se atrevió a juzgarla. Él mismo estaba en Heaven por razones igual de turbias.

—Vaya, qué decisión tan noble y altruista. —Su sonrisa sarcástica no engañó a Adelaide ni un segundo, y ella se puso en guardia de inmediato—. ¿Y piensas hacer lo mismo con todos los asesinos, ladrones y depravados que pisan Heaven? Porque si es así, vas a quedarte muy sola en ese club, majestad.

Adelaide soltó una carcajada que sonó demasiado alta y agitó la mano como si estuviera espantando una mosca.

—No soy Dios, Brannigan. Él se encargará de hacer ese trabajo. Solo soy una mujer que reclama lo que es suyo. Tengo que pensar en mi jubilación.

Antes de irse, volvió a acercarse de manera sugerente a él. Reeve permaneció inmóvil conteniendo la sensación de rechazo que le producía a pesar de su belleza fría. Había esperado que volviera a intentar besarlo, pero esta vez sintió una presión fría y metálica contra su estómago. Al bajar la vista, vio el brillo del acero de una pistola apretando su abdomen.

—Tu arma —aclaró ella, devolviéndole la pistola que le habían requisado al entrar en el pueblo—. Te la devuelvo para que puedas actuar como es debido cuando llegue el momento. Nunca se sabe.

Se encaminó hacia la puerta, pero antes de salir, se giró con una mirada cargada de veneno y mezquindad. Reeve había conocido a mucha gente en su vida y sabía distinguir cuándo una persona no tenía alma, y este era el caso de Adelaide.

—Casi me olvido de lo más importante. Esta noche va a ser especial en el Infierno. Lleva todo lo que tengas para pujar. Vamos a subastar al ángel más valioso de todos, el ángel caído en desgracia. Va a ser una noche muy emocionante.

La puerta se cerró tras ella, dejando a Reeve con el peso del arma en la mano y un frío en la sangre que ni el sol de Texas podría calentar.

La habitación de Snake estaba invadida por el olor acre e inconfundible de la medicina y a la muerte que ya se instalaba en los pulmones del anciano. Era cuestión de horas. Wendy le dio un rápido beso en la frente, se enjugó las lágrimas y abandonó el dormitorio del anciano con el corazón en un puño. Ver al hombre poderoso que la había protegido reducido a un bulto inerte que luchaba por cada bocanada de aire le confirmó que su mundo de cristal se había roto.

Pero no había sido la enfermedad de Snake lo que había abierto la primera grieta. Había sido Reeve. Él había sido la chispa que había prendido la mecha definitiva en el polvorín. Su desprecio, sus besos salvajes y su rechazo final habían hecho que la piel de la Emperatriz se le quedara pequeña, hasta resultar asfixiante. En realidad, bastaba su mera presencia para que nada fuese como antes. Ya no podía fingir. La máscara de mármol se le caía a pedazos, dejando al descubierto a la Wendy que solo quería huir y olvidar. Volvió al que hasta ese momento era su hogar, cabizbaja, sintiéndose huérfana por segunda vez.

Se detuvo un momento, apoyando la frente contra la pared del

corredor. Sus pensamientos, traicioneros, volaron hacia atrás, a los años de frío y hambre antes de llegar a Heaven. Recordó cómo había huido de las cenizas de Sabine Cross, con el alma rota y nada más que el nombre de sus padres y una foto un poco quemada en el borde como herencia.

Había intentado ser honrada. Dios sabía que lo había intentado. Recordó la extenuación que sentía limpiando las cuadras en aquel rancho cerca de la frontera; el olor a estiércol impregnado en su ropa y el dolor de espalda eran preferibles a lo que vendría después. Pero su propia belleza había sido su maldición. La esposa del ranchero, una mujer buena pero temerosa, no había necesitado demasiado tiempo para ver cómo los peones del rancho, y su propio marido, seguían el movimiento de las caderas de Wendy con ojos lascivos.

«Eres demasiado exuberante para tu propio bien, muchacha», le había dicho al entregarle un mes de sueldo como acto de buena fe y señalarle con la cabeza el camino de salida.

Luego vinieron las largas caminatas, intentando ocultarse todo lo posible para no llamar la atención, y los viajes en carromato hacinada con los animales o la mercancía hasta llegar a las cantinas de los asentamientos más al norte. Lugares sin ley donde el serrín del suelo estaba mezclado con orines y cerveza amarga, y en algunas ocasiones incluso con sangre. Allí, bajo el humo y el ruido, Wendy aprendió que un rostro bonito en una mujer sola era una invitación abierta a la crueldad. Había aprendido a camuflarse cubriéndose de la misma suciedad que el resto, y disimulando su cuerpo todo lo posible, y aun así raro era el día en que algún tipejo no intentaba tomarse libertades, confundiendo su servicio de camarera con una vía libre para tomar lo que se le antojaba. Había tenido que aprender a ser fuerte y cruel para sobrevivir y

mantenerlos a raya. Ser mujer en un mundo como ese era una verdadera condena y muchas veces pensó que no había solución posible más que desaparecer.

Para cuando Snake la encontró, Wendy ya no era una mujer, sino un fantasma, una mancha borrosa que había olvidado su humanidad. Llevaba días malviviendo de limosnas, envuelta en una manta raída bajo la lluvia gélida de un invierno que se le antojaba eterno. Absurdamente creía que nunca más vería el sol. Había estado a punto de rendirse, de dejar que el frío terminara el trabajo que la vida y la mala suerte habían empezado.

—No te ofrezco el cielo, niña —le había dicho Snake aquella noche mientras le ofrecía un vaso de ron y un plato de estofado que le supo a gloria—. Te ofrezco un techo, comida caliente y un trabajo donde nadie te obligará a hacer nada que no quieras. A cambio, solo quiero tu lealtad.

Ella había aceptado, esperando otra trampa, asumiendo que el mundo no era más que un lodazal cargado de veneno y penurias. Pero Snake cumplió con su palabra. En Heaven, Wendy descubrió un orden extraño y jerarquizado donde nada escapaba del control de sus dueños, y donde tenía la posibilidad de encajar siempre y cuando aceptara las normas. El viejo la puso a limpiar la pensión primero, y luego decidió que podía hacer un buen trabajo como camarera en su local más importante. El Infierno era el alma de Heaven, y ella no merecía ocultarse detrás de cubos de lejía y paños polvorientos.

Snake tenía una regla de oro que nadie se atrevía a contradecir si sabía lo que le convenía: en su club, y en el resto de Heaven, las mujeres eran sagradas a menos que ellas mismas decidieran ponerle precio a su compañía por sumas que hacían palidecer a los hombres más generosos. Wendy nunca cruzó esa línea. Ella se convirtió en lo

inalcanzable, en la elegancia, en la Emperatriz que gestionaba el caos, aunque para ello tuviese que pasar una dura prueba.. En cualquier caso, ya no importaba cómo había llegado hasta allí.

Por muy depravado que fuera aquel lugar, por muchas sombras que ocultaran sus paredes tapizadas y decoradas en exceso, Wendy le debía la vida a ese anciano que ahora se apagaba. Él le había dado un hogar cuando el mundo entero le había cerrado las puertas en la cara.

15

Cuando entró en sus habitaciones privadas, Wendy sintió que un escalofrío le recorría la nuca. La habitación, siempre impecable, parecía revuelta. Algunos cajones no estaban bien cerrados y varias prendas de su ropa interior yacían esparcidas sobre su cama. Corrió hacia la mesilla de noche para asegurarse de que su bien más preciado, el retrato de sus padres estaba en su lugar. Wendy sollozó, con un nudo de angustia en la garganta, cuando lo encontró y lo llevó junto a su corazón. Justo cuando sus dedos temblorosos iban a devolverlo a su lugar escuchó el sonido de la puerta al cerrarse.

Se giró con la rapidez de un animal acorralado que había bajado sus defensas. Ya era demasiado tarde. Viper estaba allí, apoyado contra la madera, con una sonrisa que no era más que una mueca malvada en su rostro bronceado.

—Parece que alguien ha estado buscando algo, Emperatriz —dijo, avanzando con una lentitud tortuosa. Sus ojos se desviaron hacia las prendas sencillas que había sobre la cama sin disimular su lascivia y Wendy no pudo contener el asco que le producía que hubiese tocado sus cosas—. Pero ya no hay nada que esconder. El viejo se muere y tus privilegios se entierran con él.

Viper alargó la mano para tocarla y Wendy retrocedió hasta que

su espalda chocó contra la pared.

—Sal de aquí, Viper. Snake aún respira. Y aun así, no te pertenezco, no puedes obligarme a que obedezca tus deseos.

—Snake ya es historia —masculló, acortando la distancia que los separaba hasta que Wendy pudo oler el alcohol en su aliento—. Ha costado mucho dinero mantenerte en este pedestal. Joyas, sedas, protección, un techo bajo el que cobijarte… Es hora de que pagues la deuda y voy a encargarme de que lo hagas con intereses. Pero no te hagas la dura, sé que en el fondo tú lo deseas tanto como yo.

Antes de que Wendy pudiera reaccionar, Viper se lanzó sobre ella. La atrapó contra la pared y la besó sin miramientos. Fue un asalto carente de cualquier rastro de deseo real; era puro ejercicio de poder y dominación. Solo quería someterla, imponerse. Era el acto de un hombre rencoroso y acomplejado, sin un mínimo de decencia. Viper era un bloque de músculos fuertes y ella sabía que no era rival para él.

—¡Suéltame! —logró gritar mientras le empujaba.

Wendy sentía que le faltaba el aire, el pánico empezaba a anular sus movimientos, pero su mano derecha, tanteando a ciegas entre los objetos que había sobre la mesilla, rozó algo frío y dentado. Era la peineta de plata en forma de corona, el regalo que Snake le había hecho al otorgarle el poder sobre el club.

Con un grito de rabia nacida del instinto, arañó con las púas de la peineta el cuello de Viper. El metal rasgó la carne, pero no era lo bastante punzante para hundirse en la yugular. Viper gruñó como un animal herido y se apartó, llevándose la mano a la herida que empezaba a manchar su camisa de sangre.

En ese segundo de silencio y confusión, Wendy se dio cuenta con horror de que la vida la había puesto de nuevo en la misma posición: a punto de convertirse en asesina para salvarse de la

degradación, porque sabía que lo hubiera vuelto a hacer.

—Maldita gata… —Viper se miró la mano ensangrentada. Su expresión pasó del dolor a la rabia en un instante.

Sin previo aviso, le cruzó la cara con un bofetón tan seco que el sonido resonó en toda la estancia. El dolor fue cegador, una explosión de luces blancas u un pitido en los oídos que la dejaron aturdida unos segundos.

—De acuerdo —aceptó Viper, limpiándose el cuello con desprecio —. Lo entiendo. Te crees demasiado buena para mí.

Se pasó la mano por el pelo y se ajustó el chaleco, mirándola desde arriba como si fuera un insecto insignificante.

—No eres mejor que la ramera más barata del territorio, Wendy Jones. Y no voy a caer tan bajo como para acostarme contigo. No me llegas a la suela del zapato.

Hizo una pausa, disfrutando del dolor que empezaba a asomar en los ojos de ella.

—Pero sí lo hará el tipejo que consiga pagar por ti esta noche. Vas a ser subastada, Emperatriz. Delante de todos tus súbditos. Delante de ese niñato que correrá a esconderse bajo los faldones de su padre si alguien se atreve a despeinarlo.

Las palabras de perdón y lo ruegos bailaron en la lengua de Wendy unos segundos, pero su orgullo, ese último jirón de dignidad que le quedaba, se las hizo tragar. Sabía que las súplicas solo alimentarían el ego enfermo de Viper. Disfrutaba pisando a los demás y ella no iba a ser una excepción.

—No te atreverás.

—Está decidido. O accedes o yo mismo te entregaré a ese juez que tanto ansía poner una soga alrededor de tu cuello —continuó él, caminando hacia la puerta—. Después de la puja decidiré qué hacer contigo. Puede que te venda para que limpies establos de nuevo.

Prepárate y ponte guapa. No decepciones a tu público.

La puerta se cerró tras él y Wendy se dejó caer hasta el suelo, abrazándose a sí misma, temblando de forma incontrolable. La mejilla le latía con fuerza y el sabor a sangre en su boca le recordaba que su vida había vuelto a cambiar de manera radical en un abrir y cerrar de ojos. De la cima del mundo al abismo más oscuro, inmersa en un bucle del que no podía escapar. Y esta vez, no tenía una Derringer en la liga, ni a un Snake para salvarla.

16

Los dedos ágiles de Adelaide ajustaron el corsé con una fuerza que obligó a Wendy a mantener la espalda erguida, resaltando su busto en una invitación frívola que contrastaba con la gélida expresión de su rostro. El silencio en la habitación era tan denso que los cordones al apretarse y el roce de la seda verde cayendo sobre la piel de Wendy sonaba como un susurro ensordecedor. Adelaide se movía con una eficiencia conseguida con los años de experiencia, e incluso se le escapó un tarareo, concentrada en su labor a pesar de la gravedad del momento.

A través del espejo, Wendy observaba a su amiga. No había temblor en sus manos, ni rastro de las lágrimas que Wendy habría esperado de su única confidente. Finalmente, Adelaide extrajo del bolsillo de su falda el pequeño frasco de cristal. Sus paredes talladas atraparon la luz de las velas, lanzando destellos ámbar sobre sus manos.

—Tómalo —susurró Adelaide, depositándolo en la palma de Wendy con una sonrisa de aliento—. Tu seguro de vida.

Wendy levantó el frasco, observando el líquido a contraluz. Su mente, sin embargo, no podía pensar en la composición de la fórmula que siempre le había intrigado, sino en las piezas de un

rompecabezas que empezaban a encajar con una precisión terrorífica.

—Addy... —su voz sonó baja, seca—. ¿Este frasco contiene la misma pócima que usé con el hijo del juez Holloway?

La habitación pareció enfriarse de golpe. Adelaide se puso tensa, sus hombros se elevaron apenas unos milímetros y el tarareo cesó bruscamente. Nunca habían hablado abiertamente de aquella noche, ni de la sucesión de hechos nefastos ni del cadáver del hijo del juez, el hombre que Wendy no tuvo más remedio que matar. Las gotas que vertió en su copa no solo habían sido incapaces de adormilarlo lo suficiente para que resultase inofensivo, sino que lo habían vuelto violento. Se había vuelto loco, y Wendy estaba segura de que si no hubiese apretado el gatillo, el cadáver que habrían arrojado al río para que la corriente lo arrastrara habría sido el suyo. Por desgracia el muerto atesoraba en su bolsillo una de las monedas que servían como salvoconducto para entrar en Heaven, y alguien dio el chivatazo de lo que había ocurrido en cuanto comenzaron las preguntas. Ni siquiera aquel lugar estaba a salvo de la verdad. Wendy quiso entregarse pero Snake se negó en redondo, y se esforzó al máximo para protegerla, concediéndole más poder. El poder otorgaba privilegios. Esas fueron siempre sus palabras, aunque a Wendy siempre le habían pesado demasiado las obligaciones.

—Es la fórmula de siempre —respondió Adelaide, recuperando su fachada frívola con un esfuerzo visible—. Tú tranquila. El cerdo que consiga la puja más alta esta noche no podrá hacer otra cosa más que mearse encima antes de tocarte.

Adelaide soltó una risita nerviosa, pero la mirada inquisitiva de Wendy no varió ni un ápice. En ese instante, recordó que Adelaide había sido la destinada al trono antes de su llegada. Recordó que su

amiga le había entregado una pistola esa misma tarde por protección… ¿o era para asegurarse de que Wendy tuviera un arma en la mano cuando el ganador de la puja perdiese el control?

—¿Por qué aquella noche no funcionó, Addy? —preguntó Wendy, sin inmutarse, clavando sus ojos miel en los de su amiga a través de su reflejo. A simple vista parecía una pregunta hecha al aire, pero su mirada inquisitiva le indicó que esperaba una respuesta.

Adelaide tragó saliva. Su sonrisa sumisa era ahora una mueca forzada que amenazaba con resquebrajarse.

—Todavía me lo pregunto, cielo —mintió Adelaide, desviando la vista hacia los bucles de Wendy, comenzando a cepillarlos con brío —. Me siento culpable cada día por ese error. Tal vez el calor afectó a las hierbas o yo me confundí al mezclarlas.

Wendy no la creyó. La certeza de la traición le recorrió la espina dorsal como un escalofrío, pero no permitió que su rostro lo reflejara. Si su supuesta amiga era una víbora, ella tendría que ser el encantador de serpientes, al menos esa noche. Guardó el frasco en el pequeño bolsillo oculto de su falda verde y se puso en pie.

No había rastro de la mujer que había llorado junto al río o de la que había sido golpeada por Viper. Se ajustó los guantes de encaje, se colocó la peineta de plata y se miró una última vez sabiendo que habría un antes y un después de esa noche.

—Es la hora —sentenció la Emperatriz.

Salió de la habitación caminando con la cabeza alta y la dignidad intacta, como una reina que se dirige a su propia ejecución, resignada pero invencible. Cruzó el pasillo hacia el salón principal, donde el murmullo de cientos de hombres hambrientos la esperaba. Era la Emperatriz, era la diosa y aunque el Infierno la reclamara, no pensaba arder sin llevarse a alguien con ella. Aunque si pudiera se marcharía de allí sin mirar atrás, dejando que aquellos seres sin

escrúpulos se consumieran en su propia bilis.

En el comedor de la pensión el ruido de cubiertos y voces rudas llenaba el aire, pero para Reeve, el mundo se había vuelto extrañamente silencioso. El estofado y las alubias que Clementine le había servido con su habitual sonrisa vacía a pesar de que olían de maravilla, le supieron a fango. Cada bocado se le atascaba en la garganta, recordándole que el hambre del cuerpo no era nada comparada con la voracidad de sus pensamientos oscuros.

Había intentado dormir esa tarde, cerrar los ojos y escapar de la imagen de Wendy junto al río, pero el descanso le resultó imposible. Se había levantado una docena de veces para asomarse a la ventana, escrutando la calle polvorienta en busca de un rastro de ella, de un movimiento de su falda o del brillo de su cabello bajo el sol o a través de alguna ventana. Ahora que el anochecer se había adueñado de los rincones y las sombras alargadas se cernían sobre Heaven, lo único que podía ver eran las luces del Infierno encendiéndose una a una. Desde su ventana, el club parecía un monstruo rojo despertando de su letargo, un ser provisto de mil ojos de cristal que reclamaba su trono como señor de la noche.

Un mal presagio, denso como la brea, se instaló en su pecho y se dio cuenta de que le temblaban las manos.

En las mesas contiguas, los clientes parecían más excitados que de costumbre. Compartían chismes entre susurros y risas roncas, con una expectación que erizaba el vello de la nuca de Reeve.

Clementine se acercó a su mesa para retirar el plato que apenas había tocado.

—¿No le gusta mi estofado, señor Brannigan? —se interesó la mujer, aunque sus ojos no mostraban ofensa, sino preocupación.

—No es la comida, señora Clementine. Es el estómago —

respondió él, apurando su tercera copa de vino—. Parece que tengo un gato arañándome las tripas.

—Ya veo, y pretende ahogarlo con un poco de vino tinto. ¿Quiere un poco de pastel de manzana? Está recién salido del horno.

Reeve hizo un gesto negativo con la mano, rechazando la oferta con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Dígame una cosa, ¿qué es lo que tiene a todo el mundo tan revuelto esta noche? Parece que esperasen la llegada del mismísimo diablo.

Clementine se inclinó hacia él, bajando la voz mientras un brillo morboso cruzaba su mirada cansada.

—¿No se ha enterado? Dicen que esta noche habrá una puja especial en el Infierno. Una que no se repetirá en la vida. Todo el mundo quiere estar allí para verlo.

Reeve sintió que el ardor del vino se le congelaba en las venas.

—¿Qué tiene de especial? —preguntó, aunque en su mente ya resonaban las palabras de advertencia de Adelaide.

—Dicen que el ángel que ofrecerá sus alas esta noche… —Clementine hizo una pausa dramática para secarse las manos en el delantal— es la mismísima Emperatriz. Sin duda, algún hombre afortunado y muy rico tocará el cielo con las manos antes del amanecer.

Todo se volvió oscuro alrededor de Reeve. El ruido del comedor se transformó en un zumbido sordo en sus oídos. La traición de Adelaide no era solo una jugada astuta para obtener poder; era una ejecución pública. Wendy no solo iba a perder su posición, iba a ser entregada a los lobos en la misma tarima que ella presidía.

Se puso en pie con tal brusquedad que la silla chirrió contra el suelo, llamando la atención de los presentes. No dijo nada. No necesitaba hacerlo. La pistola que Adelaide le había devuelto pesaba

en su cinturón como un ancla, y el dinero que había escondido bajo el colchón de su cuarto ahora tenía un propósito mucho más definido.

Salió de la pensión a grandes zancadas, confundiéndose por culpa de su atuendo con las sombras de Heaven, derecho hacia el Infierno. Y nunca le había parecido que esa afirmación fuese más literal que aquella noche.

El estruendo del salón era una marea de excitación, alcohol y el olor asfixiante de la codicia. Cuando las puertas se abrieron frente a ella, Wendy sintió el aire denso golpearla como una bofetada. Caminó hacia la tarima central, rodeada por un pasillo humano de hombres que la devoraban con la mirada, susurrando cifras y obscenidades que ella intentaba bloquear para que no llegaran a afectarla. Fingió que no iban dirigidas a ella pero cuando uno de los hombres se aferró al bajo de su falda al pasar junto a él, el instinto actuó rápido. La patada de Wendy fue directa al antebrazo del tipo que se encogió aullando de dolor y gritando que se lo había partido en dos. Ella respiró hondo y cuadró los hombros en toda su magnificencia, mientras el resto de clientes la vitoreaban, extasiados por aquel espectáculo bizarro.

Viper la observaba sentado en el trono que ella había ocupado hasta esa noche, con las piernas separadas y una mano apoyada en la culata de su revólver. Su sonrisa era la de un hombre que finalmente ha logrado cazar a una presa escurridiza. Estaba satisfecho, radiante, lleno de una malicia que le hacía brillar los ojos bajo la luz de las lámparas.

Sin embargo, fue al subir el primer escalón cuando Wendy sintió el verdadero golpe. Con una parsimonia insultante, Addy se sentó junto a Viper, y se inclinó hacia él para hablarle de manera

sugerente al oído. Después se acomodó en su asiento y le dedicó a Wendy una mirada de una frialdad absoluta.

La revelación la golpeó con la fuerza de un rayo sin necesidad de más respuestas. Y aunque no tenía pruebas, tampoco albergaba duda alguna de que su caída en desgracia había sido orquestada por la mujer que dormía en la habitación de al lado. Adelaide no era la segunda al mando, era la persona que había conseguido su ruina.

Wendy se detuvo en mitad de la tarima. Uno de los hombres de Viper ya gritaba, agitando a los clientes que vitoreaban entusiasmados, apiñados a sus pies.

—¡Miren este ejemplar! ¡La Emperatriz de Heaven! ¿Quién sabe cuánto vale la joya de la corona?

Wendy metió la mano en el bolsillo oculto de su falda de seda verde. Sus dedos se cerraron sobre el frasquito de cristal. Lentamente, lo sacó a la luz. Adelaide se tensó en su asiento con los ojos fijos en el pequeño objeto. Wendy levantó la mano para mostrándolo no a la multitud, sino a la persona que la había traicionado. Sus miradas se enredaron, una cargada de un desprecio gélido, la otra de una culpa que rápidamente se desvaneció transformándose en rencor.

Los dedos de Wendy se abrieron poco a poco, ajena al ruido que la rodeaba. El frasco cayó y estalló en mil pedazos contra la madera de la tarima derramando su contenido. El líquido se mezcló con el serrín y el polvo, rompiéndose, exactamente igual que las últimas esperanzas de Wendy. Era su forma de decirle a Adelaide que ya no caería en sus trampas, que prefería enfrentarse a los lobos antes que aceptar la falsa piedad de una víbora.

—¡Cien dólares! —rugió un hombre desde la multitud.

Fue en ese preciso instante de caos cuando la puerta principal se abrió de nuevo. Reeve entró en el *saloon* y la multitud pareció

apartarse de forma espontánea para permitirle el paso. Se quedó petrificado contemplando lo que parecía la peor pesadilla de su vida. De pie en la tarima como una mártir envuelta en seda, Wendy lo miraba con una mezcla de desesperación y vergüenza, mientras Viper y Adelaide bebían y reían ajenos a la atrocidad que suponía aquello.

Reeve se acercó hasta la tarima apartando a empujones a todo aquel que osase interponerse en su camino, con una determinación violenta que llamó la atención del tipo que seguía organizando las pujas en medio del caos. Los hombres gritaban subiendo de cincuenta en cincuenta, algunos de cien en cien, pero él no los escuchaba. Entre aquel enjambre podía oir el corazón de Wendy latiendo desbocado mientras sus ojos permanecían fijos en los suyos.

—Mil dólares. —La voz de Reeve cortó el aire como un disparo, fría y cargada de una furia que acalló un instante el alboroto, que se reanudó de inmediato entre vítores y burlas.

—Mil cien —chilló un hombrecillo que apenas le llegaba a Reeve a la altura del pecho. Abrió la bolsa que llevaba en la mano y mostró las monedas de oro, para que nadie tuviera dudas de que iba en serio.

Desde su asiento dorado, Viper soltó una carcajada ronca, entusiasmado con aquella situación que no era más que un juego para él.

—¡Subo veinte dólares y catorce centavos! —gritó un tipo sudoroso que acababa de colocarse junto a Reeve, temiendo que le arrebatase el premio.

El mundo de Reeve pareció encogerse hasta que solo quedaron ellos dos. Wendy, desde lo alto, lo miraba con una intensidad que le quemaba el alma. A pesar de la manada de lobos hambrientos que

los asediaban, sus ojos se encontraron en un pacto silencioso y él intentó transmitirle la paz y la seguridad que para él mismo no encontraba.

«No te dejaré. Aunque nos destrocen a mordiscos, no te dejaré».

17

Como si ella le hubiese leído el pensamiento, bajó la vista y negó despacio, sabiendo que no podía hacer nada por ayudarla.

Reeve hundió la mano en su bolsillo, buscando desesperadamente. Sus dedos rozaron la esmeralda, pero supo al instante que, en un mercado de carne como aquel, una piedra preciosa era un pago insignificante. Necesitaba algo incontestable y contundente. Algo que ni Viper ni ninguno de los presentes pudiera rechazar.

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo el papel doblado, amarillento y algo manchado que había atesorado desde que salió de Apricot Valley. Eran los documentos que cedían la parte de las tierras que le pertenecían a Reeve a la persona que figurase en aquel contrato. Mil acres de tierras fértiles, pasto y agua en el mejor valle de Texas.

—¡Mil dolares y convertirse en mi heredero! —rugió Reeve, agitando el documento en alto.

El salón enmudeció. En aquellos tiempos, después de una guerra intensa, la tierra lo era todo. Aquellas escrituras valían más que todo el oro que circulaba por Heaven. Era su herencia, su futuro y la única forma de echar raíces y convertirse en un hombre de

provecho. Estaba apostando su vida entera por una mujer que, apenas unas horas antes, le había dicho que lo quería ver muerto.

Viper abandonó su lugar para acercarse hasta ellos y le arrebató el papel de la mano con brusquedad. El encargado de la puja se acercó también, ajustándose las gafas, y leyó el documento con manos temblorosas. Tras unos segundos que parecieron siglos, el hombre asintió hacia Viper.

—Es un documento legítimo —susurró el encargado, y su voz llegó a cada rincón de la sala—. Mil dólares en efectivo y las tierras. Es la puja más alta en la historia de Heaven.

Viper miró a Wendy, mostrando una retorcida satisfacción al ver cómo ese hombre se arruinaba por ella. Sujetó la muñeca de Reeve con fuerza y la alzó sobre su cabeza con un gesto brusco anunciando el ganador.

—¡Vendida! —gritó Viper, con una carcajada—. ¡Vendida al desgraciado de Reeve Brannigan!

Reeve no esperó a que lo invitaran. Subió los escalones de dos en dos, apartando a Viper con el hombro. Se plantó frente a Wendy y, sin importarle la presencia de Adelaide en el trono ni los gritos eufóricos de la multitud, la tomó por la cintura. Sus manos, fuertes y firmes, le recordaron que ya no estaba sola en el Infierno.

—Vámonos de aquí, Wendy —susurró él, fingiendo que estaba ansioso por cobrarse su premio.

Ella se aferró a su brazo, hundiendo los dedos en la tela de su chaqueta. La Emperatriz había muerto, pero por primera vez en años, Wendy Jones se sentía capaz de respirar.

—No tan rápido, vaquero. —Viper se movió para cortarle el paso.

Wendy se estremeció al verlos uno frente a otro, los dos enormes e intimidantes, aunque teniendo en cuenta que Viper siempre jugaba sucio y que no tenía escrúpulos, la balanza siempre

se inclinaría a su favor en un enfrentamiento.

—He ganado y quiero mi premio —se justificó con una sonrisa peligrosa, aferrando la mano de Wendy con fuerza, dejando claro que no se marcharía sin ella.

—Verás, el premio consiste en pasar una noche con ella. Aquí, en nuestras instalaciones. En el Infierno cuidamos muy bien de nuestras chicas y no podemos arriesgarnos a que cualquiera pueda hacerles daño lejos de nuestra protección. —Viper sonrió de manera triunfal al ver que la mandíbula de Reese se tensaba—. Son normas de la casa, no es nada personal. Como muestra de agradecimiento ante tan generosa suma, os prestaremos nuestra estancia más lujosa.

—No hará falta, iré a mi propia habitación —lo cortó Wendy fulminándolo con la mirada.

—Como desees, me encargaré de que os suban champán —replicó con ironía. Uno de sus guardias se acercó hacia él para decirle algo al oído, y Wendy escuchó a medias que un cliente solicitaba una partida privada con una apuesta considerable. El efecto de la puja y la euforia de ver el dinero correr, hacía que los clientes se desinhibieran, no era la primera vez—. Si me disculpáis, tengo trabajo. Disfrutad de la noche.

Wendy observó cómo Viper le hacia una señal a Adelaide para que los acompañara y se acercaba a saludar a uno de los hombres que había competido con Reeve en la puja, y que por lo visto sentía que el dinero le quemaba en el bolsillo. Juntos se marcharon por el pasillo que comunicaba con las salas de juego, y supo con certeza que no saldrían de allí hasta que le hubieran sacado hasta el último centavo.

—Si sigues apretando así, se me va a caer la mano a pedazos —soltó él, con una sonrisa ladeada que no llegaba a sus ojos.

Wendy no respondió con palabras. Sus dedos se enterraron más

en la carne de Reeve y, con un tirón firme, lo arrastró fuera de aquel salón atestado.

Caminaron por un pasillo donde las sombras devoraban la luz de los candelabros apostados en cada esquina sin detenerse. Al final, tras una puerta que chirrió levemente al abrirse, llegaron a la habitación de Wendy.

Reeve esperaba encontrar la opulencia vulgar del resto del lugar, pero se encontró con la quietud y la sencillez de una casa de campo, con cortinas estampadas y cojines bordados. A pocos metros, el pecado se exhibía ostentoso y excesivo, mientras aquí, el tiempo parecía haberse detenido.

Wendy soltó su mano, cerró la puerta con llave y se apoyó contra la madera. Sus pulmones subían y bajaban con violencia, y la cabeza le daba vueltas como su estuviese bebida, impidiéndole pensar con claridad.

—Eres un estúpido, Reeve —escupió ella, y los insultos empezaron a brotar como un manantial—. Descerebrado, fanfarrón impulsivo. Un idiota sin un gramo de sesera. ¿En qué estabas pensando?

—Solo pensaba en ganar la maldita puja, Wendy —la cortó él, con la voz ronca por la tensión—. ¿Acaso preferías que el ganador fuese cualquier depravado de ahí fuera? Porque ese habría sido el resultado si yo no llego a aparecer.

Él amagó con marcharse de allí, pero ella fue más rápida. Se lanzó hacia delante, aferrando las solapas de su chaleco y lo atrajo hacia sí, eliminando el aire que los separaba. Lo besó en los labios llevada por la desesperación y el alivio. Aunque se odiaran, aunque sus mundos estuviesen siempre en un precario equilibrio, entre ellos había una verdad incontestable. Existía un nexo de unión irrompible capaz de desafiarlo todo.

—No lo entiendes —susurró ella contra sus labios, su aliento cálido quemándole la piel—. Has puesto precio a tu cabeza. Ese papel dice que quien lo posea, tendrá las tierras. Si tú mueres Viper será rico. Estás muerto, Reeve.

—Lo sé. Pero no podía quedarme mirando cómo te vendían como a una res en el mercado.

Wendy soltó una carcajada nerviosa, carente de alegría; se alejó de él arrepentida por ese acto irreflexivo que mostraba demasiado y empezó a caminar por el cuarto como un animal enjaulado.

—Viper y Adelaide estarán horas con ese cliente. Esas partidas de cartas son eternas —dijo, dirigiéndose hacia la ventana.

Abajo, la noche en Heaven seguía siendo un hervidero. Hombres de toda condición, con el dinero y el vicio como nexo de unión, deambulaban por la calle entrando y saliendo del Infierno y del resto de los locales, en busca de una diversión efímera e intensa. Dos guardias, apoyados en las esquinas, compartían un cigarrillo mientras sus ojos vigilaban las entradas.

—Ahora la noche está en su apogeo —continuó ella, volviéndose hacia él y señalando a la oscuridad que se extendía fuera de la ventana—. Pero cuando la madrugada amanse este infierno, será la oportunidad de marcharse de aquí.

Reeve soltó una risa incrédula al intuir sus intenciones.

—¿Quieres que me tire por la ventana? Si quieres matarme, hay formas menos aparatosas de hacerlo que lanzarme al vacío.

—Mira —ordenó ella, tirando de él hacia el alféizar—. Hay guardias en la fachada principal y en la parte de atrás. Conozco a Viper y sé lo ambicioso que es. A estas alturas habrá dado aviso para que no salgas de aquí con vida. Pero en este lateral no hay vigilancia. Hay un bajante de plomo, reforzado con abrazaderas de hierro. Si eres tan hábil como dices, bajarás por ahí hasta el callejón.

Coge el caballo y huye antes de que el sol asome entre las montañas o serás hombre muerto.

—¿Y qué harás tú? —la voz de Reeve se convirtió en un susurro, cargada de una preocupación que él mismo no quería aceptar, mientras la sujetaba del brazo.

—Yo también me iré. No sé a dónde, pero ya sobreviví una vez a este mundo injusto y amargo. Lo haré de nuevo. Antes de que amanezca yo ya me habré ido de Heaven.

El silencio que siguió fue denso, cargado de una despedida que ninguno se atrevía a nombrar. Reeve quería pedirle que se marchara con él, pero había demasiadas razones para no hacerlo y a cada paso que daban se levantaban más muros de piedra infranqueables entre los dos.

—¿Y qué haremos hasta entonces? —preguntó él, recorriendo con la mirada el perfil de esa mujer que tanto había amado. A veces durante todos esos años, concluía que solo había idealizado aquel sentimiento juvenil dotando a la mujer que recordaba de esas cualidades que él anhelaba. Ahora se daba cuenta de que sus sentimientos no eran algo efímero y fantasioso. Ella era real y también lo que le provocaba tenerla tan cerca.

Wendy se mordió el labio inferior con nerviosismo al darse cuenta de cómo la miraba, un gesto que encendió el deseo que había dejado de dominar.

—Has pagado por tener a la Emperatriz —dijo ella al fin, usando una tercera persona que pretendía ser un escudo, pero sus ojos la traicionaban mostrando su vulnerabilidad—. Tómala.

Reeve acortó la breve distancia entre ellos y durante un instante interminable disfrutó de una manera perversa de su cercanía, oliendo su perfume, respirando el aire que se escapaba de manera entrecortada de sus labios. Su mano acarició despacio el rostro de

Wendy, su mentón, llegando hasta su cuello, trazando con el pulgar la línea de su mandíbula hasta detenerse en la garganta, donde el pulso de Wendy golpeaba con fuerza. Apretó con una delicadeza posesiva su garganta, sintiéndose dueño de cada latido, de la sangre que bullía frenética por sus venas.

—No soy el tipo de hombre que se aprovecha de una mujer atrapada —sentenció él, con la voz vibrando en su pecho—. No deseo a la Emperatriz. Deseo a la mujer que se esconde bajo su escudo. No te tomaré así, Wendy.

—Entonces —respondió ella, desafiante—, te tomare yo.

18

Con movimientos lentos, Wendy se quitó las peinetas que sujetaban su elaborado peinado y las dejó caer al suelo, desprendiéndose de aquel artificio que ya no necesitaría más. Los bucles cayeron en una cascada oscura sobre sus hombros y ella se estremeció al sentir su caricia. Los apartó hacia un lado y se dio la vuelta, ofreciéndole la espalda Reeve, en una invitación silenciosa y absoluta que lo cambiaba todo.

Reeve comenzó a desabotonar el vestido. Sus dedos rozaban la carne caliente bajo la seda disfrutando de la forma en la que la piel de Wendy se erizaba. La prenda cayó, amontonándose en el suelo como una nube de seda. Luego siguieron el corsé y las enaguas, despojándola de la armadura que suponía aquel personaje que cada vez pesaba más. Ella suspiró de alivio al saber que ya no volvería a ser más la dueña de los sueños de aquellos hombres que pagaban por una ilusión que no brillaba tanto como parecía a simple vista.

Cuando ella se giró, Reeve se quedó sin aliento. Ya no era la mujer enigmática que se sentaba en un trono de oropel; era la Wendy de la que se enamoró años atrás. Parecía más joven, más frágil bajo la luz suave de la habitación. Al besarla de nuevo, Reeve supo que, aunque lograra bajar por esa ventana y escapar de los

guardias, nunca sería realmente libre. Estaba completamente encadenado a ella.

El silencio de la habitación se volvió denso, cargado de un magnetismo que hacía que se le erizara la piel. Reeve la observaba como quien contempla un milagro, como si tuviese delante algo que ya no esperaba conseguir. Bajo la luz tenue de las lámparas de aceite, Wendy no era un personaje sofisticado, sino una mezcla adictiva hecha de pureza y pecado que le devolvía el reflejo de todo lo que él mismo había sido. Porque él también había fingido, también había vivido atrapado bajo la piel de un personaje que los demás habían fabricado.

Él no quería pensar en nada de lo que había pasado entre ellos ni en lo que ocurriría después de ese momento, mucho menos en la traición que los había marcado años atrás. Ella, por su parte, luchaba por no sentir, pero el amor era una raíz demasiado profunda que ni el olvido había podido arrancar de su corazón.

Con una lentitud que era pura tortura, Wendy se acercó a la cama llevando de la mano a Reeve. Sus ojos, nublados por esa mezcla de determinación y fragilidad, se clavaron en los de él. Desabrochó la chaqueta, el chaleco y la camisa de Reeve, luchando para que él no notase que estaba temblando, pero al final él apretó sus manos entre las suyas y sonrió. La besó con ternura, desarmándola, demostrándole que él también sentía lo mismo que ella. Cuando al fin se despojaron de la ropa y solo quedaron sus cuerpos desnudos llenos de verdad, dudó unos segundos. Aquello no se trataba solo de un intercambio de caricias, no era solo deseo, no era solo sexo. Era el final del camino que los había llevado hasta allí. Y por más que quisieran, aquello no era más que el principio de una despedida. Así debía ser. Ella lo empujó despacio con la palma de la mano sobre el pecho, un gesto suave pero cargado de una autoridad

que Reeve no pudo ni quiso resistir. Él se dejó caer sobre las sábanas de lino mientras ella, con una gracia felina, se olvidaba de sus reparos y se sentaba a horcajadas sobre sus muslos.

—No digas nada —susurró ella, como si las palabras pudieran romper el hechizo o hacerles cuestionarse si aquello era lo correcto.

Wendy se inclinó, y comenzó a besarle el pecho, descendiendo por el abdomen, marcando un rastro de fuego allí donde sus labios tocaban sus músculos tensos, dejando que su cascada de bucles oscuros rozara la piel de Reeve como una caricia de seda. Reeve ahogó un gruñido, hundiendo los dedos en el cabello de ella, tirando con una mezcla de desesperación y ternura para obligarla a subir, buscando sus labios en un beso que sabía a perdón y a condena a la vez.

El deseo era ahora un animal que amenazaba con devorarlos a los dos pero no importaba. En ese instante de sus vidas, ni siquiera el mundo que se extendía tras las paredes del Infierno importaba. Wendy se incorporó sobre él, deslizándose hacia adelante hasta que Reeve sintió su calidez, esa humedad embriagadora que prometía el refugio más puro que conocería en su vida. Él elevó las caderas instintivamente, buscando más contacto, deseando sumergirse en su interior. Las manos masculinas acariciaron los muslos de Wendy y ascendieron por los costados rozando apenas el borde de sus senos, haciéndola gemir de dicha. Sonrió cuando ella sujetó sus manos para llevarlas hasta donde las necesitaba, apretando con ellas sus pechos. Jugó con sus pezones, pellizcándolos, elevándolos, disfrutando como nunca antes lo había hecho al ver que ella dejaba caer la cabeza hacia atrás gozando del placer que le provocaban sus caricias. Wendy ya no era aquella joven que no sabía nada del pecado, que se sonrojaba cuando él le robaba un beso junto al río, o temblaba cuando se abrazaban buscando una proximidad que no

entendían. Wendy era una mujer que sabía lo que necesitaba y, por todos los demonios, él estaba más que dispuesto a dárselo. Los dedos de Reeve bajaron por su abdomen buscando su sexo y se hundió en él, en su humedad, maldiciendo todas esas noches que había anhelado aquello en sueños. Ahora la tenía en sus manos, ansiosa, excitada, entregada… Ella abrió un poco los ojos para mirarlo entre sus oscuras pestañas, y la mezcla de inocencia y perversión que vio en ella hizo que su sexo se endureciera hasta el límite. Ella jadeó elevando las caderas, demasiado cerca del clímax para contenerse, y se movió para posicionarse sobre su erección. Con dedos temblorosos pero decididos, Wendy lo guio hasta su interior. Sus ojos no se apartaron de los de él cuando comenzó a bajar, centímetro a centímetro, reclamándolo como suyo. Reeve cerró los ojos y apretó los dientes, sintiendo cómo ella lo envolvía, cómo sus cuerpos se fundían en una unión tan profunda que nadie más en el mundo entendería.

En ese instante, encajados el uno en el otro, no eran fugitivos ni traidores, no existían las tierras o las disputas. Eran solo dos mitades de un todo que el destino se empeñaba en separar, pero que esa noche, bajo el techo de una habitación sencilla, habían decidido pertenecerse, sin saber si habría una próxima vez. Wendy elevó las caderas una y otra vez, bajando contra el cuerpo duro de Reeve, hasta que sus paredes se contrajeron y su cuerpo se disolvió en una nube de placer. Reeve la abrazó contra su pecho y giró con ella, hasta tenderla sobre las sábanas. Volvió a penetrarla, esta vez con más urgencia, ansioso por reclamarla como suya, dispuesto a dejar una huella indeleble en su alma. Con cada movimiento entraba más profundamente en su interior, mientras sus cuerpos y sus movimientos se acoplaban como si estuviesen hechos solo para ese fin. El placer comenzó a arremolinarse de nuevo en el interior de

Wendy, que clavó las uñas en la espalda de Reeve, y alzó las caderas para recibirle una y otra vez. Cuando pronunció su nombre con la voz enronquecida y temblorosa por un nuevo orgasmo, él supo que no había escuchado nada más hechizante en su vida. También descubrió algo mucho más aterrador, que desde ese momento sería suyo para siempre.

El sudor todavía perlaba la piel de ambos, sus respiraciones apenas se habían tranquilizado y el calor que emanaba de sus cuerpos entrelazados era lo único que mantenía a raya el frío del futuro incierto que tenían por delante. Wendy descansaba la mejilla sobre el pecho de Reeve, escuchando la cadencia rítmica de su corazón, ese sonido que marcaba como un reloj el tiempo que les quedaba. Sus dedos jugueteaban distraídamente con el vello rubio de su torso, trazando caminos invisibles que acababan perdiéndose en algún lugar sin salida. Como sus propias vidas.

Con la mirada perdida en las vigas del techo, Reeve enredó un bucle oscuro en su índice y se lo acercó al rostro. Aspiró el aroma de su cabello, esa esencia dulce y fresca que solo le pertenecía a ella. La complicidad entre las sábanas había llegado sin esfuerzo, aunque no dejaba de ser una tregua frágil que no duraría eternamente. Se sentía mezquino y sucio y sabía que tarde o temprano la verdad le estallaría en la cara. Volvería a traicionarla y esta vez sería la definitiva. Tenía la confesión en la punta de la lengua.

«Adelaide te delató. Estoy aquí para llevarte ante la justicia, viva o muerta».

Pero las palabras se sentían como ceniza en su boca y no se atrevió a romper el hechizo que los envolvía.

—Creo que esta noche va a ser una de las más extrañas de mi vida.

—La superarás. Eres la mujer más fuerte que he conocido —susurró él, con los labios apoyados en su pelo.

Wendy dejó escapar un suspiro entrecortado que pareció liberar el nudo que asfixiaba sus pulmones.

—No elegí ser fuerte, Reeve. El destino me puso en esta tesitura. Nadie elige los muros que tiene que saltar para salvarse, ni las ciénagas que tiene que cruzar. Nunca quise ser fuerte.

La tensión que se había instalado en los músculos de Reeve se suavizó un poco cuando ella dejó escapar un suspiro largo, un sonido que mostraba que estaba segura a su lado. Wendy se acurrucó un poco más contra su hombro, buscando el calor de su piel como si eso fuese suficiente para sanarlo todo.

—¿Te acuerdas de aquella tarde de julio en el recodo del río? —preguntó con una voz que recuperaba la cadencia risueña de la muchacha que él conoció—. Aquel verano en el que el calor era tan intenso que hasta los pájaros se resistían a cantar.

Reeve esbozó una sonrisa franca, puede que la más sincera que había mostrado en años, y sintió que le dolió en el pecho.

—Cómo olvidarlo. Intentaste pescar aquel enorme pez con las manos desnudas porque decías que las cañas eran para cobardes.

Wendy soltó una risita cantarina, y Reeve sintió una vibración cálida contra su torso.

—Me resbalé con aquella piedra cubierta de musgo y caí de espaldas. Me daba vergüenza reconocer que no sabía nadar. Siempre me costó admitir ante ti mis debilidades, pensaba que eso haría que no me quisieras.

Reeve guardó silencio unos segundos ante su despliegue de sinceridad, sin saber muy bien qué hacer con aquella confesión.

—Y yo me lancé a por ti pensando que te ahogabas —añadió, cerrando los ojos para rememorar la escena—, pero cuando te

alcancé, en lugar de dejarte ayudar comenzaste a luchar con tanta saña que acabamos enzarzados en una guerra en medio de la corriente. Tú y tu vestido empapado estuvisteis a punto de acabar conmigo mandándome al fondo del río.

—Hasta que me di cuenta de que tenía que confiar en ti —susurró ella, y su dedo trazó un círculo lento sobre el esternón de él —. Me sujetaste por la cintura para que no me arrastrara la corriente y me hiciste entender que hacía pie, que solo tenía que tranquilizarme, respirar y salir de allí. Esa tarde me besaste por primera vez.

Reeve recordó el sabor de aquel primer beso. Agua, sol y una inocencia que ahora le parecía tan lejana.

—En ese entonces —continuó Wendy, con una nota de nostalgia que le quebró la voz—, pensaba que el amor podía con todo. Que, si nos queríamos lo suficiente, las diferencias, el dinero y los impedimentos de nuestras familias no importarían. Creía que el amor era un escudo, Reeve. No sabía que era un blanco para que los demás dispararan.

Reeve detuvo la mano que hasta ese momento se había paseado distraída sobre sus caderas y sin ser muy consciente, la apretó alrededor de su cintura.

—Así debería de ser. Pero la vida no es como soñamos cuando somos niños.

Se quedaron en silencio un largo rato, escuchando el sonido de la noche que se filtraba por la ventana. Afuera alguien alzó la voz y se escuchó el sonido de una botella al romperse. Después la vida nocturna siguió como si nada. De pronto, ella se tensó y Reeve supo que tenía algo importante que decir.

—Tenemos trucos, ¿sabes? —dijo, levantando un poco la mirada —. Para que las chicas que acceden a las subastas no sufran ningún

daño. Usamos pócimas, como Adelaide las llama… mezclas que ella prepara y que añadimos a la bebida para que los hombres caigan en un sueño profundo antes de tocarlas.

Reeve soltó una carcajada seca, aunque de repente se dio cuenta de que él estaba más lúcido que nunca.

—¿Y por qué no la has usado conmigo?

—Será porque te necesitaba despierto para lo que acaba de pasar. —Wendy soltó una carcajada pícara pero a los pocos segundos su expresión se volvió extraña—. Supongo que ahora todo ha cambiado. Adelaide me ha traicionado. Ya no confío en nada de lo que venga de ella, ni en sus frascos ni en sus palabras.

Él la observó en silencio, procesando lo que acababa de revelarle.

—¿Y qué habría pasado entonces? —preguntó él, y su cuerpo se tensó de repente—. Si yo no hubiese ganado la puja, si hubiese sido cualquier otro el que entrara por esa puerta… ¿qué habrías hecho?

Wendy se incorporó levemente, apoyada en un codo. Sus ojos, antes vulnerables, brillaron con una determinación gélida que le heló la sangre a Reeve.

—Entonces, uno de los dos no habría salido vivo de esta habitación —sentenció ella sin pestañear—. O él o yo.

Reeve sintió un latigazo de realidad. El peso de la verdad que ocultaba con celo cayó sobre él como un jarro de agua fría. Se dio cuenta de que, bajo la piel de seda y la fragilidad que acababa de abrazar, quizá Wendy era exactamente lo que le habían dicho: una depredadora que no dudaba en matar para sobrevivir. Y si eso era cierto, su viaje hasta allí habría tenido un sentido. Hacer justicia.

Wendy se levantó y miró el reloj que había sobre el escritorio. Luego le dirigió una mirada a Reeve con urgencia y se apresuró a echar un vistazo por la ventana.

—Es la hora. Pronto será el cambio de guardia.

Reeve se levantó y comenzó a vestirse con prisas sin plantearse desconfiar de ella. Justo antes de atreverse a exponer su cuerpo a una caída mortal, en un acto impulsivo, se giró y la besó con fuerza, sellando una promesa muda con un beso que sabía a despedida y a desesperanza.

—¿Cómo saldrás de aquí? —susurró él, con la mirada anclada en la suya, reacio a separarse a pesar de que no tenía más remedio que hacerlo.

—Sobreviviré, Reeve. Siempre lo hago. Pero primero, tengo algo que terminar. No me gusta dejar las cosas a medias.

—Te esperaré junto al río antes de que el sol despunte. No me falles.

Y con un último beso abrió la ventana para salir del Infierno por última vez, dejando allí lo único que alguna vez había querido.

19

Reeve se deslizó por la cornisa con cuidado, con la agilidad de un gato, sin entretenerse en mirar hacia el cielo, y con más rapidez de la que ella habría esperado, se perdió en la oscuridad. Ella se mantuvo junto a la ventana con los ojos cerrados, sin atreverse a mirar al exterior, rezando para que ningún ruido le indicara que algo había salido mal. El tiempo ahora era un verdugo y cada minuto valía oro. Wendy sacó del fondo de un arcón unos pantalones de montar que el sastre le había confeccionado años atrás; una prenda ingeniosa y amplia que a simple vista simulaba ser una falda, pero que le otorgaba la libertad de movimientos de un hombre. Se calzó las botas, se ajustó la chaqueta y guardó contra su pecho, bajo la camisa, el único tesoro que poseía: la fotografía de sus padres.

El club, una vez que los últimos clientes se marchaban, era un mausoleo que no conseguía librarse del todo del olor del humo del tabaco y del calor. Wendy se detuvo al escuchar el sonido de pasos en la distancia y supuso que se trataba de alguno de los guardas que hacía la última ronda antes de irse a dormir, o que quizá había sido el destinado a vigilar los movimientos de Reeve Brannigan. En cualquier caso, sabía que siempre había un hombre apostado en la puerta principal, que a estas horas estaría dormitando apoyado en

cualquier parte.

Cuando el silencio se adueñó de todo, se deslizó como una sombra hacia la habitación de Adelaide. Al entreabrir la puerta con cuidado, la estampa que encontró la dejó paralizada, de asco y de miedo a ser descubierta. Viper y Adelaide dormían entrelazados, desnudos, con la respiración pesada de quienes se creen dueños del mundo, o también de los que han abusado del alcohol. Sabía que Viper tenía el sueño pesado y que Adelaide no toleraba demasiado bien el whisky por lo que era bastante improbable que se despertasen. Los observó unos segundos y se dio cuenta de lo sencillo que sería para cualquiera acabar con ellos. Pero ella no era una asesina. La muerte del hijo del juez había sido un accidente, un acto cometido en defensa propia que ahora tenía más claro que nunca que fue preparado por Addy. Su amiga, su confidente. Se preguntó cuántas traiciones podía soportar un corazón humano sin quebrarse. Viper soltó un ronquido y se revolvió entre las sábanas y Wendy se paralizó de miedo ante el riesgo de que alguno de ellos abriese los ojos. Tras unos segundos de prudencia, continuó con su misión al comprobar que ambos estaban sumidos en un sueño profundo.

Entró en el gabinete contiguo guiándose gracias a la luz de la luna que entraba por la ventana, obligándose a controlar sus movimientos para no hacer ruido. Abrió el armario agradeciendo que no chirriara sobre los goznes y apartó los vestidos para poder acceder al estante donde Adelaide guardaba sus frascos. No podía leer las etiquetas en la oscuridad pero la había visto tantas veces, observándola con disimulo mientras preparaba sus brebajes, que podía reconocerlos por sus formas y los colores de sus etiquetas desvaídos en la penumbra. Sus ojos revisaron los botecitos hasta dar con el líquido que buscaba. Adelaide le había confesado que solo lo

usaba con una causa justificada, y le había advertido que en una dosis más o menos elevada podía matar a un caballo. La imagen de Snake agonizando en su cama le heló la sangre y estuvo a punto de dejar caer el frasco, pero de ser real su sospecha ya no podía hacer nada por él.

Su intención no era acabar con las vidas de Viper y Adelaide, aunque lo merecieran, pero al menos recibirían su merecido, retorciéndose de dolor durante el tiempo suficiente para expiar sus pecados.

Se acercó hasta la cama donde descansaban los que ahora eran los dueños del imperio pecaminoso que Snake había construido y actuó con diligencia. Con pulso de acero, vertió el contenido suficiente en la jarra de cristal que contenía agua, y que se encontraba en la mesilla de noche de los amantes. Sabía que después de una larga velada bebiendo y fumando hasta altas horas era probable que el primer gesto al despertar fuese intentar refrescar sus gaznates. De todas formas, quiso asegurarse el éxito vertiendo también unas gotas en la botella de licor que descansaba sobre la mesa. Salió con el mismo sigilo que había entrado y se dirigió con paso firme hasta el que había sido el despacho de Snake y que ahora ocupaba su hijo. Allí también había varias botellas del mejor Whisky del país, y repitió la operación. Después de eso guardó el frasco en la pequeña mochila de piel con las escasas pertenencias que llevaba y se dirigió hacia la pared donde se encontraba la chimenea. Sobre ella había un cuadro pintado al óleo de un paisaje horrible en tonos apagados. Snake tenía buen gusto para las mujeres y la bebida, pero no para el arte y la decoración. Wendy lo descolgó con cuidado y lo dejó apoyado en el suelo, dejando al descubierto la caja fuerte que atesoraba los secretos del Infierno. Giró la ruleta usando la combinación que Snake nunca había

cambiado y que no se había molestado en ocultarle cuando la abría en su presencia y sonrió satisfecha cuando escuchó el clic que le indicaba que se acababa de abrir. Viper tampoco la había modificado, era demasiado perezoso para ello. Cuando abrió la puerta encontró una gran cantidad de dinero, varios estuches con joyas y un documento doblado coronándolo todo. Desdobló el papel y estuvo a punto de llorar de alivio al comprobar que era el documento que Reeve había dado como pago. No era una persona avariciosa pero sabía que el dinero era el salvoconducto para encontrar la libertad, así que tras guardar el documento de Reeve en su bolsa, cogió lo que consideraba un pago justo por sus servicios y lo dejó todo como estaba. Con cautela cruzó el gran salón del Infierno, deteniéndose de cuando en cuando para asegurarse de que no había nadie despierto a esas horas.

Salió por la puerta trasera justo cuando el cielo empezaba a teñirse de un tono grisáceo y tras coger un caballo del establo emprendió la marcha sin mirar atrás. El aire de Heaven nunca le había parecido tan limpio como en ese instante, sabiendo que, tras ella, el Infierno se consumiría en la maldición de sus propios pecados.

Reeve aguardaba junto a los sauces, acariciando el cuello de su caballo que estaba más inquieto de lo habitual, contagiado por su propio nerviosismo. El sonido de unos cascos al galope rompió el silencio, solo interrumpido por el murmullo del riachuelo. Una figura embozada apareció en el camino cabalgando con destreza. Su corazón se saltó un par de latidos al reconocer a Wendy, que frenó frente a él y bajó de un salto.

Wendy se lanzó a sus brazos, buscando refugio en el calor de su pecho, con el corazón todavía galopando por la emoción de la huida.

—Lo he conseguido, Reeve —susurró ella, separándose apenas para ir hacia su caballo.

Buscó en las alforjas con dedos temblorosos hasta encontrar el documento que le devolvía la libertad y la propiedad de sus tierras. Se giró hacia él con una sonrisa, mostrando el papel en alto como un trofeo de su amor redimido, pero la sonrisa murió en el acto.

Reeve no la contemplaba con amor sino que la miraba con la frialdad de un verdugo. El cañón de su pistola apuntaba directamente a su corazón y en la otra mano, portaba un cordel.

El papel resbaló de los dedos de Wendy, cayendo sobre la tierra como una hoja muerta.

—¿Reeve? —su voz fue un sonido tembloroso que ella no reconoció como suyo—. ¿Es una broma? Dime que es uno de tus juegos retorcidos.

—Tienes que responder ante la ley, Wendy —replicó él, con el gesto más severo que había tenido que componer jamás—. Por el asesinato del hijo del juez Holloway. El hombre que apareció con un tiro en el pecho tras pasar una noche contigo. Esa es la razón por la que vine.

Wendy soltó una carcajada que sonó como si acabase de romperse por dentro. El dolor fue tan agudo que por un momento no pudo respirar.

—¿Hacer lo correcto? —escupió ella, con los ojos encendidos en un odio incontenible—. Traicionarme siempre ha sido tu forma de hacer lo correcto, ¿verdad? Me besas, te metes en mi cama y luego me llevas a la horca a cambio de un buen precio.

Furiosa y dolida, intentó zafarse y subir a su caballo, pero Reeve fue más rápido. La atrapó por la cintura, apretándola contra su cuerpo con una fuerza brutal. Durante un segundo eterno, el tiempo se detuvo. El aroma de la piel de ella, el calor que habían

compartido hacía tan solo unas horas y que aún no se había disipado, la tensión eléctrica de sus músculos tocándose… Era enfermizo descubrir que se deseaban incluso mientras se destruían.

Reeve luchó contra el impulso de besarla una vez más antes de ejercer de verdugo. Con un movimiento seco, le giró los manos y apretó el cordel en sus muñecas. Wendy no gritó ni trató de liberarse; se quedó rígida, como si acabase de convertirse en piedra. Él la ayudó a subir al caballo con una eficiencia y una frialdad que le revolvió el estómago.

Antes de dirigirse a su caballo se agachó para recoger el papel del suelo y lo guardó en sus alforjas.

—El viaje será extenuante —advirtió Reeve dirigiéndole una rápida mirada, con la voz carente de toda emoción—. Dos jornadas a través de un paisaje agreste si todo va bien. Nada de juegos, Wendy. Vamos a cruzar tierra comanche así que intenta no hacer ninguna tontería.

Wendy no respondió. Mantuvo la mirada hacia el horizonte donde el sol ya empezaba a despuntar, con los ojos vacíos. Se preguntó cuántas cicatrices podrían caber en un mismo corazón; el cupo de heridas se había desbordado, dejando tras de sí solo un páramo de ceniza y soledad.

20

El viaje fue un castigo físico que ninguno de los dos reconoció en voz alta por una cuestión de orgullo. El polvo se les pegaba a la piel y les resecaba los ojos y la garganta, y el sol del mediodía caía como una losa sobre sus hombros. A pesar de todo tuvo que admitir que salir de Heaven no había sido tan difícil como había previsto, y le había bastado con ser observador y tener unos conocimientos mínimos para poder orientarse, Al llegar a un recodo del río, Reeve tiró de las riendas con un instinto que gritaba que algo no iba bien. Desmontó en silencio y se arrastró entre los matorrales. Allí estaban, junto a la orilla, un grupo de tres indios. Sus caballos pastaban con tranquilidad mientras ellos conversaban con la guardia baja. Se dio cuenta de que no eran más que unos críos, y decidió que lo mejor era ocultarse hasta que se marcharan.

Con las manos aún atadas y el orgullo en carne viva, Wendy lo miró con un brillo suicida en los ojos.

—Podría gritar —susurró ella, desafiante—. Podría avisarles de que estamos aquí. Si mi destino es morir en la horca, prefiero terminar el viaje aquí con ellos. Al menos no pretenderán convencerme de que lo hacen por mi bien, y puede que de paso te arrastre al infierno conmigo. Sería maravilloso hacer ese viaje juntos.

Reeve la ignoró, aunque el corazón le golpeaba contra las costillas. No podía hablar con ella, ni siquiera mirarla era sencillo. Cada vez que abría la boca, la imagen de la asesina que le habían descrito se empañaba, dejando ver a la mujer que amaba. Prefería el silencio a la tentación de creer en su inocencia, una inocencia que ella ni siquiera se molestaba en defender.

Al caer la noche, el frío del desierto les caló hasta los huesos. Reeve eligió un refugio que parecía más que razonable, una grieta entre dos riscos protegida por una cornisa de rosas que apenas ofrecía la protección de una cueva. Mejor eso que dormir a la intemperie. Ataron a los caballos un poco más abajo, cobijados bajos los árboles pero sin perderlos de vista, y subieron esforzándose para no resbalar.

—No hemos parado en todo el día y ahora me haces trepar como si fuera un… un… lo que sea —se quejó ella, mirando las piedras afiladas que tapizaban el suelo y que apenas dejaban sitio para que se tumbase una persona.

—Es el único sitio donde puedo encender un fuego sin que se vea a diez leguas —replicó él, con sequedad—. Por muchas ganas que tengas de mandarme al infierno, al menos dame el beneficio de la duda.

Ella se mordió la lengua para no espetarle que él tampoco se lo había dado a ella. Lo contempló con una mirada asesina mientras le desataba las muñecas y contuvo el impulso de arañarle la cara.

Al ver las marcas rojas que la soga había dejado en su piel blanca, Reeve se sintió culpable. Intentó no mostrarlo mientras preparaba el café en una pequeña olla que había traído consigo. El aroma del beicon al calentarse en el pequeño fuego les insufló algo de ánimo después de un día duro, un consuelo pobre pero necesario. A regañadientes Wendy aceptó la torta de maíz y el café

que él le tendió. No habían comido en todo el día y apenas habían parado para que ellos y los caballos pudieran beber agua.

—Qué precavido. ¿Has hecho la compra antes de partir? —soltó al fin, sarcástica.

—Clementine me ha preparado lo suficiente para no desfallecer.

Durante un buen rato, ella mantuvo la vista perdida en el cielo nocturno sin decir nada más. Reeve estaba extrañado por la resignación con la que Wendy había aceptado su destino, sin luchar ni intentar escaparse, a pesar de sus miradas de odio, pero no tenía fuerzas para pensar demasiado en ello.

—¿Lo haces por dinero? —preguntó ella de pronto, rompiendo el silencio que había caído sobre ellos después de la escasa cena.

—No —negó él, mirando fijamente las llamas.

—¿Entonces?

—Por honor, Wendy. Por una vez, quiero hacer lo que es correcto ante la Ley.

La carcajada de Wendy fue visceral, amarga, y resultó tan hiriente que Reeve quiso taparse los oídos con las manos para no escucharla.

—¿Honor? Un Brannigan hablando de honor es como decir que una víbora te pica por pura compasión. No me hagas reír, Reeve. Estás calmando tu conciencia entregándome sin saber lo que ocurrió. No sé qué deudas tendrás con Dios o con los hombres, pero te aseguro que cuando esto termine no encontrarás la paz que tanto ansías. Los pecados siempre encuentran el modo de volver.

—Supongo que lo sabes por propia experiencia. En tal caso, aplícate tus propias palabras. Quizá esta es la forma en la que tus pecados han regresado para cobrarse la deuda.

Sabía que había sido demasiado duro, y a pesar de todo no encontró las agallas para pedirle disculpas. Apartó la mirada y, al

intentar acomodar las pertenencias de ambos en un rincón para poder tumbarse cerca del fuego, el bolso de Wendy se volcó dejando a la vista su contenido. El frasco vacío que ella había usado en el club rodó por el suelo, tintineando contra la piedra. Reeve lo recogió, sintiendo que el vidrio pesaba como una sentencia que la culpaba y le demostraba que no se había equivocado.

—¿Qué has hecho, Wendy? —Su voz recriminándola se asemejó al rugido de una marea salvaje estrellándose contra un acantilado—. ¿A quién has envenenado antes de salir de Heaven?

Ella apretó los labios, negándose a hablar.

—Entonces no me equivoco —sentenció él con amargura—. He tomado la decisión correcta al llevarte ante el juez. Puede que Adelaide hiciese bien en denunciarte.

Fue entonces cuando Wendy estalló. Se levantó, ignorando la precariedad del terreno que pisaba con el rostro encendido por la rabia.

—¡Eso no era veneno, estúpido! —le gritó a la cara—. ¡Esa mezcla solo les provocará diarreas, un dolor de cabeza insoportable y una debilidad que los mantendrá pegados a la cama varios días! ¡Nada comparado con lo que ellos pretendían hacerme a mí!

Reeve se quedó petrificado, con el frasco aún entre los dedos. La imagen de la asesina de sangre fría que había fraguado en su mente y que había justificado su traición se desvaneció en un instante. Aquello no era un asesinato premeditado; era una travesura destinada a resarcirse, una estratagema casi infantil frente a la brutalidad que la rodeaba.

—Eso no te exculpa de… —Ni siquiera se atrevía a pronunciar la palabra en voz alta. Su cerebro se negaba a asumir aquella verdad incontestable.

—¿De haber matado al hombre que intentó violarme y que casi

me mata de una paliza? No, apuesto a que nada me librará de eso.

Wendy se puso de pie para alejarse de él todo lo posible, algo casi imposible en aquel espacio angosto. La oscuridad, unida a las lágrimas que habían empañado sus ojos hicieron que no viera una de las piedras puntiagudas del suelo y que la hizo tropezar. Cayó al suelo tan rápido que apenas tuvo tiempo de prepararse para el golpe. Reeve reaccionó de inmediato y de un salto llegó hasta ella para comprobar si se había hecho daño.

—Déjame ver —dijo él, buscando su tobillo.

Pero Wendy había llegado al límite. El dolor físico fue la gota que desbordó un mar de humillación. Las lágrimas aparecieron en un llanto ronco y desesperanzado que le sacudía los hombros, mientras le propinaba puñetazos erráticos en el pecho para que se alejara.

—¡Suéltame! ¡No me toques! —gritaba, golpeando con rabia, intentando rechazar al hombre que la había besado con pasión para luego atarla como a un animal.

Reeve no cedió. Recibió los golpes sin inmutarse hasta que logró envolverla en un abrazo férreo, anulando su resistencia. Ella luchó un instante más, tensa como una cuerda de violín, hasta que la debilidad y el agotamiento la vencieron. Se derrumbó contra él, sollozando sobre su camisa, aceptando a su pesar el único consuelo que el destino le permitía: el calor del hombre que la había traicionado de nuevo y que jamás creería en ella.

Él la acomodó suavemente, sentándola sobre sus piernas, pegada a su pecho y sus brazos rodeándola como un escudo contra el mundo exterior. Permanecieron así, mecidos por el ritmo de sus respiraciones que se acompasaban poco a poco, con la vista clavada en las llamas moribundas de la hoguera.

—Cuéntame qué ocurrió, Wendy —susurró él cerca de su oído—. Cuéntamelo todo.

Ella cerró los ojos. Sentir los brazos de Reeve era una tortura dulce; lo amaba con una intensidad que la avergonzaba, y la sola idea de que él la viera como a una asesina le dolía más que cualquier condena posible.

Él era el hijo del juez Holloway, aunque yo jamás había escuchado ese apellido —empezó ella con la voz ahogada por un sollozo—. Snake me ofreció trabajo en el club. Al principio solo atendía las mesas, servía licor, limpiaba las habitaciones. Ese hombre venía cada noche. Hablábamos, era amable, buscaba mi compañía y al parecer eso despertó las suspicacias de Adelaide. Ahora lo veo claro, he estado tan ciega…

Wendy tragó saliva, recordando el sabor del miedo.

—Addy me convenció para subir un peldaño más. Decía que yo era demasiado especial para ser solo una camarera. Me propuso la subasta. Yo me negué, Reeve, te lo juro. Pero ella me prometió que no tendría que entregarme a nadie. Me dio la pócima que usaba para dormir a los hombres problemáticos. Dijo que Holloway pagaría una fortuna para conseguir ganar la subasta, lo dormiríamos, y yo tendría el dinero y el favor de Snake sin perder mi dignidad.

Reeve apretó el agarre, presintiendo el desastre que la había arrastrado a ese punto sin retorno que había cambiado su vida.

—Pero todo salió mal —continuó ella, y un escalofrío la recorrió —. La pócima no funcionó o Addy le dio algo diferente, no lo sé. Holloway se transformó en un monstruo. Se volvió loco, empezó a destrozar la habitación, a gritar que yo era suya porque había pagado por mí. Me golpeó... me arrancó la ropa. Creí que me mataría allí mismo.

Hizo una pausa, y Reeve pudo sentir el terror vibrando en su piel.

—Addy me había dado una pistola por si algo se torcía. Tuve que

usarla cuando se lanzó sobre mí como un demente. Ahora creo que fue premeditado. Ella quería que yo lo matara para alejarme de Snake y de Viper. Ella quería el poder y yo, sin proponérmelo, era un obstáculo. Pero le salió mal. Snake, en lugar de entregarme decidió protegerme. Usó lo ocurrido para crear un mito. Me convirtió en «La Emperatriz», la mujer peligrosa y magnética por la que los hombres morirían. Y yo… yo solo era una chica que quería sobrevivir.

Reeve sintió que de nuevo lo que creía correcto era una tela de araña pegajosa e indescifrable de la que no se podía escapar. La verdad no era algo absoluto, y su conciencia, esa que a veces dudaba que tenía, había comenzado una encarnizada lucha contra su cordura de la que no podría salir indemne. Afianzó el abrazo, acariciando el pelo de Wendy y susurrándole palabras de aliento al oído, sintiéndose el ser más miserable del planeta.

21

El cansancio de Wendy era una marea negra que lo anegaba todo, una fatiga que le calaba hasta los huesos y que no se limitaba solo al cuerpo. Su mente y su alma también estaban agotados, por culpa de una lucha consigo misma y contra sus demonios que nunca acabaría bien. A pesar de la deslealtad, los brazos de Reeve eran el único lugar en el mundo donde el frío del desierto no podía alcanzarla. Escuchó sus palabras, pero le sonaron lejanas, casi irreales.

—Si fue en defensa propia, el juez debe saberlo —insistió él, con una determinación y una confianza que resultaban dolorosas—. Esa muerte te perseguirá siempre si callas la verdad. Debes enfrentarte a él.

Wendy no contestó. ¿Cómo explicarle que la justicia era un lujo para hombres como él y una soga para mujeres como ella? De manera absurda decidió que podía vivir con ello, solo le importaba lo que él pensara de ella.

Se dejó vencer por el sopor, permitiendo que la calidez de Reeve la arrastrara hacia un sueño pesado y reparador.

No supo cuánto tiempo había pasado, podían haber sido minutos o días, hasta que una pesadilla la devolvió a la realidad de un

sobresalto. Su pecho subía y bajaba con violencia y un dolor sordo se había asentado en su pecho, pero se calmó al sentir que él seguía allí, y que ella se amoldada a la estructura sólida de su cuerpo. Su espalda encajaba perfectamente contra el pecho de él, el brazo del hombre que tanto deseaba la rodeaba como un ancla, y su respiración rítmica le acariciaba el oído. Al moverse, sintió cómo él afianzaba el abrazo, protegiéndola incluso en sueños.

—¿Estás bien? —le susurró él, con la voz ronca.

Wendy se odió a sí misma al sentir la chispa de la excitación prendiendo en su vientre. Era humillante estar tan enamorada de él y, a la vez, era inevitable. Reeve se movió ligeramente y deslizó la nariz por la curva de su cuello en una caricia lenta, deliberada, que le hizo morderse el labio para no soltar un gemido ahogado. Los roces, en apariencia involuntarios, se volvieron sutiles y constantes entre ellos. La mano masculina bajó por su costado hasta que Wendy sintió, con una nitidez que le cortó el aliento, la erección de Reeve presionando contra su trasero a través de la tela de sus ropas.

Los dedos de él resbalaron por su cintura, subiendo para apretar un pecho con una firmeza posesiva que la hizo arquear la espalda. Luego, con una parsimonia que era pura tortura, bajaron hasta el cierre de sus pantalones de montar.

—Estos pantalones son lo más horrible que he visto nunca —susurró él contra su piel, y Wendy no pudo evitar una carcajada nerviosa.

Reeve esbozó una sonrisa perezosa contra su nuca mientras buscaba su intimidad. Cuando sus dedos la penetraron, encontrándola ya húmeda y ardiente, Wendy se retorció contra él, buscando más. Si ese asalto, ese placer clandestino, era la única felicidad a la que podía aspirar antes de que el mundo volviera a

romperse, la atraparía con todas sus fuerzas, sin remordimientos.

Forcejearon torpemente con la ropa en la penumbra de la cueva hasta que los pantalones desaparecieron, dejando sus pieles expuestas al aire frío que solo servía para avivar el fuego entre ellos. Sin cambiar de postura, Reeve la penetró desde atrás con un empuje profundo y lento, conteniendo la respiración. Wendy echó la cabeza hacia el hombro de él, mientras Reeve enterraba la cara en su cuello, respirando su aroma como si fuera aire puro en medio de un incendio. Y en realidad así lo sentía. Sus cuerpos se habían vuelto lava incandescente que fluía mezclándose entre sí, uniéndose en un río infinito y ardiente.

Se movieron juntos en una danza frenética y desesperada, una lucha de cuerpos que buscaban borrar el pasado y el futuro, en la única realidad tangible a la que se podían aferrar. Cuando el clímax los alcanzó, fue violento y devastador, un estallido que los dejó temblando y unidos, mientras las últimas brasas de la hoguera se extinguían, dejándolos en una oscuridad total donde solo se escuchaba el latido de dos corazones que, a pesar de todo, se negaban a dejar de amarse.

El segundo día de viaje fue una tortura que ninguna fatiga física podía igualar. Cada legua recorrida hacia Apricot Valley se sentía como un clavo ardiendo en la conciencia de Reeve. Sabía que allí lo esperaba Wyatt Richardson, dispuesto a hacer justicia a cambio de mil dólares. Una vez que entregara a Wendy, ella dejaría de ser su responsabilidad para convertirse en una proscrita, en un cuerpo destinado a colgar de la soga o a pudrirse en un calabozo inmundo. La idea de una vida sin Wendy Jones, de un futuro donde ella solo fuera un fantasma, le martilleaba el pecho con cada paso que daba su caballo.

Al caer la tarde, el río volvió a ofrecerles un respiro. Se detuvieron en la orilla para asearse y sacudirse el polvo del camino. Mientras los caballos pastaban con parsimonia, Reeve se quedó inmóvil, observando a Wendy. Ella, que solo se había dejado la ropa interior, se lavaba el cabello, sumergiendo la cabeza en el agua cristalina; el sol que ya comenzaba a bajar perfilando las montañas, encendía destellos en el agua y se reflejaba en los bucles mojados. Un pellizco de algo parecido a la nostalgia le atenazó el corazón. Daría cualquier cosa por que esa escena fuera algo cotidiano, por contemplar esa belleza sin artificios el resto de su vida, lejos de jueces, traiciones y sospechas. No podían aspirar a levantarse cada mañana y tomarse un café recién hervido en la mesa de la cocina planeando cómo sería su día, en pasear de la mano después de una jornada de trabajo extenuante. Hacer el amor cada noche, o escuchar en la cama mientras ella le leía un libro. No podía soñar con perseguir a sus hijos por el campo entre risas o enseñarles a nadar en el mismo rio donde se besaron por primera vez. Se pudo de pie para aliviar aquel dolor inexplicable que casi le impedía respirar y se quitó las botas polvorientas y la ropa, dejándolas cerca de la orilla. Sin decir palabra, se metió en el agua junto a ella. Cogió la taza de metal que ella estaba usando para enjuagarse el pelo y, con una delicadeza que contrastaba con su porte rudo, empezó a verter agua sobre su cabeza borrando los restos de jabón. Aquello resultó más íntimo que un beso o una caricia. Aquello era justo lo que Reeve anhelaba de ella: una compañera, una cómplice con la que mostrarse tal y como era. Al cruzarse sus miradas mientras él quitaba el exceso de agua de su frente con la mano en una caricia fortuita, Reeve se sintió desarmado. Ella era real, fascinante y hermosa. La duda, que antes era una chispa que empezaba a vibrar en su interior, ahora era un incendio capaz de arrasarlo todo.

Mañana ella desaparecería y apenas podía soportar pensar en ello. No podía alejar de su mente la idea de que se estaba equivocando.

—Wendy... —intentó decir, con la voz rota.

—No digas nada, Reeve. Por favor —le cortó ella, con una súplica.

Wendy salió del agua y, con movimientos lentos, se cubrió con una manta, sentándose sobre una roca a esperar que el aire secara su pelo. Reeve nadó durante un buen rato pretendiendo que el agua apaciguara su interior sin mucho éxito. Al final emergió del río, desnudo, con el agua resbalando por sus músculos tensos como si fuera un dios griego tallado en mármol. Wendy clavó la vista en él y sintió el impulso primario de recorrer cada centímetro de esa piel con la lengua, de devorarlo antes de que el mundo se los tragara, pero obligó a su mente a buscar otro refugio y una distracción que no dejara a la vista su debilidad.

—¿Por qué no has intentado huir mientras yo nadaba? —preguntó él, rompiendo el silencio.

—No se puede huir del destino, Reeve —respondió ella sin mirarlo—. Si ese juez busca que yo rinda cuentas, no se detendrá hasta conseguirlo. No hay nada más poderoso que la necesidad de venganza.

Reeve se quedó pensativo, el peso de esa verdad lo sacudió un poco más, si cabe. No había una solución sencilla ni honesta a aquel problema, y la idea de encontrar otro camino se volvía cada vez más acuciante. Wendy, queriendo cambiar de tema y de paso resolver la duda que la carcomía, señaló hacia las pertenencias de él.

—Esa esmeralda que apostaste en la partida privada ¿era de alguna mujer?

—Se la robé a mi padre antes de marcharme de casa —confesó él con amargura—. Siempre me llamó la atención desde que era un

crío. Fue una tontería robársela, supongo que mi mente Brannigan se revelaba a la idea de largarme de allí con las manos vacías.

—Hablas como si no quisieses volver.

—No quiero volver. Aunque no lo creas, no comparto la necesidad de mi familia de pisotear a los demás. Sobre todo mi hermano Thatch, él es una copia exacta de mi padre.

—¿Y tu otro hermano?

—Tim es diferente. Es inteligente y noble. —Reeve esbozó una sonrisa triste y Wendy deseó abrazarlo, aunque decidió contenerse —. Tengo miedo por él. Es muy joven y me temo que carece del carácter suficiente para plantarles cara. Tarde o temprano tendrá que decidir si está con ellos o contra ellos y me temo que la decisión no será tomada de forma libre.

Wendy apretó su mano en un gesto mudo que pretendía mostrar compresión. Después fue hacia su bolso y, con manos trémulas, sacó la fotografía de sus padres. Se la mostró en silencio y no pudo evitar que se le humedecieran los ojos.

—Mi madre tenía unos pendientes con una esmeralda idéntica. En esta foto los llevaba puestos, solo los usaba en ocasiones especiales. No sé cómo conseguiría comprarlos, no éramos ricos precisamente —susurró—. Tu padre los cogió la noche del incendio, yo estaba escondida y lo vi hurgando entre las cosas de mi madre.

Un silencio pesado y denso cayó sobre ellos, mientras Reeve observaba la foto con el corazón encogido, incapaz de creer hasta qué punto llegaba la mezquindad de su padre. El aire se volvió irrespirable mientras repasaba en su cabeza las imágenes fugaces de los padres de Wendy, a los que apenas había conocido. Trató de imaginar cuánto había sufrido ella a lo largo de su vida, pero sabía que era imposible. Solo quién hubiese vivido algo similar podría entenderlo.

—Yo no soy como mi padre, Wendy —declaró Reeve al fin, con la mirada perdida en la corriente, esforzándose para que ella no se diese cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar. Lo que recordada del día que los padres de Wendy murieron era terrible, pero se volvía mucho más espantoso con cada pieza del puzle que iba descubriendo—. Aquella noche escuché a los hombres de mi familia reunidos en el comedor. Estaban bebiendo, infundiéndose valor unos a otros para lo que estaban a punto de hacer. Mi hermano Tim, que solo era un niño, y yo nos escondimos en la escalera para escucharlos. Hablaban de estirpe, de tierras, de poder, de agarrar a manos llenas lo que los Brannigan querían. Me pareció un espectáculo lamentable y patético en el que intentaban medir su hombría llevados por el alcohol, hasta que me di cuenta de que aquello iba en serio. Cuando vi las armas, salí de mi escondite. Les pregunté a dónde iban. Nadie había contado conmigo a pesar de que ya tenía edad para disparar. Supongo que intuían que yo no participaría en algo así, especialmente tratándose de tu familia.

Reeve apretó los puños hasta que los nudillos se pusieron blancos y levantó la vista para mirarla a los ojos. Si ella tenía la valentía suficiente para escucharlo él debía estar a la altura.

—¿Por qué lo hicieron?

—No lo sé. Me dijeron que iban a conquistar el mundo, a reclamar lo que se merecían para conservar el honor de nuestro apellido. Me apartaron de un empujón y cuando increpé a mi padre me tumbó de un bofetón. Los seguí en mi caballo con un presentimiento horrible en las entrañas, pero cuando llegué ya era demasiado tarde. No fui allí para haceros daño, fui para impedirlo. Pero solo era un crío asustado ante la enormidad de lo que estaba ocurriendo. Lo siento tanto…

Wendy negó con la cabeza, con un rio de lágrimas surcando su

rostro. Quería decirle que él no tuvo la culpa, que no era más que un joven lleno de sueños incapaz de frenar tanta maldad. Pero las palabras no salían de su garganta. Él la miró, buscando una redención que no sabía si merecía, y contuvo las ganas de abrazarla por miedo a que lo rechazase.

—Insulté a mi padre allí mismo. Me dijo que no era digno de su apellido. Desde entonces he sido la oveja negra de la familia, pero me da igual. Si te sirve de consuelo, mi hermano me dijo un tiempo después que solo querían asustar a tus padres para que vendieran las tierras. Pero se les fue de las manos. La ambición se convirtió en una locura que no pudieron frenar.

—Siempre quise creer que debía haber una explicación para que estuvieses allí. Supongo que no tienes la culpa de ser un Brannigan.

—Nunca he encajado en esa casa, Wendy. Como te he dicho, Thatch es la viva imagen de mi padre; lleva el mismo veneno en la sangre, esa avaricia despiadada que no se sacia ni con todo el oro del mundo. Si alguien hereda el látigo de Silas, será él. Pero Tim... Tim es diferente al resto de nosotros. Es el cerebro de la familia, el que lleva las cuentas con una honradez imperturbable, un joven con valores que mi padre nunca pudo corromper del todo. Sin embargo, incluso a él lo arrastraron a una de sus incursiones para coaccionar a unos vecinos y acabó con una bala en la pierna. Llevo casi dos años sin verlo, sin saber si puede caminar con normalidad, y no pasa una noche sin que me pregunte si su integridad sigue intacta o el veneno de los Brannigan ya ha conseguido devorarlo por dentro.

Wendy clavó la vista en la fotografía ajada, sintiendo que la imagen del papel cobraba vida. La verdad había dejado un sabor agridulce en su boca, y saber que la estupidez, la avaricia y el alcohol habían sido los arquitectos de su desgracia no ayudaba a aplacar el dolor. No había sido un plan maestro, sino la torpeza de

un hombre avaricioso como Silas Brannigan, que no toleraba que el mundo le llevara la contraria.

Podían haber sido felices. Esa idea la golpeó con la fuerza de un rayo. Reeve y ella podían haber madurado juntos, heredado las tierras de forma legítima, formado una familia feliz. Sus padres podrían estar envejeciendo bajo el porche, viendo caer el sol, si Silas no hubiese decidido aquella noche que una negativa era una afrenta que solo se borraba con fuego.

22

Wendy levantó la mirada hacia Reeve. Lo vio allí, envuelto en la manta igual que ella, vulnerable, cargando con el peso de un apellido que odiaba y con el trauma de un adolescente que llegó tarde para salvar el mundo que quería defender. Sintió una punzada de compasión, pero la frase que ella misma había pronunciado esa mañana regresó a su mente, repitiéndose como un mantra oscuro.

«No hay nada más poderoso que la necesidad de venganza».

—Tu padre no quería matarlos, pero lo hizo —dijo ella, con una voz que sonaba extrañamente calmada, casi gélida. No se permitiría el lujo de perdonar a los que le habían arrebatado todo—. Siento que estás en medio de dos fuegos que no encendiste, pero que te van a consumir de igual forma.

Se puso en pie, con el cabello aún goteando sobre la espalda. Se acercó a él y le puso una mano en la mejilla, trazando la línea de su mandíbula. Por un momento, sus ojos buscaron los de Reeve con una intensidad febril.

—Me has traído hasta aquí por honor, pero el honor es un invento de los hombres que no tienen nada que perder. Silas lo llamó honor. El juez que me quiere muerta también lo llama honor. —Hizo una pausa y sus palabras se convirtieron en un susurro peligroso—.

Dime, Reeve… cuando mañana me entregues y me veas marcharme por última vez ¿te servirá de algo tu honor? ¿Podrás dormir escuchando el eco de tu conciencia?

Reeve no respondió, pero un temblor recorrió su espina dorsal. La respuesta era simple y ambos lo sabía. No podría volver a descansar. La venganza era el motor del mundo que los rodeaba, y ellos eran solo el combustible.

Sentado junto a las ascuas mortecinas, Reeve no encontraba descanso esa noche. Cada vez que cerraba los ojos, veía la cuerda del verdugo balanceándose con el viento, rodeando el cuello de la mujer que amaba. Suspiró hondo y miró hacia las estrellas que salpicaban un cielo sin luna. Ella ya había sufrido suficiente y daría cualquier cosa por poder cambiarlo. Miró a Wendy que yacía sobre la manta, con la respiración pausada, fingiendo que dormía. Él se acercó con movimientos lentos y, acarició su mejilla. Ella abrió los párpados y lo miró con curiosidad. Reeve cogió su mano y dejó caer la esmeralda sobre su palma. La piedra brilló con un verde espectral bajo la luz de las brasas y Wendy se incorporó, contemplando la gema con un poco de recelo, sin poder evitar que sus ojos se humedecieran. Él asintió dejándole claro que era para ella, en el fondo siempre había sido suya. Wendy no supo qué decir y se limitó a guardarla en el bolsillo de su chaqueta para no perderla.

—No podemos ir a Apricot Valley —susurró Reeve al cabo de unos minutos, con determinación—. Sabine Cross está a pocas horas de aquí. Debemos desviarnos e ir hasta allí. Necesito enfrentarme a mi padre, Wendy. Necesito terminar con esto de una vez por todas.

La tomó por los hombros, buscando sus ojos, y sintió que temblaba como una hoja.

—O podemos simplemente huir. Seguir cabalgando hasta que

este territorio sea solo un mal recuerdo. Marcharnos juntos a algún lugar lejano y empezar de cero. No me importa ser un cobarde si con eso consigo tenerte conmigo para siempre.

—Suena muy bien —admitió acariciando su mejilla—. Aunque creo que ser feliz también es un acto de valentía.

Wendy no dijo nada más. Su respuesta fue un beso cargado de una urgencia desesperada, una caricia que subyugó la voluntad de Reeve hasta dejarlo sin aliento. Hicieron el amor allí mismo, sobre las mantas, con una pasión que ya no era ternura, sino una despedida que ambos se esforzaban en disfrazar de otra cosa.

Cuando el primer rayo de sol acarició sus párpados, Reeve despertó desorientado, sin recordar apenas dónde estaba. El lugar que había ocupado Wendy junto a su manta estaba frío y todos sus sentidos se pusieron alerta.

—¿Wendy? —llamó, pero solo el viento le devolvió el eco.

Un escalofrío visceral, le recorrió de arriba abajo y se puso de pie de un salto, rezando para que la sospecha que acababa de clavarse en su pecho como una daga no fuera real. Atado a un árbol, unos metros más allá solo estaba su caballo. Wendy se había ido después de hacerle el amor durante toda la noche, después de haberse prometido amor eterno esa misma madrugada mientras la pasión los consumía. Se había marchado llevándose su arma y era consciente de que no se podía permitir el lujo de sentirse traicionado. Era un pago justo, e incluso insuficiente, para todo lo que él le había hecho. Se pasó las manos por el pelo largo que ahora estaba enredado y le caía sobre los ojos, preguntándose dónde estaría. La conversación del día anterior, cuando ella se había interesado por la dirección exacta de Sabine Cross, fingiendo nostalgia y argumentando que después de tantos años lo había olvidado, le había resultado casual pero ahora no podía evitar pensar que había conseguido la

información que necesitaba. No era añoranza lo que brillaba en sus ojos, sino algo mucho más descarnado. La venganza de la que tanto había hablado.

Por eso ella no había intentado escapar antes, por eso había aceptado su destino con una sumisión y una entereza que a todas luces era falsa. Debería haberlo intuido, pero estaba demasiado absorto en el deseo que le hacía hervir la sangre y en la culpabilidad que carcomía sus entrañas para ver más allá de lo evidente. Wendy estaba dejando que la acompañara a Sabine Cross, que la ayudara a salir del mundo que la había atrapado, para cobrarse su deuda.

La frase de Wendy resonó en su cabeza como el tañido de una campana fúnebre.

«No hay nada más poderoso que la necesidad de venganza».

Reeve comprendió con horror que Wendy Jones ya no tenía nada que perder. No había huido para salvarse del juez, ni para buscar una nueva vida. Había ido directamente hacia la boca del lobo, hacia la mansión de los Brannigan. Iba a cobrarse la deuda de sangre que Silas Brannigan había contraído años atrás con ella, y esta vez, no habría nada que pudiese impedírselo.

Se vistió a una velocidad frenética, y ensilló el caballo con manos temblorosas. Sabía que si no llegaba a tiempo, Sabine Cross ardería, y con ello, la última posibilidad de redención para ambos.

23

Wendy, erguida sobre su caballo, contemplaba desde una colina la extensión infinita de las propiedades de los Brannigan. Cientos de cabezas de ganado, que se asemejaban a motas oscuras sobre un mar de pastos verdes, pacían bajo la vigilancia perezosa de varios hombres. El paisaje era insultantemente hermoso y eso solo hacía que la necesidad de vengarse fuese en aumento. Se lamentó por haber perdido unas horas preciosas dando rodeos tras desorientarse en el laberinto de senderos que bordeaban el río, pero la furia, ese combustible que no se agotaba nunca, la había mantenido decidida a cumplir con su objetivo.

Al fondo, la casa blanca de los Brannigan presidía el valle como un monumento a la arrogancia, con sus paredes impolutas y sus galerías de madera noble. Era el templo levantado sobre las cenizas de su infancia, usando el sudor de su familia y de tantos otros que habían caído del mismo modo.

Wendy se acercó amparándose en los grupos de árboles que encontraba por el camino, intentando fundirse con su sombra para no ser vista desde la casa. Cuando llegó a los establos, ocultó su caballo en uno de los cobertizos y avanzó sin pensar demasiado en lo que iba a hacer. El silencio era casi absoluto solo roto por los

relinchos de los caballos; la mayoría de los peones estaban en los prados bajos con el ganado y eso le dio algo de calma. Entonces, escuchó pasos acercándose y se ocultó tras una columna. Sin duda el destino debía estar de su parte en su empeño, ya que Silas Brannigan cruzó el patio hacia la cuadra, caminando con la pesadez de la edad aunque todavía era evidente que era peligroso. Wendy sintió un escalofrío que se mezcló con una náusea.

Silas entró en el establo desprevenido, cuando el reconocible chasquido metálico de un arma amartillándose a su espalda detuvo sus pasos en seco. Se giró lentamente buscando a la persona que se atrevía a amenazarle en su propia casa, dispuesta a destrozarle. Alzó la ceja al comprobar que se trataba de una mujer vestida de hombre, con el rostro sucio del polvo del camino y una mirada que prometía el infierno.

—Si vas a matarme, al menos dime por qué —dijo Silas con una voz rasposa, desprovista de miedo, entrecerrando los ojos mientras hacía un esfuerzo por reconocer esas facciones hermosas. Sin duda, a pesar de su atuendo era evidente su atractivo—. ¿Qué buscas aquí? ¿Te he preñado alguna vez? Si es así, no te preocupes, el dinero hace milagros. Puedo arreglarlo.

Wendy escupió en el suelo de tierra con un gesto que mostraba su desprecio más visceral.

—Preferiría arrancarme los ojos con las uñas antes de dejar que alguien como tú me rozara, animal.

Silas soltó una carcajada seca. No había esperado encontrarlo tan viejo. Agradeció que sus facciones no se parecieran a las de Reeve, lo que habría hecho que Wendy tuviera algo más de reparo en dispararle. Sin embargo, lo odió con una fuerza redoblada al ver su soberbia. Por lo visto no tenía miedo a su propia muerte, al igual que no había tenido nunca respeto por la vida ajena.

—Soy Wendy Jones —espetó ella.

Silas entrecerró los ojos, rebuscando en los rincones más oscuros de su memoria. El nombre al fin despertó un recuerdo perdido en su memoria y esbozó una sonrisa repugnante. Era despreciable que a pesar de haberlos matado, para él fuesen tan insignificante que ni siquiera se había tomado el trabajo de recordar sus nombres.

—La mocosa de los Jones. He de reconocer que has madurado bien, al parecer mi hijo tuvo buen ojo después de todo. Recuerdo que retozabais como perros por los prados. ¿No es así? —Wendy contuvo una nueva oleada de asco y dio un paso más hacia él para demostrarle que iba en serio y que no le temblaba el pulso—. Las tierras que les compré eran muy buenas, de las mejores del valle.

—No se le puede comprar la tierra a un muerto, Silas.

—Cierto —admitió él con una frialdad que helaba la sangre, encogiéndose de hombros—. Pero los muertos tampoco pagan deudas. Fue fácil comprárselas a los acreedores una vez que quedaron vacantes. Son solo pequeños detalles burocráticos que una joven bonita como tú no tiene por qué entender. Baja eso, muchacha. Puedo compensarte por ello, dejemos descansar a los muertos.

Wendy negó lentamente con la cabeza, metió la mano en su bolsillo y extrajo la esmeralda. El color verde intenso de la gema brilló en los ojos de Silas y su rostro se descompuso formando una máscara de sorpresa.

—¿Cuándo has robado eso de mi casa? —preguntó él, dando un paso adelante.

—¿Acaso importa? Tú la robaste primero, la noche que destrozaste nuestras vidas. Te vi entrar a hurtadillas como un vulgar ratero en mi casa mientras el incendio lo devoraba todo —relató ella,

avanzando con el cañón del arma apuntando firmemente el pecho de Brannigan—. Estaba escondida. Te vi registrar el joyero de mi madre y llevarte sus pendientes. No tenían nada de valor, y ni siquiera eso le perdonaste.

—Nací pobre. No desperdicio ninguna oportunidad. —gruñó Silas, intentando sonar despreocupado, ignorando lo cerca que estaba de recibir un balazo. La estaba infravalorando y eso no era algo demasiado inteligente cuando la persona que tenías enfrente ya no tenía nada que perder—. De todas formas, solo fui a buscar lo que me pertenecía. Yo pagué por esa joya, era justo tenerla de vuelta.

La mandíbula de Wendy se desencajó por la sorpresa, queriendo ignorar el significado de sus palabras. No era posible, seguro que estaba mintiendo para desestabilizarla. El dedo empezó a presionar el gatillo un poco más, mientras ella tragaba saliva haciendo un esfuerzo por digerir de paso aquella información. Silas lo notó y su mano derecha bajó sutilmente hacia el revólver que llevaba en el cinto.

En ese instante, un caballo irrumpió en el patio a galope tendido. Reeve saltó de la silla antes de que el animal se detuviera, con el rostro descompuesto y cubierto de polvo.

—¡Wendy, no! —gritó, corriendo hacia ellos para situarse entre ambos.

Silas miró a su hijo con un odio visceral, mostrando la decepción de un padre que solo veía fracaso en alguien de su sangre.

—Solo tú podrías haber traído esta desgracia a mi casa, maldito inútil —escupió Silas, mirándolo con desprecio.

—Baja el arma, Wendy —suplicó Reeve, acercándose a ella con las manos extendidas, ignorando las palabras de su progenitor deliberadamente. Para él no significada nada, hacía tiempo que se

había dado cuenta que la sangre compartida no era suficiente para querer a alguien—. Es un miserable, lo sé. Lo llevaremos ante la justicia, haré que confiese lo que hizo con tu familia. No te manches las manos, tú no eres una asesina.

—¡Apártate, Reeve! —gritó ella, con lágrimas de rabia quemándole los ojos—. ¡Él tiene que pagar!

El aire en el patio de Sabine Cross se volvió irrespirable, cargado con el olor de los establos y de algo mucho más enquistado, el del miedo. Wendy sostenía el revólver de Reeve con ambas manos, apuntando al pecho de Silas. El viejo Brannigan, lejos de amilanarse, mantenía una sonrisa torcida, destilando el veneno que lo había hecho rico.

—Y lo hará. Te doy mi palabra. Estoy aquí para salvarte a ti, no a él. No te conviertas en alguien que no quieres ser por su culpa, no lo dejes ganar esta partida.

—Tu padre fue un idiota ambicioso, muchacha —escupió Silas, con una frialdad que helaba la sangre—. Casarse con una mujer como tu madre fue el primer síntoma. Todos sabíamos que no era lo bastante bueno, incluso ella.

—¿Y tú te crees mejor? —La voz de Wendy tembló y se maldijo a sí misma por no tener la suficiente serenidad para plantarle cara sin llorar—. Recuerdo a mi madre echándome de la casa para subir a salvar a mi padre; prefirió morir con él que vivir con su ausencia. Yo aspiraba a un amor así, uno capaz de desafiar a la muerte con tal de estar juntos. Pero alguien como tú jamás lo entenderá.

Silas soltó una carcajada ronca y dedicó una mirada a su hijo dispuesto a enseñarle una lección.

—No hay amor cuando el poder y el dinero están de por medio. Solo hay cazadores y presas. Y ahora, haz algo útil por primera vez en tu vida, muchacho —rugió Silas sin apartar la vista del cañón del

arma que le apuntaba temblorosa—. ¡Llévate a esta loca de mis tierras antes de que la mate!

Reeve lo fulminó con una mirada cargada de un desprecio que llevaba años reposando en su interior.

—Cállate, padre. No pongas a prueba mi paciencia o mi lealtad. Puede que te lleves una sorpresa.

Reeve se volvió hacia Wendy. Vio el brillo de las lágrimas en sus ojos y el ligero temblor de su mano sobre el gatillo. Dio un paso hacia ella, ignorando el peligro, con el corazón en la mano. No tenía otra opción.

—Sé que no vas a hacerlo, Wen —susurró él, acercándose un poco más. Su voz era un bálsamo en medio del caos, algo a lo que ella estaba deseando aferrarse para dejar de ir a la deriva. Quería creerle, necesitaba hacerlo—. Sé que no vas a disparar. Te conozco. Ahora sé que te conozco de verdad. Eres la misma mujer de la que me enamoré en aquel río, y sigo amándote con cada fibra de mi ser. No sé si estoy a la altura, ni si merezco que me perdones, pero dame una oportunidad. No formemos parte de esta guerra.

Wendy vaciló. El arma bajó apenas unos centímetros mientras las lágrimas surcaban su rostro. Silas negó con la cabeza, ofendido por la debilidad de su hijo y viendo la oportunidad de terminar con la amenaza, desenfundó con una rapidez admirable. Su intención era clara: eliminar a la mujer que ponía en jaque su reino.

Reeve intuyó el movimiento antes si quiera de verlo, y se maldijo por haber olvidado que Silas Brannigan no se guiaba por los códigos de la decencia. Se lanzó hacia adelante, interponiéndose entre el cañón de su padre y el cuerpo de Wendy, sin pensar en nada más que en salvar a la mujer que amaba.

24

Dos detonaciones restallaron casi al unísono confundiéndose entre sí. Wendy dejó caer su pistola que no había llegado a disparar, y soltó un grito desgarrador al ver a Reeve desplomarse con un gemido ahogado. Silas bajó la vista mirando la herida de su pecho, incrédulo, y se desplomó pesadamente hacia atrás.

Desde la entrada lateral del establo, un joven que cojeaba visiblemente apareció, corriendo trabajosamente hacia ellos. Tenía el rostro desencajado y las manos le temblaban tanto que apenas podía sostener el rifle aún humeante.

Wendy se arrodilló junto a Reeve, presionando sus manos contra la herida de la que manaba la sangre empapando con rapidez su ropa.

—¡Eres un estúpido! —le gritó entre sollozos, con el rostro bañado en llanto—. ¡Un estúpido por recibir una bala por mí!

Reeve abrió los ojos con esfuerzo, componiendo una mueca de dolor mezclada con una ironía triunfal que curvaba sus labios.

—Vamos a tener que hablar... —logró articular con la voz entrecortada por el dolor—, sobre esa manía tuya de adjudicarme apelativos dudosos.

La mancha roja se extendía rápidamente por su hombro

izquierdo, bajando por el pecho y empapando la camisa de lino. Wendy, aterrorizada, contempló su rostro mientras presionaba con fuerza intentando detener la hemorragia. Pero era como querer parar la corriente de un río bravo con las palmas de las manos.

—Tu corazón... —susurró ella, temiendo que el disparo lo hubiera alcanzado justo ahí.

—Mi corazón está intacto, Wendy —contestó él, tomando su mano con la poca fuerza que le quedaba—. Porque todavía siento que te ama más que a nada en este maldito mundo. .

—¡Reeve! Dime que estás bien, maldición.

Tim Brannigan, dejó caer el rifle y tras comprobar que su padre estaba muerto, se dirigió hacia su hermano. Hacía tiempo que ya no era un niño, a pesar de que por su carácter todos pensaran que era el más manejable de todos los Brannigan.

Ahora era el hombre que acababa de asesinar a su propio padre para salvar a su hermano, y terminar el legado de maldad que se había extendido por Sabine Cros como una plaga. Tras asegurarse de que Reeve aún respiraba se quitó la chaqueta para ocultar el rostro de Silas, incapaz de contemplar ni un segundo más esos ojos ahora vacíos, que tanto le habían intimidado durante toda su vida.

Wyatt Richardson era un hombre que sabía caminar entre las brasas sin quemarse las botas. Con una mezcla del carisma de un tahúr y una honestidad construida con mucho esfuerzo durante toda su vida, no le costó demasiado sentarse frente al juez y dibujar una salida honrosa para el apellido Holloway.

Sugirió, con esa voz pausada que no admitía réplicas, que un escándalo sobre la conducta errática, viciosa y agresiva de su hijo no beneficiaría a nadie.

—La Emperatriz ha muerto en extrañas circunstancias, juez —

había dicho Wyatt, con solemnidad, pronunciando aquella mentira sin titubear. Cualquiera habría jurado que en sus ojos marrones no había otra cosa más que la verdad, incluso él mismo había acabado creyéndoselo—. Es mejor dejar que el tiempo cure las heridas y no remover más un fango que solo traerá más dolor. Un héroe caído defendiendo a una dama… ese es el titular que la gente quiere leer. Esa es la verdad que su hijo merece. ¿No le parece, Holloway?

El juez, tragándose el orgullo y la bilis que le subía por la garganta cada vez que pensaba en ello, cerró el caso, sabiendo que su propia reputación se resentiría si se sabía cómo y dónde había fallecido su primogénito. Sin duda era lo más sensato. El honor de la familia quedó a salvo, protegido por una capa de mentiras piadosas, que nadie se molestó en cuestionar. Y de paso se ahorró los mil dólares de recompensa.

Días después, Wyatt entró en la habitación donde Reeve trataba de anudarse el nudo de la corbata con un visible esfuerzo.

—Vaya, Brannigan, si tuviese que apostar, diría que tu noche de bodas va a ser la más tranquila de la historia —soltó Wyatt con su habitual socarronería—. Quizá deberías esperar a estar en plenas facultades o corres el riesgo de decepcionar a la novia.

—Si has venido a ponerme nervioso…

—He venido a traerte tu regalo de bodas. Y no. No es una bandeja de plata ni una figurita de porcelana. —Wyatt soltó una carcajada al ver la sorpresa en el rostro de su amigo—. El juez ha decidido tragarse el cuento sobre su hijo. La Emperatriz está oficialmente muerta, y Wendy Jones nunca ha estado en un lugar llamado Heaven.

—De hecho, ni siquiera sabe que ese sitio existe —bromeó, tendiéndole la mano de manera afectuosa—. Gracias, amigo. Estoy

en deuda contigo, y no solo económicamente.

—Oh, respecto a eso tu hermano me ha pagado religiosamente. Tienes el camino libre y eres jodidamente afortunado, Reeve. Aprovéchalo.

Reeve soltó un quejido al moverse, pero esbozó una sonrisa llena de gratitud.

—¿Y Tim? ¿Cómo va el asunto de mi hermano?

—El *sheriff* va a dictaminar que fue un trágico accidente —respondió Wyatt, encogiéndose de hombros—. Un disparo fortuito mientras limpiaba el arma. Nadie dudaría de la palabra de un muchacho tan honorable. El único que anda echando chispas es tu hermano Thatch, pero no tiene ninguna prueba que indique lo contrario.

—Ese maldito chacal, dudo que se quede de brazos cruzados.

Reeve intentó ponerse la chaqueta pero el dolor y la tirantez de la cicatriz lo dejaron sin aliento.

—Deja de quejarte, y vámonos ya. La gente ya debe estar esperando en la iglesia y mi mujer nos matará si llegamos tarde.

El sol del medio día se filtraba por las vidrieras de la pequeña capilla, pintando motas de colores sobre el suelo de madera. Reeve esperaba en el altar, ajustándose el cuello de la camisa cada cinco segundos. El dolor de la herida no era nada comparado con la ansiedad que le atenazaba la garganta. Tenía miedo de que todo fuera un sueño, de que el peso del pasado volviera a reclamarlos.

Entonces, las puertas se abrieron. El tiempo se detuvo y a contraluz por un instante creyó que mujer que avanzaba hacia él era la Emperatriz, envuelta en seda, pecado y secretos. Pero de inmediato su corazón saltó al darse cuenta de que allí solo estaba Wendy Jones. La mujer que amaba desde que tenía uso de razón.

Llevaba un vestido de un suave color malva que resaltaba la calidez de su piel, y entre sus manos, sostenía un sencillo ramo de flores silvestres que ella misma había recogido en la orilla del río.

Su belleza era limpia, pura, despojada de todo artificio. Al cruzar su mirada con la de Reeve, él sintió que el aire llenaba por fin sus pulmones y su corazón volvía a latir. No era una princesa de cuento, ni la poderosa dueña de un club, era la mujer que había sobrevivido al fuego y había aprendido a caminar sobre las brasas. Atrás había quedado aquel mundo hostil, lleno de brillos falsos, donde el pecado y la vileza seguirían campando a sus anchas. Pero a ellos eso ya no les importaba.

Reeve exhaló un suspiro entrecortado mientras ella llegaba a su lado. El círculo de sangre de los Brannigan se había roto, y sobre sus cenizas, empezaba algo nuevo. Tomó su mano, sintiendo el pulso firme de Wendy, y supo que, a pesar de las cicatrices, su corazón todavía conservaba la capacidad de amar. Ninguno de los dos era perfecto, pero habían logrado reescribir su propia historia con el único lenguaje que la muerte no podía silenciar.

Wendy se había equivocado creyendo que no había nada más poderoso que la venganza. Ahora habían descubierto que el poder del amor, era mucho más fuerte e indestructible.

Epílogo

El viento soplaba sobre las colinas de lo que antaño fue el hogar de los Jones, esparciendo el aroma a hierba húmeda y a olvido. Reeve avanzó por el camino polvoriento, hasta llegar donde se encontraba su esposa, observando lo que un día fue su casa. En los últimos días, ella había cogido en varias ocasiones su caballo para visitar sus tierras, como si necesitase estar cerca de sus padres. En realidad, aunque no se atreviese a decirlo en voz alta, se estaba despidiendo del dolor que había marcado su vida. Era hora de pasar página.

Reeve sacó un pliego de papel del interior de su chaqueta y se lo tendió. Eran las escrituras originales de sus tierras, donde al fin rezaba el nombre de Wendy Jones, su legítima dueña.

A lo lejos, las ruinas de la casa se alzaban como el esqueleto ennegrecido de un gigante caído. La piedra calcinada era el único testimonio de la noche en que el mundo de Wendy se transformó en cenizas. Una sensación agridulce, pesada como el plomo, se instaló en su pecho.

—Podemos reconstruirla, Wen —susurró Reeve, rodeándola con su brazo—. Podemos levantar cada viga y cada muro, y borrar las huellas de lo que pasó.

Ella negó con la cabeza, con los ojos empañados por el dolor,

pero con más firmeza que nunca.

—Mis padres no volverán. No puedo dormir bajo un techo que me recordará cada noche lo que pasó. Quiero empezar una nueva vida, una donde el suelo no esté manchado de nuestra propia sangre.

Reeve la besó en la sien, comprendiendo que había heridas que nunca dejarían de doler.

—Entonces iremos al oeste, a California. He oído que allí el aire huele a naranjos en flor y que el Pacífico es tan grande que hace que cualquier pena parezca pequeña. Dicen que es la tierra de las oportunidades, donde nadie te pregunta de dónde vienes. Seremos libres. Y si no te gusta, cogeremos la bola del mundo, la haremos girar con los ojos vendados y elegiremos cualquier lugar al azar.

—¿Cualquier lugar? —preguntó ella con una media sonrisa.

—Cualquier lugar será mi hogar, siempre que tú estés en él.

Ella soltó una carcajada cantarina que él se encargó de silenciar con un beso apasionado, sin importarle tener espectadores.

En el carromato, a pocos metros, Tim Brannigan los observaba con una sonrisa melancólica. Su pierna dolía, un recordatorio constante de su cojera, pero el peso que cargaba en el alma era mayor. Todavía veía el rostro de Silas al desplomarse, pero sabía que, de no haber apretado el gatillo, hoy lloraría sobre la tumba de su hermano.

Tim se adentró en el despacho de su padre, un lugar que siempre le había provocado escalofríos. Afuera llovía y esa humedad le afectaba a su pierna. Se la masajeo para aliviar el sufrimiento sin mucho éxito y maldijo su debilidad. Recordó, como cada vez que el dolor se sentía más punzante, la noche en la que todo ocurrió. El asalto al rancho de los Hunter fue una locura sin sentido y él había pagado

las consecuencias. La imagen de esa criatura de pelo negro que lo arrastró antes de que el granero se desplomara ardiendo sobre él, salvándole la vida, le había perseguido desde entonces. A veces pensaba que lo había soñado, o que tal vez se trataba de un ángel, ya que nunca había visto un rostro tan hermoso como ese.

Se acercó al pesado mueble de caoba donde se guardaban las bebidas y buscó el doble fondo que cedió con un clic. Allí estaba la caja fuerte que todavía no se había atrevido a abrir. Probó varias combinaciones de números y al final optó por introducir una secuencia que había encontrado garabateada en un viejo libro de contabilidad. El mecanismo crujió y la puerta de hierro se abrió con un lamento metálico.

Dentro no solo había oro y un puñado de dinero. Tim sacó varios documentos de escrituras de venta que, bajo sus ojos expertos, revelaban manipulaciones burdas, firmas falsificadas y sellos notariales manipulados. Pero lo que más le inquietó no tenía nada que ver, al menos en apariencia, con los negocios de su padre. Lo que despertó su curiosidad, fue un fajo de cartas atadas con un lazo de seda, escritas con una elegante y delicada caligrafía femenina. Lo dejó en su lugar, convencido de que no era honesto indagar en las cuestiones personales de los demás.

Se metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó la esmeralda que Reeve le había entregado antes de marcharse. La gema brilló en la penumbra del despacho y no pudo evitar sentir un escalofrío al contemplarla.

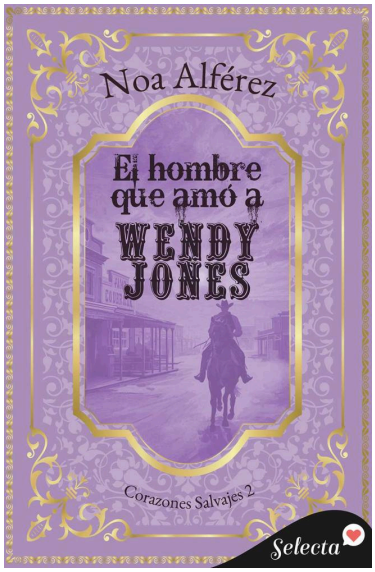
—Debo encontrar los pendientes a los que pertenece —murmuró Tim para sí mismo, hablar solo era una costumbre que le había acompañado casi desde que era un niño—. Es lo único que Wendy quiere recuperar.

Dejó la joya en la caja fuerte con todo lo demás. Mientras la

cerraba, Tim comprendió que Silas Brannigan no solo había robado tierras; había enterrado secretos que ahora empezaban a emerger como la mala hierba. Había muchos misterios que desentrañar en el pasado de su familia, y Tim sospechaba que ninguno de ellos traería la paz. El viento arreciaba fuera contra las ventanas, pero la verdadera tormenta no había hecho más que empezar.

No puedes perderte esta apasionante segunda entrega de la serie Corazones Salvajes, de Noa Alférez.

Entre rencores eternos y tierras sin ley, solo los corazones más salvajes pueden dar refugio al amor.



Reeve Brannigan, cargado con el peso del pasado, huye de una vida insatisfactoria, de una familia en la que nunca ha encajado y de sí mismo creyendo que la distancia puede redimirlo.

Acuciado por las deudas se ve **obligado a aceptar una proposición peligrosa**. Debe viajar hasta Heaven, una ciudad

levantada sobre el pecado, donde burdeles y salones de juego concentran a los hombres más peligrosos del territorio.

Allí debe encontrar a la Emperatriz, la fugitiva más buscada del país, que ha construido su imperio entre sombras y pecado. Pero tras su leyenda se esconde un deseo mucho más poderoso: justicia.

Cuando los caminos de Reeve y la Emperatriz se crucen, la caza se convertirá en un juego en el que no habrá vencedor. Porque en Heaven no hay inocentes, y algunas recompensas se pagan con el corazón.

Noa Alférez nació en Berja, Almería, en 1976. Siempre le ha gustado la fotografía, la pintura y en definitiva todo lo que requiera algo de creatividad. Lectora incansable, disfruta de todo tipo de géneros, especialmente novela negra, suspense y romance, pero a la hora de crear se siente cómoda escribiendo novela romántica, especialmente romance histórico, aunque no descarta probar con otros géneros en algún momento. Se adentró en este mundo por casualidad y como un reto más que cumplir. Su primera novela salió a la venta en 2021 y desde entonces han llegado unas cuantas más, entre ellas la serie Greenwood que ha tenido una acogida inmejorable por parte de las lectoras del género. Lo que comenzó como un hobby se ha convertido en una pasión, que espera que la acompañe siempre.



Edición en formato digital: marzo de 2026

© 2026, Noa Alférez
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock; María José Losada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-23-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El hombre que amó a Wendy Jones
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Noa Alférez
Créditos